13

# Dubravka Ugrešić

## *Ficcionario americano*

*Traducción de Luisa Fernanda Garrido*
*y Tihomir Pištelek*

Durante las guerras yugoslavas de los 90, Dubravka Ugrešić viaja a Middletown, Connecticut, como conferenciante invitada. A un mundo de distancia del brutal asedio de Sarajevo y de la retórica nacionalista de Milošević, debe hacer frente a la vida cotidiana en Estados Unidos: un lugar que pronto se revela incomprensible para ella: *footing* compulsivo, culto al cuerpo, optimismo obligado y atracones de bagels: todo pasa bajo la afilada lupa de Ugrešić, que se enfrenta en primera persona a las extravagancias de la sociedad estadounidense. Desde la perspectiva de una refugiada yugoslava, el reconfortante velo del consumismo occidental se rasga, y queda al descubierto el esqueleto de mitos colectivos que configuran silenciosamente los comportamientos, actitudes y leyes de nuestra sociedad.

Dubravka Ugrešić

# Ficcionario americano

Título original: *Američki fikcionar*
Dubravka Ugrešić, 2018
Traducción: Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek, 2023

-

Revisión: 1.0

08/04/2023

Escribo partiendo del hecho. Intento no traicionar el hecho. Intento vincular hechos muy lejanos entre sí. Creo que es lo que hacía Lomon acercar «ideas algo lejanas», o Anatole France, hacer que los adjetivos choquen de frente. Por eso yo también intento que choquen, no los adjetivos, sino las cosas, los hechos.

VÍKTOR ŠKLOVSKI, *Kak my pishem*,
Chalidze Publications, 1983
(Traducción de la cita del ruso de Marta Sánchez-Nieves)

Perhaps history never has unfolded in a linear fashion; perhaps langua never has unfolded in a linear fashion. Everything moves in loops, tro inversions of meaning (…). Everything occurs in a great whirl, in effe which short-circuit their (metaleptic) causes, in the Witz of events, in perverse events (except within a rectified history, which, for just that reason, no longer is history[1]).

JEAN BAUDRILLARD, *Cool Memories II*
(Traducción del francés de Chris Turner,
Duke University Press, 1996: 37)

# FICTIONARY

TODOS LOS LIBROS TIENEN UNA HISTORIA PROPIA, íntima, de su origen. Esta historia permanece oculta para el lector y tiene significado solo para el autor. A veces, sin embargo, es difícil separar la historia de cómo surge el libro del libro en sí mismo, a veces la historia de su origen es el propio libro. Este libro lo escribí en un momento en que todas «las palabras se me habían desperdigado», igual que a Alicia, la protagonista de Carroll. Al escribir, he intentado ordenar más o menos las palabras desperdigadas (y los mundos desperdigados). Por eso lo he llamado diccionario. Porque solo las palabras ordenadas se guardan en los diccionarios.

Pasé los días de septiembre de 1991, junto con mis vecinos de Zagreb, en el sótano del edificio en el que vivía. En mi país empezaba la guerra. Según las instrucciones del Servicio de Protección Civil, todos teníamos al lado de la puerta de la calle una bolsa con las cosas más necesarias, la llamada «bolsa de emergencia». En cuanto sonaban las sirenas de alarma, cogíamos la bolsa y corríamos al sótano, un refugio improvisado. Muchas mujeres metían en la bolsa las agujas de punto.

A finales de septiembre me invitaron a Ámsterdam. Puse algo de ropa en la bolsa de emergencia y me senté en el tren un día en el que no sonaron las alarmas aéreas. Para enero del año siguiente estaba programado un viaje a Middletown, a la Universidad de Wesleyan. América, sin embargo, en esos instantes parecía más lejana que cualquier planeta. En lugar de la semana prevista en Ámsterdam, me quedé tres. Todos los días emprendía el camino a la

estación de tren y al final desistía de regresar a Zagreb, pero con el propósito firme de viajar al día siguiente. El aplazamiento del regreso expresaba una incredulidad infantil, la esperanza de que la guerra fuera una pesadilla que se desvanecería por la mañana como si nunca hubiera sido real. Y luego, de repente decidí que no iba a volver. Era como si no hubiera decidido yo, sino el miedo mezclado con la desesperación, la desesperación con la desesperanza y la desesperanza con un vago sentimiento de vergüenza. En Ámsterdam solicité el visado y viajé a Estados Unidos antes de lo convenido. Entonces todavía no sabía que evadirse del horror no lo elimina. El precio de la evasión es una doble ración de miedo diario: el miedo por la familia, por los amigos, por la ciudad, por «el patrimonio emocional». Más o menos así van las cosas. Todos pagan un precio, nadie sale indemne.

Mientras estaba en Ámsterdam, escribí un artículo corto para un periódico neerlandés. Y cuando llegué a Estados Unidos, el periódico me ofreció colaborar con una columna regular de mil palabras. Sin pensarlo mucho llamé a la columna «Mi diccionario americano. *My American Dictionary*». La pequeña columna me salvó la vida. ¿Cómo es posible que mil palabras salven una vida? En un momento experimenté la poderosa sensación de encontrarme en NINGUNA PARTE. Incluso el inofensivo Middletown (¡en Estados Unidos hay unos treinta lugares con el mismo nombre!) contribuyó a aumentar mi angustia. Al aferrarme al endeble compromiso con el periódico de Ámsterdam como si fuera una tabla de salvación, inscribí en un espacio vacío mis coordenadas interiores: Zagreb-Ámsterdam-Middletown. Los rituales cotidianos salvan la vida: meter el papel en la máquina de escribir, escribir el texto, enviarlo a Ámsterdam, llamar a Zagreb… «Tus artículos son muy tristes: como si hablaran de alguien que se ha topado con una casa completamente vacía y empezara a amueblarla de manera lenta y un tanto distraída», escribió un poco más tarde Henk, el editor de mis libros holandeses, además de amigo. Entonces aún no presentía que la imagen de «alguien que se ha topado con una casa completamente vacía» llegaría a ser un sentimiento permanente de carecer de hogar.

Este es un libro indecente. Siempre he considerado (y sigo pensando lo mismo) que un escritor que se precie debería evitar:

a) escritos autobiográficos;

b) escritos sobre otros países;

c) diarios.

Estas tres cosas están ligadas con el narcisismo, que, sin duda, es la premisa básica de cualquier acto literario, pero no debería ser su resultado. Y en los tres casos es difícil evitar dicho resultado.

Escribir sobre uno mismo siempre me ha parecido una suerte de técnica de superación personal y una forma indecente de fastidiar al prójimo. Escribir sobre otros países es una especie de acto indecente camuflado; no solo conlleva la convicción estúpida de que el punto de vista de uno es indispensable, sino también reduce lo irreducible a hojitas muertas de papel garabateado. El diario, por su parte, es un género que considero un pecado literario que puede perdonarse si está vinculado a la edad. La triste práctica literaria de mi país demuestra que el diario es, en realidad, un género bélico.

He escrito el libro en contra de mis opiniones literarias personales. Las excusas, no obstante, siempre son superfluas. Este libro es a, b y c. Este libro no es ni a ni b ni c. Debería haber sido un libro sobre esto, ha resultado ser un libro sobre lo otro, además escrito para un tercero. Ni siquiera su autoría es de fiar. Ahora me parece que el libro no lo escribí yo, sino una Alicia adulta a quien se le desperdigaron todas las palabras y no sabía quién era: tan pronto creía que era más grande que la casa como que era tan pequeña que podía ahogarse en un charco de lágrimas.

En la Universidad de Wesleyan impartía clases en inglés sobre la novela centroeuropea, es decir, la novela del este europeo, sin saber ya qué debería ser «Europa Central» y qué «Europa del Este». En ruso daba clases sobre las vanguardias literarias rusas, de modo que un Kundera inglés se mezclaba con un Pilniak ruso, un Jlébnikov ruso con un Hrabal inglés, un Danilo Kiš inglés con un Daniil Jarms ruso. Con Irka, una amiga moscovita que ahora era ciudadana estadounidense, hablaba ruso, evocando los lejanos recuerdos comunes de Moscú. Mundos paralelos resucitaban y se

entrecruzaban de forma natural los mundos pasados y los presentes.

Telefoneaba a Zagreb con frecuencia. La voz de mi madre se derramaba del auricular. Detalles sobre el precio de las verduras en el mercado de Zagreb se mezclaban en un desorden exaltado con el número de víctimas de la guerra; novedades intrascendentes sobre los vecinos y los refugiados que había acogido en su piso se entrelazaban con la noticia del fallecimiento de un antiguo amigo mío muy querido. En las líneas telefónicas se fusionaban el sonido de las sirenas de la alarma aérea con el nombre de un par de fruslerías cosméticas que tenía que enviarle. Los artículos de cosmética son muy caros, una crema para la cara cuesta un cuarto de mi pensión, lloraba mi madre. El llanto expresaba miedo, humillación, emoción y la conciencia de que en medio de la alarma encargaba una cosa del todo absurda, también la necesidad imperiosa de que la vida fuera como había sido antes, todo al mismo tiempo. Iba a la tienda, elegía una crema para mi madre en inglés, pensando en ella en croata. Compraba la menudencia que me había pedido como si así fuera a detener la guerra. Llamaba con frecuencia a Maja en Ithaca, quien llamaba a Hatidza en Sarajevo, todos los días llamaba a Andrea en New Haven, que hablaba a menudo con Igor en Osijek, o telefoneaba a Goran en Nueva York, que solía hablar con su madre en Mostar. Nos llamábamos, transmitíamos noticias como corresponsales de guerra, nosotros, a miles de kilómetros del frente.

A esta simultaneidad mental y emocional agotadora, a este cruce inquieto de mundos paralelos, se unía otro más: Ámsterdam. Este era tranquilizador, como la primera visión que tuve de los Países Bajos cuando viajé en un tren nocturno a la mañana neerlandesa: los prados verde claro en la niebla, sobre los que, cual fantasmas buenos, flotaban rollizas vacas inmóviles. Por la noche, después de enviar mis mil palabras, solía adormecerme con la imagen de mis rollos que, como tulipanes de papel, saltaban del fax en la madrugada de Ámsterdam. La mujer de la limpieza contempla el rollo con asombro somnoliento, no entiende el texto, unos acentitos raros aquí, unos ganchitos extraños allá, un «mensaje en una botella».

Todos estos mundos resurgían de repente y se mezclaban en un punto casi conforme a la ley natural, en un país al otro lado del espejo, en Estados Unidos. Estados Unidos se asentaba lentamente en mi interior, a veces aceptaba la convivencia con gratitud, otras la expulsaba. Entonces todavía ignoraba que en Estados Unidos vivía en un refugio interior. Las personas en un refugio establecen pronto una apariencia de normalidad, de hecho, en un momento les parece que siempre ha sido así. Solo que detalles inequívocos corrigen la percepción distorsionada. La «bolsa de emergencia» seguía estando junto a la puerta de la calle de mi piso americano. Este libro trata de todo esto. ¿Por qué entonces lo llamé «diccionario» sin pensarlo? Esa palabra, DICCIONARIO, se hallaba en mi equipaje de refugiada; la idea de otro diccionario que nunca se escribirá viajó de polizón conmigo. Un año antes, rebuscando entre mis cosas viejas, había encontrado mi cartilla escolar de 1957. Junto con el polvo, un mundo entero, que había olvidado, salió volando de la cartilla. En ese instante ya se habían desmoronado los muros, las ciudades, las fronteras; se había desvanecido ese universo que dibujaba mi cartilla. Habían desaparecido los nombres de las calles, los nombres de plazas y ciudades y los habían sustituido por otros nuevos, habían desaparecido fotografías y entradas en las enciclopedias, personas, toda una mitología había sido sustituida por otra nueva; un país se había esfumado y otros nuevos lo habían reemplazado, había desaparecido una época que suponía medio siglo. Buena o mala, correcta o incorrecta, era la época en la que habíamos vivido, las letras que habíamos aprendido, eran los libros que habíamos leído, objetos que habíamos poseído, películas que habíamos visto, calles por las que habíamos caminado. De pronto, había que cambiarlo todo: direcciones y agendas, lenguas y nombres, documentos personales, identidad. A una velocidad terrible e irreal todo se convertía en un trastero, sin que nadie tuviera tiempo de catalogarlo y poner las etiquetas. Un país entero se había reducido a una entrada en una enciclopedia y, como la Atlántida, se había trasladado al diccionario de lugares imaginarios, *Dictionary of Imaginary Places*.

Ahora creo que el diccionario como género literario —que ha

abandonado su marco lingüístico y pasado a la literatura— en esta época posmoderna no induce a la nostalgia como pudiera parecer a primera vista. La práctica de este género se asemeja más a los esfuerzos de un enfermo de alzhéimer por orientarse con ayuda de papelitos, pegatinas o notas, en el mundo que lo circunda antes de hundirse (¿él o el mundo?) en el olvido más completo. Cualquier tipo de diccionario en este tiempo posmoderno no es más que la premonición del caos del olvido.

De todo esto trata este libro. Entonces, ¿por qué un diccionario? Quizá está en cuestión esa angustia imprecisa que impulsó a mi alumno americano David Lehman a escribir la frase: «El mundo es frágil y yo tengo miedo». O quizá se trata de la misma pasión, del todo inadecuada para la situación, con la que durante las alarmas, en el sótano de mi edificio, las mujeres tejían jerséis y colchas, cosas absurdas. Ninguna explicación me parece ahora lo bastante exacta.

Al volver a Zagreb, a finales de junio de 1992, tuve la sensación de que la realidad ya no existía. La realidad en mi país, que se desmoronaba y desvanecía, era mucho peor que cualquier cosa que nos hubiéramos imaginado, había borrado los límites entre los mundos existentes y los inexistentes, y de nuevo me encontré al otro lado de otro espejo. Al teclear los textos de mi diccionario americano, por error, en lugar de la *d* apreté la *f*, y *dictionary* se convirtió en *fictionary*. El error casual no hizo sino contribuir a mi pesadilla interior. Porque, si la realidad ya no existe, entonces la «ficción» y el «facto» pierden su significado primigenio. Y las palabras reunidas en un montoncito de nuevo se desperdigaron. De paso descubrí lo que siempre había sabido: que ni un error casual puede darse por casualidad, porque con seguridad ya ha cobrado vida en otro lugar, en otro idioma. Así el filósofo francés Alan Finkeilkraut trata su pequeño «ficcionario», *Petit fictionnaire illustré*, como un trastero de aquellas palabras que no son más que un estímulo, un «antetext para la narración».

En Zagreb volví a encontrarme en el mismo refugio interior. Una inmensa desgracia, Sarajevo; Bosnia ahora latía con fuerza. Atrapada en su ritmo, empecé de nuevo a buscar entre las palabras

desperdigadas. Comenzó la historia íntima del origen de otro libro. Descubrí algo que antes ignoraba. El jersey tejido en el refugio es un acto profundamente inconsciente de autodefensa, una forma (la que conocemos) de frenar el caos, un acto de magia blanca. Al tejer el jersey, de manera inconsciente podríamos estar tejiendo una realidad que en ese mismo instante otros estaban desgarrando. Sin embargo, la diferencia entre un jersey tejido en una época normal y otro tejido en un refugio ni es ni tiene que ser visible para el ojo del observador. Parece que lo mismo pasa con los textos.

Estos textos, en el mismo orden en que aparecen aquí, surgieron en Ámsterdam, Middletown y Nueva York entre octubre de 1991 y junio de 1992. Este final que sirve como principio se incluyó en el manuscrito más tarde, en agosto del mismo año, en Zagreb.

# REFUGEE

—¿DE DÓNDE ES? —me pregunta un joven fotógrafo flamenco en un intento de relajar con la pregunta mi cara tensa.

—De Zagreb —digo.

—¿Y dónde está eso? —pregunta despreocupadamente el joven holandés, sin dejar de mascar chicle.

Cierto, ¿dónde está eso? En Croacia. En un país que no existe. ¿Y dónde está? En Yugoslavia. Un país que ya no existe. Si un país no existe, entonces lo que sucede en él tampoco sucede. No hay muertes, las ciudades destruidas no se han destruido, no hay víctimas, los refugiados no han abandonado sus hogares, los generales rabiosos del ejército yugoslavo no existen. Todo está tranquilo como en el plano congelado de una película. En Holanda estoy en casa, soy el holandés errante.

«Ahora ya no sé quién soy, ni dónde estoy ni de dónde soy», dijo mi madre hace poco. Era la quinta vez que ese día bajábamos corriendo al sótano, al refugio improvisado. Siguiendo obedientes las instrucciones de Protección Civil, llevábamos al refugio nuestra documentación personal para que en caso de fallecimiento pudiéramos ser identificadas correctamente, y no quedar como unos cadáveres anónimos.

Cuando se enteraron de que me iba a Ámsterdam, mis vecinas dijeron:

—Dígale al tal Van Den Broek lo que sucede aquí…

Estábamos sentadas en el sótano de nuestro bloque. Las mujeres hacían ganchillo o tejían entrelazando sus nervios destrozados con la

hebra de la lana y del hilo.

—Se lo diré —rezongué.

Me contemplaron con miradas en las que no había ni un ápice de duda. Ahora, mientras paseo por las calles de Ámsterdam, sé que todos esos jerséis, rebecas y colchas están terminados y que en el sótano oscuro de mi bloque, presas de la inquietud, han empezado a tejer otros nuevos.

En el vestíbulo del Hotel Ambassade, en el Herengracht o Canal de los Señores (en el que los reflejos de las casas tiemblan en el agua cual gelatina de frutas), respondo a la pregunta de una periodista.

—Hasta la fecha, en Croacia se han destruido alrededor de trescientos monumentos, patrimonio cultural. El bombardeo de Dubrovnik es un delito tan grave como bombardear Venecia…

—¡Bombardear Venecia! —exclama la periodista, sinceramente consternada—. ¡Es terrible!

En Artis, el zoológico de Ámsterdam, observo a los reptiles tranquilos. Me ronda en la cabeza una noticia breve de un periódico de Zagreb que leí antes del viaje. Un grupo de compatriotas dirige una carta abierta a Pavarotti con motivo de su concierto a favor de la protección de las tortugas en las islas Galápagos. Señor Pavarotti, escriben mis paisanos, los croatas no están menos amenazados. Los croatas son las tortugas de las Galápagos…

—No deberían haberlo hecho —comenta un conocido mío—. Es de un patetismo contraproducente.

Estoy de acuerdo con él. La muerte es contraproducente. Los periódicos yugoslavos están llenos de cartas abiertas. Carta abierta a Milan Kundera, carta abierta a Peter Handke, a György Konrád. Las cartas abiertas son un género bélico, el género de la desesperación extrema, concebido como una denuncia pública, pero en la práctica una declaración pública de los propios sentimientos. La carta abierta es un género extremadamente antinatural e inapropiado, nunca la leen aquellos a los que va destinada, es una forma de humillación pública del que la escribe. La literatura en época de guerra se ha reducido a dos géneros: la carta abierta y el

diario. Las cosas se convierten en algo de mal gusto, fuera de lugar, en un chiste malo, en *poshlost*, una palabra rusa intraducibie, como escribió Nabókov en alguna parte, en un reciclaje de *poshlost*.

Ríos de refugiados partían de la bombardeada Vukovar. Una mujer había logrado llegar a Zagreb, a casa de unos parientes que por un capricho del destino vivían en la calle de Vukovar. Después de escapar de la muerte en Vukovar, la mujer al día siguiente salió a la calle y murió en el sitio a causa de una bomba perdida. Su muerte fue un chiste malo. Las muertes en Yugoslavia ya no se contabilizan. Las vidas están de saldo, para serbios y croatas morir es barato.

Llamo por teléfono a mi madre en Zagreb. Llora.

—No te preocupes —balbucea entre lágrimas—. Todos lloramos. Tenemos los nervios a flor de piel.

En la Bodega Keyzer tomo un café y escribo en un papelito parejas opuestas. En la columna de la izquierda escribo «organizado», en la de la derecha «desorganizado», y sigo: «democracia» - «sustitución de la democracia por símbolos democráticos»; «civilización» - «primitivismo»; «legitimidad» - «ilegitimidad»; «conciencia racional» - «conciencia mítica»; «vista puesta en el futuro» - «obsesión necrofílica por el pasado»; «previsión» - «imprevisión»; «sistema de criterios y valores ordenados» - «inexistencia de sistema»; «conciencia individual» - «conciencia colectiva»; «ciudadano» - «etnia»… La fila de la izquierda lleva el epígrafe de «Europa Occidental», la de la derecha, «Europa Oriental».

Y de pronto veo esta Europa Oriental. Está sentada a mi mesa, nos observamos como en un espejo, advierto la piel ajada, el maquillaje barato, una expresión de adulación y arrogancia en la cara. Se limpia la boca con la mano, habla en voz muy alta, gesticula, levanta las cejas, veo en los ojos un relámpago de desesperación y astucia a la vez, veo la necesidad pavorosa de dejar de ser ciudadana de segunda categoría y convertirse en alguien. Mi hermana, mi triste Europa Oriental.

En el Café Hoppe me presentan a una yugoslava de apellido inglés, que ha obtenido gracias a una simple transacción

matrimonial. La olfateo, es de las «nuestras», de una especie que reconozco enseguida. Ha escrito un libro, *Personal Story*, los acontecimientos la sorprendieron en Kuwait y, en estas circunstancias, pues venga, dice, escribamos un libro. Mi vida antes de Kuwait, mi vida después de Kuwait, sigue parloteando mi compatriota. Veinticinco mil ejemplares en Estados Unidos, veinte mil en Alemania, veinte mil en Inglaterra, veinte mil en los Países Bajos. Solo los franceses no quieren, idiotas. También van a rodar una película, dice, con mi historia personal. Es evidente que le gusta la palabra «personal».

—¿Por qué no escribe sobre Yugoslavia? Allí también hay una suerte de «Kuwait» —digo.

—Esa no es mi historia personal —responde rauda—. Además, no es lucrativo desde el punto de vista mediático.

Entiendo. Kuwait es una *ID* adquirida de golpe, no la va a soltar mientras tenga valor. También la desgracia necesita un buen diseño, una etiqueta y un mercado. Si los desastres de la guerra en Croacia los hubiera diseñado Yves Saint-Laurent, alguien se habría fijado en ellos. De este modo, son un montón de muertes y desdichas «allá abajo», en los Balcanes, inaceptables para el mercado. Y en cuanto es inaceptable para el mercado, también lo es moral y emocionalmente.

Leo en el periódico *Volkskrant* el siguiente titular: NIEUW OFFENSIEF FEDERAL LEGER TEGEN KROATIE. No entiendo la lengua, pero conozco el mensaje. Como Erisictón, rey de Tesalia, castigado por Deméter a padecer hambre eterna, el ejército yugoslavo primero se comerá Croacia y luego, cuando le falte el alimento, continuará con el resto de «Titolandia», el huevo del que eclosionó. Al final devorará a sus propios hijos y morirá entre tormentos atroces devorándose a sí mismo. El país que en su paquete ideológico hasta no hace mucho proclamaba un futuro feliz, ahora está creando un futuro, sí, un futuro país de mendigos e inválidos.

Mientras las fábricas en los Balcanes producen a mansalva mentiras, muerte y destrucción, aquí al lado, los países vecinos producen filtros de indiferencia protectores. Yo entiendo que

nosotros, nosotros allí, somos un problema incómodo, una prima retrasada. Yo puedo entender que Europa en su familia solo quiere miembros sonrosados, sanos y compatibles, pero ¿no es terrible?, digo amargamente.

—Deje de torturarse —me dice un colega de Ámsterdam—. ¡Usted no es su país, por Dios bendito!

—Por desgracia sí lo soy —replico acelerada, y no sé si por este hecho, simple como la cerveza en el vaso delante de mí, debería llorar o reír.

En la embajada de Estados Unidos en Ámsterdam, una empleada rechaza con frialdad a la pareja de jóvenes que me anteceden en la cola.

—Saquen el visado en Zagreb —les dice.

—Pero allí el consulado está cerrado —alegan ellos.

—Nosotros no sabemos nada de eso —dice la empleada, y por el tono se nota que el caso ha llegado a su punto final.

A mí me dan el visado enseguida. Voy a dar clases en una universidad americana. Por supuesto, estupendo, *good luck*. Me da vergüenza. Soy una refugiada privilegiada.

Paseo por las calles de Ámsterdam. En Leidseplein me paro junto a un grupo que se manifiesta en contra de la *fast food*. Me quedo de pie, yo, exyugoslava, yo, que ya no sé ni quién soy ni dónde estoy ni de dónde soy, compro un bollo *fast food*, le guiño el ojo al vendedor de piel oscura, «no hay *food* sin *fast food*», le digo. Él se ríe, es de los «míos», tercer mundo, lo reconozco por la expresión de adulación y arrogancia en la cara. Ahí sigo, entre la multitud cálida, bajo el brazo sujeto el *Diario secreto de Laura Palmer*, que acabo de comprar: en mi mente veo destellos de mi patria muy parecidos al *soap-noir* de Lynch. La diferencia es que la sangre que mana es de verdad. Un joven a mi lado sujeta una pancarta en la que pone *STOP FAST FOOD*.

Saco un rotulador del bolso y, en la cubierta interior del diario de Laura, el único papel que tengo, escribo un mensaje: *STOP THE WAR IN CROATIA*. Alzo la cubierta a guisa de pancarta completamente consciente de mi insignificancia, completamente

consciente de las «fatales estrategias» del mundo. Mezclada con la multitud cálida, emito mi señal. Contemplo un anuncio glamuroso al otro lado de la calle. El anuncio me hace guiños, como si dijera: pensaré en ello mañana. *I'll think about it tomorrow*, susurra mi hermana, mi preciosa Europa Occidental.

# ID

ANTES DE ENTRAR EN EL AVIÓN a Nueva York, el joven funcionario comprueba una vez más los pasaportes.

—¡Nunca había visto uno así! —me dice, sonriendo.

—Y quizá nunca más vuelva a verlo —digo, cogiendo mi pasaporte, y enrojezco debido a mi arrogancia, mi impertinencia, por el tono que llama al orden a cualquiera que no esté informado del asunto, por el tono que es absolutamente ajeno a mi carácter, pero, ya ves, se ha colado en mi voz como un virus. Enrojezco por ese tono con el que resuena todo mi país, mi Atlántida.

En el avión me dan temblores por lo definitiva que es mi decisión. La idea de que podría volver es insoportable. La idea de que voy a estar en otro lugar es igualmente insoportable. Yo soy incompatible. También allí. Y aquí. Y en cualquier sitio. Mi documento de identidad, mi *ID*, ya no es válido, mi pasaporte está anticuado. El pasajero a mi lado me pregunta con amabilidad de dónde soy.

—De Yugoslavia —le digo.

—¿Serbia o croata? —pregunta, y en la cara veo su orgullo por estar al tanto de las cosas.

Por fin nos reconocen. Durante años he observado a los yugoslavos y su deseo de ser reconocidos. En un primer momento crecimos convencidos de que todo el mundo nos conocía. Tuvimos que cruzar la primera frontera y enfrentarnos al hecho decepcionante de que nadie sabía nada de nosotros. Por eso asentíamos con la cabeza, alegres, cuando un extranjero nos

identificaba. ¡Ajáaa, Tito! Tito era nuestro *ID* en el extranjero. Yugoslavia-Tito. Estaba acostumbrada a que los extranjeros me preguntaran cómo era vivir «detrás del telón de acero», a que me explicaran con afecto que habían estado en mi *Yugoslavia* y que nuestra capital, Budapest, era preciosa. Estaba acostumbrada a que los suecos me contaran que nuestros emigrantes tenían cerdos en el baño, a que los alemanes hablaran de los retretes sucios y de los camareros perezosos en la costa adriática, a que los parisinos me mencionaran la mafia yugoslava y los londinenses a los *ustachas* y a los *che-tniks*, el terror de la Europa civilizada. Ja, ja, sois peligrosos los de allí…

Al principio me rebelaba, explicaba, alzaba el telón de acero, enumeraba las repúblicas, las religiones y los idiomas, jugaba con comodines como la belleza de Dubrovnik, destacaba la diversidad de culturas y paisajes en la pequeña tierra balcánica, me explayaba sobre la belleza de nuestra costa, la limpieza de nuestro mar, las ventajas de la autogestión, nuestra relativa democracia, nuestro pasaporte válido en todos los países del mundo, nuestra posición entre Este y Oeste, nuestro comunismo amable. Luego me cansé. Y, en estos momentos, ¿cómo demostrar que no somos peligrosos, nosotros los de allí…? ¿Cómo explicarle a alguien que la estúpida frase *nema problema*, el recuerdo lingüístico que se lleva todo turista, ha convertido un país entero en una farsa siniestra? Con esta misma frase en la cabeza, consciente o inconscientemente, los enloquecidos ciudadanos de ese país hoy se matan unos a otros. Sin problemas. *Nema problema!*

Observo a mi vecino de asiento, veo que su mirada espera una respuesta.

—Ni una cosa ni la otra —le digo—. No sé quién soy…

—Oh, pues entonces está en un buen apuro —dice mi vecino, compasivo.

En Nueva York llamo a mi conocido americano.

—¿De parte de quién? ¿Puede repetir su apellido? —dice la secretaria.

Repito mi apellido, lo deletreo.

—Ah —dice la secretaria con tono alegre—. *It is with those little guys above the letters?*

De repente experimento una suerte de resignación. Soy alguien con *those little guys* sobre las letras de mi apellido.

Desde el Empire State Building, Yugoslavia parece un polígono de juegos infantiles. Allí se ve Brooklyn, Eslovenia. Los bruklineses eslovenos levantan con diligencia sus fronteras, sus aduanas, introducen su moneda, que no se llama dólar, sino tólar. Los bruklineses eslovenos abandonan para siempre Nueva York. Y allí está Queens-Serbia y el Bronx-Croacia. El Bronx pide desesperadamente su independencia, afirma que siempre ha sido independiente de Nueva York. Queens no lo permite, parece que quiere el control sobre todo Nueva York. Las líneas de teléfono entre el Bronx y Queens están cortadas, la información se ha bloqueado, los del Bronx solo ven la TV Bronx, los de Queens, solo TV Queens. También los caminos están bloqueados. ¡Solo se puede ir al Bronx a través de Boston y a Queens a través de Chicago! El Ejército Federal de Nueva York se pone del lado de Queens, es federal y es un ejército, y, por su propia naturaleza, siempre desea un territorio mayor. El Bronx está ya medio destruido, hay muchos muertos. También en Manhattan se está cociendo algo, y no digamos en Nueva Jersey. ¿De qué lado se pondrán ellos en esta guerra que se arrastra por túneles, se acerca a los puentes y que está llamando a sus puertas?

El resto de Estados Unidos contempla con calma la guerra en Nueva York, como si se tratara de un videojuego. Nadie se cree que el Bronx esté medio derruido y que en las calles haya cadáveres reales. Desde el Empire State Building todo parece un juego de niños. Quizá por eso Estados Unidos es indiferente. Y en el Bronx la situación continúa siendo aterradora, la gente sigue muriendo, los barrios se desvanecen arrasados.

¿Y cuál será la verdad? ¿Lo que se ve desde lo alto o lo que sucede en las calles del Bronx? ¿Es cierto que todo es cuestión de perspectiva? Desde el punto de vista de los medios de comunicación, la verdad es la victoria de una verdad sobre otra. ¿Producen los

medios una única verdad válida?

En el East Village, donde vivo provisionalmente, entro en el taller de un zapatero. Dentro están una mujer regordeta y el patrón de piel oscura. De un radiocasete brota música pop rusa, por lo que explico en ruso: hay que cambiar los tacones, y pegar esta parte…

—¿De dónde es? —pregunta el dueño.

—De Yugoslavia.

—Ohhh —suspiran compasivos y asienten con la cabeza.

—Vuelva dentro de una hora. Los repararé enseguida —dice afectuoso el zapatero al coger los zapatos.

—*Good luck* —dice la mujer regordeta con un fuerte acento, meneando la cabeza conmovida. A mí se me hace un nudo en la garganta, de repente me entran ganas de llorar, de llorar por ese momento de comprensión sin palabras, por la oleada súbita de cálida fraternidad, por la situación descarnada.

—*Ok, ok*… —farfullo más para mí y me apresuro a salir del taller.

Llamo a mi madre en Zagreb.

—Todo sigue igual que cuando te fuiste… Otra vez están bombardeando Dubrovnik. Han arrasado Vukovar hasta los cimientos, disparan contra Osijek, Karlovac… Es horrible… No sé cómo vamos a vivir… Nos tiran esa especie de «telaraña». No, no te preocupes, dicen que no es gas venenoso. Estamos bien. Justo acabamos de salir del refugio. Lo que más me preocupa es que te hayas ido sin el abrigo. ¿Hace ya frío allí? Aquí han empezado a poner la calefacción, pero muy poco. Dicen que no hay gas. Quién sabe cómo pasaremos el invierno. ¿Saben algo los de allí de nosotros? ¿Escriben de lo que pasa aquí? No te preocupes. Por ahora estamos sanos y salvos…

Me desmorono, me hago añicos, me parece que nunca más podré volver a reunir mis pedazos. Es lo mismo si estoy aquí o allí, el miedo es igual de poderoso, el horror me envuelve como una telaraña. Y me pregunto qué es la realidad, ¿lo de antes o lo de ahora? Me pregunto de dónde ha surgido este mal atroz, esta crueldad, esta destrucción irracional. ¿De dónde sale esta necesidad

terrible de destrozar todo lo que se ha construido, de quemar, de arrasar? ¿De dónde esta necesidad de matar sin sentido ni objetivo, de matar sin más? ¿Y qué es la realidad, lo de antes o lo de ahora?

Al oír que soy escritora, una joven neoyorquina interesada en «Europa del Este» me pregunta:

—¿Y cómo les van las cosas ahora, después de la perestroika, en lo que se refiere a la censura y eso?

—Perdone, pero se ha equivocado de país —digo.

—Ay, sí, perdone —se disculpa enseguida—. Ustedes son ese país en guerra, ¿no?

—Sí, somos *ese* país en guerra —digo.

—Lo siento —dice amablemente, y sonríe.

Una mañana gris de noviembre. Salgo a dar el paseo matutino por la cercana St. Mark's Place. Arrimados a las casas, muchos vagabundos todavía duermen, otros se revuelven en sus harapos y se lían el primer cigarrillo del día. Todavía es pronto para Nueva York, no son ni las diez. La calle aún está desierta, los vendedores ambulantes aún no han colocado sus puestos.

De pronto me acomete un deseo imperioso de sentarme ahí, en la calle, de envolverme en harapos, igual que los vagabundos, y arrimarme a la pared de una casa, de meterme en una casita de cartón.

Iluminado por la luz gris de la mañana, un hombre se dirige hacia mí. Extiende los brazos, agita las manos como alas, un ángel negro. Su mirada se engancha en la mía por un instante.

—¡Buenos días, Américaaaa! —grita a voz en cuello, y ensancha la cara en una sonrisa.

De pronto agito los brazos como si fuera a volar.

—Buenos días —digo.

# ORGANIZER

## 1

*Organizer* es la primera palabra en la que tropiezo y no dejo de tropezar. Y no sé si la he adoptado yo a ella o ella a mí, esa palabra, esa cosa, *organizer*.

## 2

Al entrar en el autoservicio no me vuelvo, voy directa al fondo del enorme espacio atiborrado de artículos, voy y los busco, los *organizers*. Los *organizers* relucen con un brillo plástico, frío. *Organizers* para calcetines (cada par en su compartimento de plástico), *organizers* para vestidos, *organizers* para zapatos, para corbatas, para bisutería, para jerséis; de esos plegables con pequeñas baldas de cartón, de los grandes para abrigos. *Organizers* de cartón multicolor que se pueden convertir en cajones o en pequeñas cómodas, armaritos, estantes. Perchas especiales *organizers* que son tan especiales, tan desplegables, tan prácticas, que introducen el orden en los armarios asalvajados. *Organizers* para las tarjetas de visita (cada tarjeta en su fundita de plástico), *organizers* para lapiceros, para direcciones y números de teléfono, para cheques y billetes, para manuscritos, documentos, para cada cosa, para cada

fin, para cada ocasión.

## 3

Cuando escribo, marco cada apartado con un número. Así organizo las ideas. El número es, según parece, el signo simbólico más exacto para el *organizer*.

## 4

Estados Unidos es un país organizado. Los *organizers* abarcan la cotidianidad americana como una red tupida. Aguardan a los viajeros a la entrada del país. En el aeropuerto, los viajeros esperan en el control de pasaportes ordenadamente organizados en filas separadas con cintas serpenteantes. Los ciudadanos estadounidenses, colocados uno tras otro (como tarjetas de visita en el *organizer*), entran en su país en un fila organizada. Los otros, *others*, van a otra cola. Las cintas sinuosas del *organizer* tuercen y reptan en oficinas de bancos, de correos o de otra clase. La cinta serpenteante determina la trayectoria de la espera.

En Estados Unidos también la *pizza* se puede comprar de forma organizada, a quien le guste, por supuesto. A mí me gusta. El hombre-*organizer* grita los números por el micrófono. Tengo en la mano el papelito con el número que me han dado previamente y aguardo impaciente mi turno. Cuando lo oigo, corro y recojo mi *pizza* organizada marcada con el número. Así está más sabrosa. A los estadounidenses no les dan miedo los números. Salvo el 13. Por eso un billete de avión en un trayecto siempre lleno se puede conseguir sin grandes problemas solo el día 13 del mes. Por eso en los rascacielos no suele haber planta decimotercera.

## 5

Los americanos caminan como *organizers*. A la hora del *lunch* en Nueva York, montones de personas organizadas salen raudas de sus oficinas. Los hombres con camisa blanca, traje, corbata, bien afeitados y peinados, las mujeres con traje de chaqueta, zapatos de tacón alto, bien peinadas. Muchos, con el *paquete-lunch* y bebidas embutidas correctamente en bolsas de papel marrón, se sientan o se quedan de pie mientras comen, y luego también correctamente tiran los restos en las papeleras. Solo en algunos advierto signos de desorganización. En los que fuman arrimados a las paredes de los rascacielos. Han descendido de sus oficinas-organizers celestiales y lanzan el humo al aire, pequeñas volutas de caos. Esto sucede en Wall Street. El caos en el Manhattan-organizer está instalado entre las avenidas C y D, en Harlem y en algún otro lugar. Orden en el centro, caos en el borde.

## 6

*Organizer es* la única arma en la lucha contra el caos. Una pequeña percha-*organizer*, cual peligroso machete, controla el caos con eficacia. Porque el caos amenaza de manera natural solo a las sociedades organizadas.

## 7

El caos asoma de un agujero en un diente (¡hay que llamar al dentista!), el caos se arrastra por las uñas descuidadas (¡hay que ir a la pedicura!), el caos acecha entre los mechones oscuros del pelo

teñido (¡a la peluquería urgentemente!), el caos penetra a través de una mancha en la ropa (¡a la tintorería!), el caos surge de un agujero en los calcetines, el caos amenaza por todas partes, el caos llama a la puerta con facturas sin pagar, con la posible pérdida del trabajo, con una posible enfermedad grave, el caos se esconde en la casita de cartón de un vagabundo, el caos jadea en transeúntes gordos, el caos hace muecas en la cara de los drogadictos, el caos humea desde los agujeros de las alcantarillas callejeras, el caos boquea desde las ventanas de las casas quemadas del Bronx, el caos hurga por las noches en los cubos de la basura, el caos se carcajea por todas partes, sale reptando de orificios oscuros, gordo, terrible y negro cual rata de cloaca.

## 8

Por eso se han inventado los *organizers*. El caos se divide en montoncitos, se guarda en compartimentos de plástico brillante y se cierra con cremalleras seguras. ¡Ras! Ya está. Se acabó el caos. Ya no hay oscuridad.

## 9

Siento debilidad por los *organizers*. Los compro allá donde voy. Mi habitación se llena de *organizers. Cloth-organizers, desk-organizers…* Por ahora no tomo ninguna medida. Soy una recién llegada que está comprando *organizers*. Brillan con un brillo plástico frío. Me tranquilizan. Son un sustituto del hogar perdido, en ellos algún día guardaré mi caos.

## 10

Yo no sé dónde está mi antigua casa ni dónde estará la futura, no sé si tengo un techo sobre mi cabeza, no sé qué hacer con mi infancia, con mi origen, con mis lenguas, no sé qué hacer con mi croata, así que imagínate con mi serbio, con el esloveno, con el macedonio, no sé qué hacer con la hoz y el martillo, ni qué hacer con la tumba antigua ni con la nueva, qué hacer con la estrella amarilla, no sé qué hacer con los muertos ni con los vivos, qué voy a hacer con el pasado y con el futuro, ni idea. Soy un caos andante. Por eso compro *organizers*.

## 11

En el semanario *Vreme* (que suelo comprar en la Calle 42), leo noticias de mi patria. En Vukovar, después de haber destruido la ciudad con sus habitantes, el ejército federal roba bicicletas plegables en las tiendas. Cada soldado, cada «vencedor» arrastra consigo una bicicleta de niño. En los cascos militares se lee una amenaza en cirílico: Pelotón de liquidación silenciosa. *Organizers*. Matar, limpiar, organizar. La situación en Vukovar es horrible. Civiles, soldados, algún periodista. Un soldado reparte agua, conservas y pan.

—¿Cómo se siente ahora que ha terminado todo? —pregunta un periodista a una mujer.

—¿Qué ha terminado? —dice la mujer—. Han destruido nuestra casa, no nos queda nada, no sabemos adonde nos llevan, nos han machacado y bombardeado en tal medida que a todos nos parece que hemos perdido el juicio. Ya no somos personas normales. ¿Qué es lo que ha terminado, en su opinión? —grita la mujer, furiosa.

El soldado le ofrece una conserva.

—¡Vete al infierno tú y tu conserva! —le dice la mujer.

Un joven se dirige al soldado…

—¿Para qué queremos una lata de conserva si nos habéis arrebatado el abridor? Cierro la revista. A - abridor - O - orden - O - *organizer*. ¿Dónde puedo guardar mi angustia y desesperación?

## 12

Mi *organizer* para zapatos tiene doce compartimentos. Todos mis *organizers* tienen un número par de compartimentos. Soy consciente de la importancia de la organización. Nunca seré como mi amiga americana Judith, que vive sola en una casa descuidada y no deja de soñar con que un día se irá a vivir a Grecia. No, yo nunca seré como la poeta croata V, cuya basura insidiosa y desorganizada, después de muchos años, acabó echándola de su propio piso. No, yo no seré como mi loco amigo de Moscú Zhenia, que atiborró su casa de acuarios y al final (¡ah, esas chapuzas soviéticas!) terminó cayendo al piso de abajo con su zoológico acuático. No, yo no quiero ser como mi amigo Norman, que ha jurado no limpiar su vivienda hasta que no arregle las cuentas de los impuestos, de lo que hace ya varios meses. Yo no quiero ser como ellos. Son personas fracasadas. Yo quiero ser mi propio pelotón de liquidación silenciosa del caos, me organizaré, compraré *organizers* hasta que domine el caos. Dejaré de fumar. Y un día llegaré a ser fría, lisa, resbaladiza y completamente de plástico. Como un *organizer*.

# MISSING

MI MADRE COLECCIONA MUERTES AJENAS y las hace tintinear como si fueran moneditas en una hucha.

—¿Sabes que ha muerto Petrovic? —dice mi madre.

—¿De veras? —digo, aunque no tengo ni idea de quién era Petrovic.

—Sí, imagínate, ha muerto de un infarto —dice mamá, y acentúa la palabra infarto.

—¡Oh…! —exclamo.

—Pobre hombre —suspira mamá terminando su pequeño ritual verbal funerario. Y guarda la muerte de Petrovic en su huchita imaginaria.

Mi madre me cuenta estas cosas a mí. Con ello prolonga por un instante la vida del desconocido Petrovic, enciende por él una vela invisible; al contar las muertes ajenas como si fueran calderilla, ahuyenta su propio miedo.

A mí no me interesan las muertes. Son muy definitivas. A mí me interesa la desaparición.

Hace unos veinte años desapareció un actor yugoslavo. Era el favorito de los niños, hacía el papel de un tal Peludo en una serie infantil. Después de su desaparición los periódicos estaban llenos de titulares: «Peludo ha desaparecido»; «¿Adónde ha ido Peludo?»; «¿Peludo está vivo o muerto?», y cosas parecidas. Nunca lo encontraron. Ni entre los vivos ni entre los muertos.

De la misma forma desapareció un año Knaflec, un amigo mío de Zagreb. Decían que se había marchado a Estados Unidos. La

primera vez que viajé a Estados Unidos, alguien me pasó su número. Llamé al número, en algún lugar de Texas. Contestó, pero aquel hombre ya no era mi amigo Knaflec. Ahora ya ni se me ocurriría llamarlo. Porque él ha desaparecido.

En otra ocasión un periodista trató mi tema favorito y escribió un artículo sobre la desaparición. Resultó que aquel año habían desaparecido 2847 personas en Yugoslavia. Ya ven, incluso recuerdo la cifra exacta. Ese año no fue posible encontrar a 2847 yugoslavos ni entre los vivos ni entre los muertos.

Nueva York me confunde mucho. Mientras paseo por la ciudad, a menudo me parece tener una pesadilla. Veo que se me acerca un hombre con una bolsa de plástico. De ella asoman unas ramas de apio. Y veo con claridad que el que viene es mi amigo Nenad. Hola, Nenad, grito. Vaya, ¿qué te trae por aquí? Él me mira, no me reconoce. Dios mío, susurro confusa. El hombre se encoge de hombros y se aleja con la bolsa del apio.

Pasa un taxi de largo. En el vehículo, mi amigo Berti. ¡Hola, Berti! El taxi se detiene en el cruce. Me acerco con pasos raudos, golpeo con el puño la ventanilla del coche. ¡Hola, Berti! Berti me mira a través del cristal, sonríe, pero no me reconoce. Qué sucede, pienso, si estuviera aquí, si fuera Berti, me habría contestado sin duda, me digo… Pero no estoy del todo segura…

Observo en el parque al encargado de recoger las hojas secas. Con un aspirador enorme remueve las hojas formando susurrantes montones dorados. Un mago. En un momento veo claramente el perfil de mi amigo Pavle. Hola, Pavle, ¿cómo tú por aquí?, grito… Me acerco y le doy unas palmaditas en el hombro. Él se vuelve hacia mí y en inglés, sin acento, dice:

—Señora, pare, o llamaré a la policía…

Y yo desisto. La vendedora de periódicos es mi conocida zagrebiense Vilma. Todos los días le compro el periódico, en la esquina de la Octava y la University Street. Le lanzo una larga mirada, deposito el dinero en su mano con complicidad y cojo mi *New York Times*. No digo nada, ya no insisto, finjo que no sé que es Vilma. *Thank you, have a nice day*.

Aquí en Middletown es completamente distinto. Es una localidad pequeña, no conozco a nadie, soy extranjera, ellos están en su terreno. Y, no obstante, por precaución memorizo cada rostro. La vendedora del Bob's, la cajera del Waldbaum, el camarero del Opera House, el policía delante del Clock Tower. Recorro con la mirada los nombres de la guía telefónica local. Brigith, Gloria; Kilby, Peter; Hills, Karen… No conozco a nadie. Me siento segura y tranquila. Todo es como debe ser. Soy extranjera, ellos están en su terreno.

Todos los mediodías viene el cartero y me trae el correo. Abro el periódico zagrebiense del 29 de noviembre de 1991. Leo un artículo sobre las personas desaparecidas. En Croacia, escribe el autor, están registradas treinta mil personas desaparecidas. Se busca a hermanos, maridos, esposas, hijos, padres… desaparecidos.

No solo han desaparecido algunos pueblos y ciudades, sino también estas treinta mil personas. No están ni entre los vivos ni entre los muertos…

Qué horror, pienso. Menos mal que yo estoy aquí, a salvo. Yo aquí soy extranjera, ellos están en su terreno, son de aquí, todo es como debe ser. A mi lado viven un tal Peter, una tal Gloria, una tal Karen. Estoy protegida, a mí no puede ocurrirme nada.

De repente, oigo el timbre, me acerco a la puerta, la abro y gente desconocida invade mi piso. Irrumpen inconteniblemente como una inundación, irrumpen mujeres, niños, ancianos, heridos, soldados. Yo soy Zeljko, se presenta un joven, ya han pasado dos meses desde que desaparecí en algún lugar cerca de Pirot, me está buscando mi hermana Ljubica Oreski… Soy madre, murmura una mujer, he desaparecido en septiembre, en los alrededores de Drnis, a mí me busca mi hijo, Rade Brakus.

Y me doy cuenta de que están aquí todos, los treinta mil. Pasen, digo, búsquense un sitio, acomódense, ya nos las apañaremos de alguna manera. Ellos se acomodan en silencio, son muchísimos, pienso, y todos caben en mi pequeño piso, como si fueran transparentes, pienso, como si fueran naipes, uno tapa a otro. Será porque han desaparecido, pienso, por eso son tan acoplables.

Y mientras preparo la comida para alimentarlos, se me ocurre

que el globo terráqueo se asemeja a un reloj de arena, a unos vasos comunicantes, todo tiene una copia en algún lugar, como en una biblioteca. ¡Ea!, también Berlín está en mi vecindad, a diez minutos de viaje en coche, tanto el del Este como el del Oeste, no se ha omitido nada. Hay copia de todo en algún sitio, en particular aquí, también hay un París en Texas, y un Moscú y un Madrid y un Copenhague y una Venecia y un Londres y un Hamburgo. Y Nueva York solo es una Nueva Ámsterdam. Por lo mismo, los desaparecidos no desaparecen, sino que surgen en otro lugar, en otro punto distinto, ea, estos, por ejemplo, en mi piso. Está bien, pienso, todo está bien, todo está en orden, no hay motivo para preocuparse, me ocuparé de tu hermano, Ljubica Oreski.

Suena el teléfono, llama mi madre desde Zagreb.

—Sabes. —Se demora, y yo ya presagio en el auricular el conocido tintineo silencioso.

—Lo sé, mamá, no hace falta que me lo digas. Están aquí, estamos todos aquí. —Digo.

Y oigo un tintineo profuso, parecido al de las monedas que salen a porrillo de repente de una máquina de juego.

# MANUAL

—ESTOY MUY ENAMORADO… Pero Madeline no me quiere —se queja Norman.

—¡Oh! —digo.

—Me marcharé a Croacia para morir allí —dice este enamorado profesor de Ciencias Políticas, especializado en Europa Oriental.

—¿Qué pintarías tú allí?, aquello no es tu patria.

—De todos modos, pensaba suicidarme por Madeline. Así que es mejor morir de un modo romántico…

—Si quieres suicidarte, hazlo de forma práctica —digo. Y añado —: Hay un manual para estas cosas.

—¿Hay un *manual*?

El *manual* es la nueva Biblia americana. La cultura americana de la vida cotidiana es la cultura del *manual*. Las «instrucciones» o «indicaciones» sagradas aparecen incluso en un osito de peluche, un juguete de niños, en forma de etiqueta de tela inofensiva abarrotada de palabras. En esta telita está escrito todo: de qué material está fabricado el osito, cómo hay que manejarlo, que no hay que metérselo en la boca, ni acercarlo al fuego, ni hacer esto ni aquello… El osito de peluche con instrucciones de uso se convierte en una cosa seria.

El americano compra como si se estuviera examinando de algo importante. La compra de unas simples zapatillas deportivas durará una hora. El americano establece una especie de manual oral con el vendedor. De qué tipo son los cordones de las zapatillas, y a ver si el dedo se mueve dentro sin dificultad, y qué pasa con el empeine, y

cómo es la media suela, y de cuánta elasticidad hablamos, y de qué material están hechas, y cómo es el forro, y cuáles son las diferencias entre estas y aquellas… El dependiente proporciona las indicaciones como si fuera un ortopeda, y no un simple empleado. El cliente americano escucha como si fuera un paciente, y no un simple comprador.

En la entrada de los enormes supermercados americanos, al cliente lo espera toda clase de material promocional gratuito. Bastaría para llenar un quiosco de periódicos entero. Mientras compras el pan, puedes documentarte sobre el radón, un gas radioactivo, el nuevo terror de la vida cotidiana americana. Mientras compras copos de maíz, puedes aprender algo sobre el *panic disorder*, sobre los síntomas que antaño pensaba románticamente que eran una angustia repentina o una pesadumbre metafísica, y ahora, ya ves, resulta que se trata de un simple miedo superable. Mientras compras el pavo de *Thanksgiving*, te puedes informar sobre cómo pagar menos impuestos; cuando vas a comprar agua mineral puedes averiguar gratis algo más sobre *bedwetting*, orinarse en la cama, que al parecer puede causar graves problemas más adelante, como por ejemplo socavar la *self-image* o minar la *self-esteem*. Mientras compras una salchicha, puedes enterarte gratis de cómo hacerte rico o cómo comprar una casa; mientras eliges una paletilla deshuesada, puedes encontrar en el folleto gratuito *The Dating Page* una pareja para toda la vida.

Y mientras a mí, la extranjera, me embarga el *panic disorder* porque no sé adonde ir ni qué hacer con el folleto lleno de cupones que me garantizan *big-savings*, es decir, no consigo decidir si quiero una paletilla deshuesada por solo 3,59 $ o un hombre sano, guapo, no fumador, aficionado al baile, al esquí, a la vela, a saltar en paracaídas y a las cenas románticas a la luz de las velas; es decir, no sé si primero hacerme rica y luego comprar la paletilla por solo 3,59 o primero comprar la paletilla y luego encontrar una pareja para toda la vida, y mientras yo me debato en ese mar de dudas, el americano medio se mueve por allí como pez en el agua. Está acostumbrado al sistema que lo guía, como un *videogame*, hasta el objetivo deseado. Y

para llegar a este objetivo debe dominar las instrucciones. La intuición es aquí una cualidad completamente inútil, solo los elegidos la tienen, pero el imparcial sistema americano ofrece algo que está al alcance de todos. El *manual*, las instrucciones, la guía. Hay que leer, leer atentamente, leer hasta el final, sin saltarse nada. Además, justo donde la concentración del lector disminuye, está escrito con mayúsculas: *KEEP READING!* Por lo tanto, hay que continuar leyendo, sin interrupciones, no perderse nada (*DON'T MISS!*). No hay nada en este mundo que no se pueda dominar con instrucciones precisas.

La cultura del *manual*, en la que uno llega hasta el objetivo deseado, se ha impuesto porque se basa en una premisa profundamente mítica. Todo *manual* descansa sobre el arquetipo del laberinto, es el cuento de Iván el Tonto, que superando obstáculos, siguiendo al pie de la letra las instrucciones (¡al pie de la letra!), llega al objetivo deseado. Y el objetivo, ya se sabe, es el reino y la bella princesa. Aquellos que yerran son disidentes del sistema; aquellos que, como Pandora, abren la caja pese a las instrucciones en contra atraen la desgracia sobre sí mismos y sobre el mundo. La cultura del *manual* tiene su héroe, su jugador de *video-game*, su Iván el Tonto. Quien sigue las instrucciones tiene que llegar al objetivo deseado. Al americano medio nadie puede hacerle dudar de esta convicción fundamental. *Keep reading! Keep living!*

¿Y qué pasa si no llega? ¿Qué ocurre si no lo alcanza, a pesar de las instrucciones?, pregunta mi cerebro desconfiado, cínico, perezoso, irónico y destructivo. ¿Y si no llega?

Y ya me veo, ya lo sé, renuncio nada más empezar: nunca seré rica, nunca tendré una casa preciosa ni un compañero de vida aficionado a la vela, al esquí, a pilotar, y que además no fume, nunca conseguiré pagar menos impuestos, nunca perderé los kilos de más ni alcanzará mi cuerpo la forma deseada, nunca compraré la paletilla por solo 3,59, no dejaré de fumar, no ganaré la lotería, nunca, nunca lo conseguiré…

No sirvo para el «hazlo tú mismo» ni soy habilidosa. Sin embargo, cuando exploro todas las raíces de mi disidencia, cuando

llego hasta el último «no lo haré o no puedo», ¡todavía hay una posibilidad para mí! La última salida. *Final exit*. El *manual*. La guía para el suicidio, para el *self-deliverance*. Leeré atentamente las últimas instrucciones, despacio, sin prisa. Elegiré mi *final exit* como elige un *gourmet* los platos en el mejor restaurante. Dejaré flotar la mirada por el menú: por la muerte al estilo hollywoodense (*Death-Hollywood Style*), por la muerte al estilo extravagante (*Bizarre Ways to Die*), por el suicidio con bolsa de plástico (*Self-deliverance via the Plastic Bag*)… Compraré también un pequeño ordenador para poder convertir onzas en gramos, me lo aprenderé todo, lo estudiaré todo, seré perfeccionista.

En el mundo de los *manuals* todo es fácil, indoloro y seguro. Y, no obstante, me encomiendo a la Imprevisibilidad como a una gran Idea Poética. Porque tal vez en las pantallas de los nuevos ordenadores interactivos, en estos nuevos *manuals*, donde un simple dedo tiene el poder de una varita mágica, al tocar ligeramente con el índice el círculo astral en el monitor, abriré un nuevo paso, una puerta, tal vez me deslizaré como Alicia por un túnel a otro mundo, un mundo al otro lado del *manual*.

Suena el teléfono, llama Norman.

—Madeline me quiere, me lo dijo hoy… —dice en croata con alguna patada a las declinaciones.

—¡Oh! —digo.

—Fui estúpido cuando dije que me suicidaría. Madeline me quiere… ¿Me oyes?

—Te oigo.

—¿Entonces por qué estás triste?

—Están bombardeando Dubrovnik…

—¡Oh! ¡Lo siento, de verdad que lo siento! —dice, sinceramente afectado. Callamos un rato, y luego, con cautela, pregunta de nuevo…

—¿Tú crees que Madeline hablaba en serio cuando dijo que me quería?

# SHRINK

NO HACE MUCHO QUE TENGO UN *SHRINK*. Ningún americano que se precie sabe quién es. Por eso tiene un *shrink*. Yo también me precio. Y no sé quién soy. Mi *shrink* es mujer, una rubia descolorida muy parecida a la estrella de mi infancia, Doris Day.

—Sabe, hace varios años tuvo lugar un fuerte terremoto en Montenegro. Un periodista le preguntó a un campesino cómo había vivido la experiencia. Pues, dijo el campesino, yo estaba en casa y de repente siento que algo tiembla. Salgo fuera y miro, ¡allí está, el epicentro! Huyo hacia la izquierda, y el epicentro me sigue, corro a la derecha, y el epicentro otra vez detrás de mí…

—Qué gracia —sonríe pálidamente mi *shrink*.

—No tiene gracia —digo—. Por eso he acudido a usted. Resulta que el epicentro me ha seguido. El suelo tiembla bajo mis pies, las imágenes se duplican, todo me parece frágil como si en cualquier momento fuera a derrumbarse —le comento, cual persona inteligente que se expresa con metáforas y no abruma con pormenores.

—Le ruego que no se exprese con metáforas, sea concreta. Para empezar, explíqueme, por favor, qué es Montenegro —dice tajante mi *shrink*.

Y yo se lo explico, por qué no. En el desorden generalizado, da igual por dónde empezar. Enumero todo: Montenegro y Eslovenia, Croacia, Bosnia y Herzegovina, Macedonia y Serbia. Menciono también las dos antiguas provincias autónomas, Voivodina y Kosovo.

—¿Por qué antiguas? —pregunta la *shrink*.

También se lo explico. Y enumero: eslovenos y croatas, serbios y musulmanes, montenegrinos y albaneses, judíos e italianos, romaníes y rumanos, búlgaros y rusinos, húngaros y checos. Los cito a todos, no me salto nada.

—Abrevie, por favor, para llegar cuanto antes a la fuente principal de su frustración —dice mi *shrink*.

—Es que yo he empezado desde el epicentro, pero usted pidió que le explicara lo que es Montenegro —protesto.

—De acuerdo, de acuerdo… —masculla conciliadora ella—. Continúe.

Y yo continúo, expongo la historia de Yugoslavia, explico de paso mi historia personal, desempolvo a mis abuelos, que no es que a mí me importen mucho, pero pienso que quizá para ella, para mi *shrink* signifiquen algo, recuerdo en voz alta mi propia infancia, no me salto nada, ni mi pañuelo de pequeña pionera, ni las brigadas de trabajo de las juventudes yugoslavas, ni el testigo de los relevos en honor a Tito.

—Espere… ¿Qué es el testigo de los relevos de Tito?

Y yo se lo explico. Un trozo de madera o metal, una barra elaborada a mano, hueca por dentro, en ese hueco unos veintidós millones de yugoslavos introducían felicitaciones enrolladas para Tito por su cumpleaños, y el testigo pasaba de mano en mano como símbolo de fraternidad y unidad.

—No lo entiendo muy bien, pero es evidente que se trata de un símbolo fálico —dice con profesionalidad mi *shrink*.

—Por supuesto —digo—. Procedo de una cultura fálica, masculina, una cultura del palo, de la porra y del cuchillo, según la necesidad. Pero dejemos esto ahora, no nos llevaría a ninguna parte.

—Es evidente que la ha llevado al punto donde está ahora —observa con mordacidad la *shrink*.

—También usted ha sorbido Coca-Cola y meneado en el colegio los pompones de *cheerleader*, pero ha salido normal —digo con insolencia.

—Tiene razón. Casi lo había olvidado —farfulla nostálgica mi

Doris Day—. Continúe.

Y yo continúo. No omito nada. Hablo del socialismo, de la mentalidad, del colectivismo, del nosotros colectivo en vez del yo individual, de este nosotros que nunca implica responsabilidad, en cuyo nombre se prometió durante años un futuro feliz, en cuyo nombre hoy en día se mata.

—Comprendo. Si hubieran tenido una cultura del *self* desarrollada, ahora estarían mucho mejor.

—Ahora tendríamos una locura individual, y no una colectiva.

—Explíquese… —dice.

Y yo me explico. Expongo la breve historia de la infamia. Hablo del pensamiento mítico, tribal, del salvajismo, del primitivismo, del analfabetismo, de la mentalidad criminal, los robos, las mentiras, la legalización de las mentiras, la cultura de la mentira, de la arbitrariedad, de la mentalidad rural de nuevo cuño que llora mientras asesina y asesina mientras llora…

—Sea más concreta. Ya no entiendo nada… —dice.

Y yo concreto. Enumero las fechas, los nombres, cito los resultados de las elecciones democráticas en porcentajes, enumero los partidos en el poder y los de la oposición, enumero los nombres de los líderes, los sucesos, las ciudades.

—Milošević… Vu-ko-var —se esfuerza mi *shrink*.

Y continúo. Hablo del salvajismo del Ejército federal, de los voluntarios serbios y montenegrinos que están saqueando Dubrovnik, de la paranoia colectiva, de las mentiras, de las ciudades croatas destruidas, de los niños asesinados, de los pueblos calcinados, de las matanzas, de los refugiados, de las borracheras, de la locura, del culto al cuchillo.

Y noto que a mi *shrink* le empiezan a temblar las manos.

—Basta ya. Es como si me contara una película de terror. Dudo de que algo así pueda ocurrir en el corazón de Europa, en el umbral del siglo XXI —dice mi *shrink* con voz de maestra de colegio—. Pase al problema —ordena con severidad.

—Precisamente en eso consiste mi problema, en que todo es verdad, y no una película de terror —digo.

—Pase a su problema personal —dice recalcando «personal», como si lo anterior no entrara en el registro de problemas personales.

Y yo sigo explicando con diligencia. Sufro de doble personalidad, lo veo todo en imágenes duplicadas, soy una casa habitada por mundos paralelos, en mi cabeza todo coexiste simultáneamente. Observo la bandera americana y de repente me parece ver hoces y martillos rojos pequeñitos en vez de las estrellas blancas. Veo en la televisión el anuncio de un collar, esos son los que más me tranquilizan, y en el punto donde debería estar el collar de perlas por solo sesenta y cinco dólares veo un cuello degollado. Paseo por la Quinta Avenida y, de repente, los edificios se derrumban como si fueran un castillo de naipes. Todo está entremezclado en mi cabeza, todo existe a la vez, ya nada es inequívoco, nada es firme, ni los países, ni las fronteras, ni la gente, ni las casas… Todo es muy frágil, como si fuera a desplomarse en el segundo siguiente.

—Y lo más horrible —comento con voz exhausta— es que creo que la culpa la tengo yo, que yo he traído el virus. En estos momentos, lo que más me preocupa son el Empire State y el puente de Brooklyn.

—Ya no le puede ocurrir nada. Aquí está usted a salvo —dice convencida mi *shrink*.

—También allí estaba a salvo y de todos modos ocurrió…

—Usted simplemente está en estado de *shock*, todo saldrá bien…

—¿Y qué pasa con el virus? ¿Qué pasa si en este momento, mientras nosotras dos conversamos, se derrumba el Empire State Building? ¿Y usted me dice que todo está bien?

—¡Usted misma sabe que eso es imposible!

—¡Pensaba lo mismo de Dubrovnik, que era imposible!

—¡Por todos los santos, es usted de verdad insoportable! Trabaje en su *selfesteem*, que está seriamente deteriorada. Nos vemos el próximo viernes —dice resuelta mi Doris Day, y termina la sesión. Las manos le tiemblan un poco, me parece más pálida que al principio.

Y acepto el consejo. Cada día practico yoga, trabajo en mí misma, en mi *self* soy el centro del mundo, lo demás no me interesa, no existe, y nadie me va a apartar de mi camino. Observo mi pierna estirada como un objeto merecedor de respeto, no pienso en nada, escucho música selecta, *stress busters, new age*, también he encargado un *brain supercharger*, espero que esté a punto de llegar. Me he olvidado por completo de mi *shrink* como si nunca hubiera existido.

Suena el teléfono. No lo cojo. Estoy sentada en la postura del loto, no me muevo. El trabajo en el *self está* dando los primeros resultados. Ni loca pienso moverme y responder. Desde el contestador se desparrama nerviosamente por la habitación la voz conocida…

—¿Oiga? ¿Qué pasa con usted? ¿Oiga? ¿Dónde está? ¿Por qué no me contesta? Por favor, contésteme… Necesito su ayuda. Está aquí, en mi consulta. ¡El epicentro! No sé qué hacer. Todo tiembla, las imágenes se me duplican, todo me parece muy frágil como si en cualquier momento fuera a derrumbarse…

# JOGGING

—ESTOY FATAL… MADELINE ME HA DEJADO POR OTRO. No puedo seguir viviendo así. Se acabó —se queja en croata Norman. Su desesperación repta por los cables del teléfono y se vierte en mi sensible oído como cera caliente.

—Todo saldrá bien —digo compadeciéndolo.

—No es verdad —dice, y calla.

—*Cheer up!* —digo, y en el acto percibo que he dicho algo equivocado. Nunca hay que proferir palabras de consuelo en un idioma que no es el materno.

—Por Dios, explícame qué es lo que…, qué es lo que me está sucediendo —dice mi amigo, con una voz que a mí (¡la experta en literatura rusa!) me produce escalofríos.

—Las cosas son más simples de lo que te imaginas, Norman —digo—. Estás enamorado hasta las cejas. Y tu Madeline, con su estrategia de «hoy quiero, mañana no quiero», no hace sino aumentar tu enamoramiento.

—No —suspira Norman tajante en el auricular—. No es tan fácil, todo es mucho más complejo… —Y luego, después de una larga pausa, añade con voz más sombría—: ¿Quizá me siento tan mal porque hace una semana que no hago *jogging*?

Las ventanas de mi piso están protegidas con persianas blancas de plástico. Por la mañana, en cuanto me levanto de la cama, me acerco a la ventana. Aparto con suavidad unas lamas, dejo entrar en la habitación unas rayas horizontales de luz y apoyo la frente en el plástico frío. Espero. La vista sobre el terreno de juego desierto

prolonga la somnolencia cálida. Y helo ahí, ya viene, mi *jogger* solitario. Con la melena pelirroja recogida en una coleta, la cara de mármol pálido y la mirada invisible, corre rítmica y grácilmente. Por el vaho que le sale de la boca deduzco que afuera hace frío. Uno-dos, uno-dos, corre mi solitario corredor, mi *jo-gg-er*, mi luz matutina, mi dulce pecado voyerista, *jo-gg-errr*… *jo-gg-errr*. La punta de la lengua se desliza por el paladar y luego, de pronto, como una pequeña serpiente, se encabrita y resbala por la garganta.

El corredor empieza a alejarse, ya no lo veo, pero sé que mañana vendrá otra vez. *Jogger!* Expulso de la boca el sonido gutural. En la soledad silenciosa de mi habitación, la palabra suena minúscula como un sonajero chino de nácar.

El tiempo en Connecticut es traicionero. El radiante sol invernal hace las calles geométricamente rectas de la ciudad aún más cortantes, aún más regulares. La luz y las sombras se alternan como en un tablero de ajedrez. En este tablero, las figuras llevan los nombres de Waldbaum, Caldor, Sears, *Stop* Shop… En estos días soleados, el viento azota el rostro de improviso, tiende una emboscada para fustigarte y luego se escabulle a otra calle. En la vía principal, la Main Street, se encuentra la Clock Tower, con un enorme reloj en lo alto. Bajo el reloj pasea un policía. Las manecillas del reloj son largas, negras y afiladas como la sombra de la porra del policía. El reloj y el policía armonizan el ritmo diario.

Por la noche suelo despertarme alterada por el tictac de un reloj interior. Me levanto, me acerco a la ventana, separo despacio las lamas de la persiana y contemplo fijamente la oscuridad. A menudo me parece que está allí, él, mi corredor. Se detiene, me mira de reojo y aguarda. Me imagino en la negrura sus muslos bañados en sudor, noto el pulso regular, la calidez de su aliento. Arrebujada en el vacío como si fuera una manta, observo la oscuridad.

Cada día compro algo. Compro a escondidas, en la tienda finjo hacer las compras para mi hermano, mi marido, un amigo, justo es lo que necesito para mi sobrino, digo, aquella cinta para el pelo, ya sabe usted, las que llevan los deportistas… Ajá, *sweathaná*, dice el vendedor, paciente, y trae enseguida la cinta deseada. Aprendo

palabras, compro cosas para aprender palabras, aprendo palabras para comprar cosas. Los *jog-a-lites* son equipos reflectantes, adhesivos de colores, bandas para corredores que suelen correr en la oscuridad.

Cada día compro alguna cosa. Despliego los objetos por la habitación como despliega una novia su vestido de boda, los miro, los toco, pero todavía no me atrevo a ponerme nada. No le cuento a nadie mi pasión, compro a escondidas, arrastro el tesoro a mi guarida.

Uno-dos, uno-dos, corre mi solitario corredor. Diviso los muslos sudorosos, el labio superior perlado de gotitas. El viento traicionero de Connecticut azota su cara pálida. Uno-dos, uno-dos, corre mi corredor. «La marfileña armazón de las piernas movíase con ligeros equilibrios, resbalaba un destello feliz por su piel blanca, y en la frente, serena y luminosa, se alzaba, cual torre en la luna, muy claro el cuerno, y cada paso tendía a sostenerlo en alto. La boca con su bozo gris rosáceo estaba levemente replegada, luciendo algo de la albura incomparable de los dientes; suave se encogía y dilataba la nariz. Mas su mirar, por nada circunscrito, proyectándose al espacio en figuras, cerraba un círculo azul de leyendas[2]».

*Running shoes*: 78.99; *sweat suit*: 73.29; *sweat socks*: 5.99; *sweat shirt*: 12.99; *sweat pants*: 19.00; *gym shorts*: 17.99; *sweat band*: 5.99; *t-shirt*: 10.50…

Por la noche, alterada por el tictac de un reloj interior, me levanto, me acerco a la ventana, aparto las lamas y dejo entrar en la habitación los rayos horizontales de la luna. Durante un buen rato contemplo fijamente la oscuridad. Y entonces, sin encender la luz, me pongo la camiseta nueva, limpia, luego los calcetines de algodón blanco como la nieve, el chándal de algodón calentito, me pongo encima una chaqueta ligera de nailon, cojo las zapatillas deportivas nuevas, me las pruebo con el cuidado con que un samurái comprueba el filo de su espada. En la frente, a la manera de una coronita nupcial, me coloco la cinta de vivos colores.

Me acerco a la ventana, contemplo fijamente la oscuridad y espero con paciencia. Al principio veo dos puntos amarillos,

fluorescentes. Los puntos se dan caza el uno al otro en la oscuridad y luego desaparecen de repente. Él está debajo de mi ventana, iluminado por la luna, me mira de reojo y espera. Salgo fuera, el viento traicionero de Connecticut me azota el rostro. Me acerco, toco su pelo rojo, recorro su cara, mi *jogger*, susurro, mi dulce pecado voyerista. Él me da la mano en silencio, me arrastra y corremos a la oscuridad. Uno-dos, uno-dos. De pronto, noto que no tenemos peso, nos elevamos al cielo, seguimos la órbita trazada por el alumbrado callejero. En la oscuridad brillan como grandes estrellas las solitarias letras: Waldbaum, Caldor, *Stop* Shop, Sears. Uno-dos, uno-dos, corremos despacio, sin ruido, como si pisáramos algodón. El reloj de la Clock Tower es redondo y luminoso como la luna llena. Corremos por encima de Main Street, torcemos hacia Court Street, corremos encima de High Street. Uno-dos, uno-dos, *jogger* mío, ritmo de mi aliento, *jogger*, ritmo de mi corazón, *jogger*, fuego de mis muslos, *jogger, jogger, jogger*… Tipógrafo, repite esta palabra, hasta que llegues al final de la página…

# HOMELAND

—EL RATÓN LO TRAJO ELLA —dice Beka, y me señala con el índice.

—Pero ¿cómo lo voy a haber «traído» yo? —protesto.

—El ratón apareció a la vez que tú…

—Quizá estaba ya antes, solo que tú no lo habías visto —dice conciliadora la actriz.

—Si hubiera estado, me habría dado cuenta seguro —dice Beka.

—De todos modos, ¿cómo entró en el piso? —pregunta el director de cine.

—A través de la rejilla de la ventilación, entran por las rejillas de la ventilación —dice el arqueólogo.

—En cualquier caso, en este piso nunca ha habido ratones —recalca Beka meneando la cabeza.

—Nueva York está lleno de ratones, es muy natural que alguno aparezca también en tu apartamento —dice el periodista—. Todas las grandes ciudades están llenas de ratones. Ámsterdam, por ejemplo, algún día la inundarán los ratones… —Y París…

—Y Berlín…

—Berlín me da igual. En mi piso, todo estaba en orden hasta que ella apareció… —dice Beka, y me señala con el dedo.

Estamos sentados en el piso de Beka, al otro lado de la ventana brillan las luces de Nueva York, conversamos, charlamos sin más, cascando las palabras en la boca como si fueran pequeñas nueces, con mucho cuidado de no morder el fruto.

Todos hemos acabado aquí «por casualidad». Algunos

enseñamos en universidades americanas, un semestre o dos, otros tienen una beca, los de más allá están de paso, como turistas. Una actriz, un director de cine mayor, un director de cine joven, un psicólogo, un periodista, una escritora, un arqueólogo… Todos más o menos del mismo ámbito, todos más o menos de la misma edad (cuarenta y tantos), todos salidos más o menos del mismo jardín de infancia social, intelectual e ideológico.

Nos observamos los unos a los otros, sentimos a la vez el malestar y la lástima que se siente por la familia. Porque todos nosotros (¡ah, fue hace tanto tiempo!) llevábamos alrededor del cuello el pañuelo de pioneros, todos saludábamos agitando banderitas a invitados de nombres difícilmente pronunciables (Nkrumah, Sirimavo Bandaranaike, Haile Selassie), todos aprendimos las letras del mismo abecedario (P de patria), frases de la misma cartilla escolar («Proteged la fraternidad y la unidad como a la niña de vuestros ojos»)… ¡Ah, ha pasado tanto tiempo! ¿Acaso se trataba de nuestra historia común o solo de una película en la que de niños actuábamos como comparsas? Y luego nos hicimos mayores y lo olvidamos. Y luego nos dispersamos por nuestras propias vidas. Hacíamos escapadas más breves a Trieste, a Londres, a París, a Nueva York, pero a nadie se le ocurrió jamás marcharse de verdad a ninguna parte, no, por qué iba a hacerlo, por qué uno de nosotros se iba a marchar, nos iba bien, esquí en invierno en las montañas eslovenas, en verano a la costa, al Adriático.

No, nadie se había marchado a ninguna parte. A decir verdad, tampoco había ocurrido nada.

Por un instante paramos, por un instante nos preguntamos cómo es que no estamos charlando en un café de Zagreb, de Sarajevo o de Belgrado, sino aquí, en Nueva York, y cómo es que ahora de repente somos tantos, y todos, mira por dónde, qué casualidad, nos conocemos, y qué extraño que todos seamos más o menos de la misma edad…

No, nadie se había marchado a ninguna parte. A decir verdad, tampoco había ocurrido nada. Salvo quizá a la actriz. A ella la habían declarado traidora. Tanto en un bando como en el otro. En

el Este y en el Oeste. ¡Actriz-traidora! ¡Actriz-traidora! *Don't take it personal*, le decimos a la actriz. Unos han fallecido, otros han huido, unos han perdido la casa, otros la carrera, unos están muertos, otros vivos, ya nadie es el que era.

No, nadie se había marchado a ninguna parte. A decir verdad, tampoco había ocurrido nada. Salvo quizá al director de cine mayor. Veinte años atrás había rodado una película. Lo habían encarcelado. Había salido de la prisión y había abandonado el país. Luego había regresado. Ahora otra vez se ha marchado. No ha podido soportar de nuevo la misma historia.

—Ya tengo cincuenta años —dice el director de cine mayor.

*Don't take it personal*, le decimos al director de cine mayor. Unos han fallecido, otros han huido, unos han perdido la casa, otros la carrera, unos están muertos, otros vivos, ya nadie es el que era.

—Y yo me haré camarero —dice el director de cine joven—. Gente con mi carrera hay a montones. Me siento como un pingüino en el Polo Norte.

—En el Polo Sur —dice Beka.

—¿Por qué?

—Porque los pingüinos viven en el Polo Sur.

—Y yo venderé la basura del trastero comunista —dice el periodista—. Les ofreceré la imagen del mundo que esperan, estereotipos sobre la vida detrás del «telón de acero», estereotipos sobre la gris y deshumanizada Europa del Este que hace cola para comprar col fermentada.

—Pero nosotros no hacíamos cola para comprar col fermentada —decimos.

—No importa. Lo que importa es que *ellos* piensan que la hacíamos. Venderé mis yugo-recuerdos, nuestra hoz, nuestro martillo y nuestro cuchillo. Mañana ya será tarde, mañana el mundo ya lo habrá olvidado todo —dice el periodista.

—Yo simplemente no puedo regresar. Todo me da asco —dice la actriz.

No, nadie se había marchado a ninguna parte… Solo que tal vez hemos llegado tarde. Se ha vendido hasta el último pedacito del

Muro de Berlín. Se han saldado tanto la gorra de Lenin como los bigotes de Stalin, el psicólogo menea la cabeza.

—Qué pesados os ponéis, ¿qué tenemos que ver nosotros con la gorra de Lenin y los bigotes de Stalin? —pregunta Beka.

—Yo me haré camarero. ¿Qué otra opción tengo? ¿Proyectar mis películas en las facultades americanas a cien dólares por presentación? También aquí hay recesión. Hemos llegado en mal momento…

No, nadie se había marchado a ninguna parte. A decir verdad, tampoco había ocurrido nada.

—Da igual cuándo hayamos llegado, siempre será mal momento —dice la escritora.

—No nos hemos reorientado a tiempo, nos hemos quedado anticuados. En nuestra patria ahora hay otras actrices, otros periodistas, otros escritores —dice el psicólogo.

—¿En qué patria? —pregunta Beka.

—Todo sucedió muy deprisa. Rechacé participar, y lo rechacé por asco o por miedo, qué importa. Nadie va a preguntar nunca la razón —dice el director de cine mayor.

—De repente me siento como la emigración rusa en París o Berlín hace setenta años —dice el psicólogo.

—A mí me han destruido lo que he desenterrado a lo largo de veinte años —dice el arqueólogo—. ¡Veinte años! Estrato por estrato, pedacito por pedacito, veinte años. Ahora otra vez está todo bajo tierra…

—Yo me siento completamente incapaz de avanzar. Desde hace algún tiempo no me quito el pijama. Solo quiero dormir y dormir —dice la actriz.

*Don't take it personal*, le decimos a la actriz. Unos han fallecido, otros han huido, unos han perdido su casa, otros la carrera, unos están muertos, otros todavía vivos, unos han perdido su patria, otros la han ganado, la única verdad es que ya nadie es el que era.

—No quiero quedarme, no quiero volver. ¿Qué hago? —dice el director de cine.

—¿Y sabéis que todos tenemos más o menos los mismos años

que tenía Yugoslavia, esa que se ha tragado la tierra? El gato se ha tragado al ratón —dice la periodista.

—Por cierto, ¿queréis que os lo enseñe? —pregunta Beka, y trae la eficaz trampa con el roedor muerto.

—¡Qué pequeño es! —dice la actriz compasivamente.

—¡Venid, vamos a tirarlo a la basura! —ordena con tono de *boy-scout* Beka.

Y nosotros la seguimos obedientes por el pasillo, hasta el cuarto de basuras. Beka abre la portezuela y tira la trampa al agujero. El sonido es prolongado y enérgico, desproporcionado por completo para el objeto que lo ha provocado.

—Ya está —dice Beka, y cierra resuelta la portezuela.

Formando una pequeña procesión, en fila india, volvemos al piso de Beka. En las ventanas brillan esplendorosas las luces de Nueva York. Nueva York brilla como un ratón, como miles de ratones pequeños, como miles de Mickey Mouse.

# ADDICT

ESTADOS UNIDOS TIENE ALGO DE «PELUQUERÍA». Todas las peluquerías del mundo son iguales. Y eso se debe a que no son peluquerías, sino un modelo del comportamiento humano. Por eso cuando digo que Estados Unidos tiene algo de «peluquería» es en ese modelo en lo que estoy pensando…

En cuanto pongo el pie en la peluquería, el ojo avezado del peluquero me atrapa. El peluquero en ese momento podría hallarse en un compartimento mezclando tintes, podría estar de espaldas a mí, podría estar agitando las tijeras alrededor de la cabeza de alguien, pero su mirada, lanzada como un anzuelo terrible, me convierte de inmediato en lo que soy: un ser que necesita un corte de pelo. Hay distintos tipos de peluqueros: cordiales, antipáticos, charlatanes, callados, así y asá, pero la relación entre el peluquero y el cliente siempre es la misma que la que se da entre el amo y la víctima. Sería estúpido buscar otra cosa cuando tienes la cabeza en sus manos. Si querrá seguir mis instrucciones, si querrá hacer con mi cabeza lo que yo quiero que haga o hará lo que él quiera, si volveré a venir a su peluquería o le daré una propina, nada de eso es relevante. Él, el peluquero, es el amo natural de la situación. Y cuando su servicio ha terminado, se plantea siempre la misma pregunta.

—¿Le gusta?

Una pregunta que nunca, en ninguna peluquería del mundo, espera una respuesta negativa. Porque por regla general no la tiene, pues es lo que dictan las leyes del género.

—Sí, sí —mascullo entre dientes, aunque, por supuesto, no me

gusta. Eso también lo dictan las leyes del género. Porque yo no voy a la peluquería para que me guste, sino para salir disgustada.

Sin embargo, lo que hace que mi disgusto sea mayor de lo esperado es la inquebrantable convicción del peluquero de que me debe gustar. ¿Cómo no iba a gustarme? He llegado con el pelo grasiento y desgreñado (*befare*), y mírame ahora (*after*). ¡El pelo brilla y está muy bien cortado!

La pregunta del peluquero, «¿le gusta?», es similar a la que suelen hacerme mis conocidos americanos.

—Usted se va a quedar aquí, ¿verdad?

Una de mis pesadillas americanas es entrar en una tienda. Ya en la puerta me espera la cara sonriente de la dependienta.

—*How are you today?*

—*Fine* —mascullo a la vez que me sonrojo y desmenuzo con los ojos las puntas de mis zapatos.

—*How are you doing?*

—*Fine* —repito en voz más alta, y tomando aliento dirijo la vista a la dependienta. La pobre ni siquiera intuye que ya está muerta, ¡la de vendedoras que he matado con la mirada! Y solo porque me obligan a pronunciar la corta e inofensiva palabra *fine*.

Una vez, un colega —uno de esos que pronuncian las palabras «Foucault», «Derrida», «Lacan» y «Baudrillard» con la misma familiaridad que las palabras «mamá», «papá» y «abuela»— me llevó a un restaurante.

—Por ahora en todo Estados Unidos solo hay cuatro restaurantes de este tipo —dijo por el camino—. Ahora vas a ver de verdad lo que es el posmodernismo.

El restaurante era grande y ruidoso. Era un museo de *americana* y tenía de todo: citas de películas y de series de televisión americanas, de la historia americana que conocemos por las películas y por las series, de la vida cotidiana americana, de la pintura americana (la que mostraba de manera hiperrealista esa misma vida cotidiana). No faltaba nada: citas al lado de otras citas, citas amontonadas sobre citas; todo mezclado con todo como en una ensalada americana.

También el menú ofrecía auténticas citas: pedimos obedientemente hamburguesas y Coca-Cola. Los camareros, vestidos de payaso, entretenían con celo a los clientes. Podía ocurrir que se tumbaran en una mesa con los platos y se rieran en nuestras narices o que hicieran rodar el plato sobre nuestras cabezas como si fueran a tirarnos el contenido en el regazo. Por todo el local payasos fotógrafos sacaban fotos a los comensales con cámaras Polaroid baratas y luego los obligaban a comprar las pruebas de su diversión. Un grupo muy alegre encargó una tarta enorme y empezaron a tirarse la nata unos a otros en la cara disfrutando como los actores en las comedias antiguas.

Una mujer robusta, una *kapo* vestida de payaso, una especie de capataz del restaurante, supervisaba atenta el nivel de felicidad en el local. En un momento captó mi mirada. La jefa, cual cámara precisa, grabó mi disgusto interior. De inmediato me señaló con un dedo e invitó a toda la sala a hacer lo mismo.

—¡Allí en el rincón, una persona que no se ríe! Sí, mírenla bien, esa mujer ahí, la del vestido negro —gritaba por el micrófono. Luego me amenazó juguetona con el dedo. Todo el restaurante la imitó, disfrutando de la reproducción colectiva del gesto. Y la orquesta empezó a tocar «Don't worry, be happy», y enseguida se olvidaron de mí. Tiré de la manga de mi posmodernista colega y salimos del restaurante. Mi cerebro adoctrinado empezó a dar vueltas a las imágenes de la felicidad totalitaria, las imágenes de los desfiles, de toda una historia de masas felices que fingen ser un cuerpo colectivo.

—Aquí han impuesto la dictadura de la felicidad —musité.

—No es más que un restaurante en el que puedes entrar y del que puedes salir cuando quieras —dijo mi colega. En ese momento, más que intentar calmar mi repentina angustia, defendía el derecho a elegir libremente. Y, por supuesto, tenía razón. Solo era un restaurante. Por lo demás, solo uno de cuatro en todo Estados Unidos.

—Usted se va a quedar aquí, ¿verdad? —me suelen preguntar mis conocidos americanos. La entonación de la pregunta nunca

conlleva la posibilidad de una respuesta negativa. ¿Cómo no iba a quedarme? El pelo me brilla y está muy muy bien cortado, *after all!*

Mi amigo de Zagreb, Ranko M., es un infeliz empedernido. Cada vez que nos encontramos suelta largas diatribas. Contra el Estado, el antiguo, el actual y el futuro; contra los políticos, los nacionales y los extranjeros; contra su madre, que le arruinó la vida, contra su padre, que no era mucho mejor; contra el sistema judicial, contra los niños pequeños, aunque los mayores tampoco son mejores; contra los perros y los gatos, y los papagayos como animales de compañía, son repugnantes; contra los croatas, contra los serbios, contra los franceses, que son insoportables, igual que los ingleses, los alemanes y los americanos; contra el sol que brilla, contra la lluvia que cae, contra el globo terrestre que da vueltas en sentido contrario, contra el universo, en el que reina el caos absoluto… A mi amigo de Zagreb, Ranko M., no lo puedes contentar ni consolar con nada, así es, un infeliz empedernido.

Una vez que vino a visitarme, no valoró sus propias fuerzas ni dosificó correctamente su odio, de modo que, lanzando las ráfagas verbales a diestro y siniestro, como una bengala navideña, llegó al final muy pronto. De repente, se le cayó la cabeza en la mesa y enmudeció. Me quedé helada, un infarto, pensé, y entonces se oyó un ronquido regular y tranquilizador. Mientras contemplaba la crispación adormecida en mi mesa y oía el ronquido de satisfacción, pensé que la infelicidad es muy heterogénea, repleta de matices finos y ricos.

Aquí soy educada. A cada *how are you today*, respondo *fine*. Ya no espero a que me lo digan, soy la primera en pronunciarlo: *have a nice day*. He conseguido dominar esa entonación característica, ese sonido que se eleva al final como un falsete penetrante, un tono que cual flecha atraviesa al oyente y sube de forma inequívoca el nivel de adrenalina. *Have a nice day*, me digo a mí misma, pero no sucede nada especial. Aguzo el oído, *have a nice day*, repito, el eco es sordo. Mastico el vacío como si fuera algodón de azúcar, no sabe a nada. Algo me falta, siento una ansiedad inusual que supongo que se parece a la adicción.

Paseo por Main Street y lo veo, veo a «mi» negro. Siempre está aquí, como si se hubiera fundido con la calle, está haciendo su larga ruta diaria. Tiene los ojos sanguinolentos, habla consigo mismo, agita las manos, se detiene a cada poco, alza el puño, amenaza a alguien invisible, un tipo peligroso.

Lo sigo como hipnotizada, finjo que ando enfrascada en mis asuntos. Al principio no entiendo lo que dice, y luego distingo la palabra *fuck*. Daga-da-daga-duck-daga-da-daga-duck, camina con paso marcial la máquina humana. Lo sigo, atraída por las pompas de odio.

¿Y qué más quiere?, pienso, en este país una hamburguesa cuesta 99 centavos y 99 centavos son casi 4 *quarters* y 4 *quarters* siempre son fáciles de conseguir. En las cabinas de teléfono que no funcionan, por ejemplo, solo hay que ser hábil, tener maña… 4 *quarters* son un poco menos que un *token* de metro, y siempre se puede encontrar un *token*, siempre puedes pedírselo a alguien y cambiarlo por 5 *quarters*, puedes rapiñarlo de las ranuras metálicas del metro, como por lo demás hacen los hábiles negros, maestros del *subway*, maestros *tokensuckers*, maestros *motherfuckers*…

A menudo pienso en los míos, que se desgañitan en la plaza principal de Zagreb, graznando como pingüinos, pateando el asfalto durante horas, pateando su insatisfacción, gruñendo… Gruñen contra el Gobierno, gruñen contra el destino malvado, gruñen contra el encarecimiento de la vida, gruñen porque han tardado mucho en reconocer el país, gruñen porque por fin lo han reconocido, gruñen porque los polinesios no lo han reconocido. Gruñen mis compatriotas, mis paisanos malhumorados, no es fácil sacarles una sonrisa, estos son de los que a un *haveaniceday* pueden escupirte a la cara como una llama, así son mis compatriotas, esos en cuyos caminos vitales abundan los accidentes de tráfico, como más o menos dijo tan bella y tristemente György Konrad.

—Usted se va a quedar aquí, ¿verdad? —me suelen preguntar mis conocidos americanos.

¿Cómo no iba a quedarme? Vengo del «poscomunismo» fresco, pobre de mí, seguro que lo he pasado fatal esperando en las colas

para conseguir papel higiénico; vengo, por lo demás, de un país en el que revolotean los cuchillos por encima de mi cabeza, vengo del caos balcánico, he escapado de mis paisanos, a los que no es fácil sacarles una sonrisa, que cual llama pueden escupirte a la cara ante un *haveaniceday*, he escapado de un país cuyos caminos vitales están abarrotados de accidentes de tráfico. ¡Y mírame ahora! ¡Y, por si fuera poco, el pelo me brilla y está perfectamente cortado!

Entretanto he conocido a «mi» negro. Nos sentamos en un murete delante del centro comercial de Main Street y apuramos unas latas de cerveza.

—No te quedes —me dice—. Aquí serás negra, igual que yo.

—Para mí eso es normal —le digo—. Incluso en mi país, entre los míos, soy negra.

—Tienes razón —dice él—. Los negros somos negros en cualquier parte.

—*Black is fucking black everywhere* —digo, y siento que en mi fuero interno gorgoriteo satisfecha. *Daga-da-daga-fuck-daga-da-daga-fucking*.

—Usted se va a quedar aquí, ¿verdad? —me suelen preguntar mis conocidos americanos. Esa pregunta que nunca conlleva la posibilidad de una respuesta negativa.

—No —contesto brevemente—. *Thank you. I am unhappy, I am fine*.

# INDIANS

SENTADOS EN UNAS PIEDRAS NEGRAS OBLONGAS, nos fumamos un *joint*. El porro navega de mano en mano cual barquita silenciosa en la oscuridad. Faltan todavía cinco minutos para que empiece. Parecemos incorpóreos en esa escenografía grandiosa, ocultos por la oscuridad de Central Park, en cuclillas sobre las rocas oblongas, con el lago delante, circundados por el bosque mágico de rascacielos luminosos. Paul abraza a su amante, un muchacho que ha madurado precozmente con largas piernas de rana, ojos oscuros un poco saltones, labios carnosos y húmedos, muy parecido a Pinocho. John y Mike están sentados en las piedras, encajados el uno en el otro como peines; Mike abraza a John, que se ha acurrucado entre sus piernas. Con las caras vueltas hacia el paisaje de Manhattan, Maruska y Melisa permanecen inmóviles, cogidas de la mano. En la cara de Maruska riñen una batalla las sombras de los genes: los fantasmas de sus progenitores, madre checa y padre indonesio, luchan por su rostro. Como si buscara aplacar la fiebre, Maruska hunde a veces la cara en la de Melisa, arenosa e inexpresiva. También estamos allí nosotros tres, Mira, Goran y yo. Susurramos ocultos en la oscuridad, no hay nadie más salvo nosotros y el bosque de rascacielos, que se ciñe como un anillo alrededor de Central Park. Apuramos el *joint* y esperamos los fuegos artificiales. Faltan aún tres minutos para que empiecen.

Con los ojos clavados en la vista de Manhattan, en el luminoso bosque mágico a nuestro alrededor, esperamos el estallido. Faltan dos minutos para que empiecen. Si adelantara las agujas seis horas y

mirara al otro lado del cielo, aparecería en el horizonte un fogonazo amenazador y se oiría la explosión de un proyectil…

Istria es una península con ciudades medievales asombrosas, valles verdes, colinas y tierra roja. Dicen que esta tierra roja es rica en magnetita. Las brumas frecuentes, que emergen de los valles y acaban envolviendo los campanarios medievales, surgen, según cuentan, de la evaporación de la magnetita. El porcentaje de locos en Istria es elevado, bastante más alto que en otros lugares del país. Y eso se achaca a la magnetita. En Istria solo ha dejado huella la Edad Media, como si la península se hubiera negado a entrar en otros siglos. Los televisores actuales, los frigoríficos, las antenas parabólicas son objetos que la evaporación de la magnetita ha traído del futuro. En Istria no funcionan las brújulas. No sé nada de relojes, pero ahí debe de haber un reloj general que marca el tiempo de forma que no coincida con el tiempo normal.

Podría ser que el síndrome de la magnetita de Istria, cual niebla misteriosa, se hubiera tragado mi país. Podría ser que fragmentos de la historia, atraídos por la magnetita, afloraran de nuevo, podría ser que esta horrible guerra que azota mi país fuera una réplica de otras que ya han sucedido. Todo ha cambiado de lugar, todo está desordenado o alterado como la aguja de una brújula frenética. Por eso podría ser que en breve surgieran campos de exterminio en los que las antiguas víctimas torturaran a sus verdugos, podría ser que en ese recorrido temporal encontrara a mi difunto abuelo, cuya cabeza, según cuentan, salió volando después del tajo afilado de un hacha, podría ser que en ese recorrido mi padre fuera mi hijo.

Quizá esta terrible y alocada confusión posmoderna haya surgido a causa de la magnetita. Quizá las corrientes misteriosas de la magnetita hayan arrastrado los tiempos y los hayan mezclado: sables, pistolones y granadas se han mezclado, turbantes, cascos, uniformes con diferentes distintivos se han mezclado, estrellas rojas se han mezclado con esvásticas, fascistas con partisanos, rambos con caballeros, láseres con puñales, justos con pecadores. Los tiempos revividos son más peligrosos y brutales porque han perdido su orden histórico. La mano que blande el puñal ha memorizado la ferocidad

del odio, pero ya no recuerda la razón ni el objetivo, presa de la locura de la magnetita es más brutal, golpea dos veces, buscando una confirmación doble de que está viva. Los hombres del otro lado del cielo van bien dispuestos a la muerte, como si se tratara de un videojuego: ya han vivido la realidad una vez, y la realidad no se repite dos veces. Los hombres contemplan impotentes las decapitaciones, el rescoldo del código de la memoria se conserva en su interior, pero no saben si lo que cortan son sus cabezas o las de sus abuelos, ni cuándo están ocurriendo los hechos. En el frenesí de los relojes desquiciados, los Balcanes navegan como un barco maldito por su propia historia y sueñan sueños bélicos. A mí también me parece a veces que navego adentrándome en el triángulo de las Bermudas del tiempo, en una suerte de olvido magnético, ni yo misma sé dónde estoy: en un futuro o en un pasado míos. Porque la realidad ya no es de fiar.

Pienso en esto mientras los fuegos artificiales surcan el cielo neoyorquino. Al otro lado del cielo estallan los obuses y relampaguean los cuchillos. No siento nada. No siento culpa, no siento miedo. Soy liviana, mis amigos son livianos también. El tiempo da vueltas y se arremolina en direcciones que no dependen de nosotros. Estamos en un cenador, rodeados por árboles desnudos. El cielo frío sobre nuestras cabezas está rojizo por el fulgor de los fuegos artificiales. Callamos. No sabemos qué hacer, permanecemos en el corazón de las tinieblas de Central Park como fósiles que el embudo del tiempo hubiera arrojado a una orilla.

En un instante, como si fuera algo que hiciera siempre, invito a mis amigos a bailar una danza india. ¿Cómo se baila una danza india?, preguntan alegres, y se ríen. Yo cojo de la mano a Pinocho, Pinocho coge de la mano a Paul, Paul a Melisa, Melisa a Mike, Mike a Maruska… Ha-ya, hayana, ha-ya-na, hayanaaa…, y pateamos en la oscuridad. Repito los pasos que había aprendido el día anterior en plena calle de un indio de una reserva de Dakota del Norte. Mis pasos son tan naturales que parece que nací conociéndolos. Nadie se equivoca, nadie tropieza, bailamos con ligereza, con solemnidad, encadenados en la noche al bosque

brillante de rascacielos, apretados en el pequeño espacio del cenador. Afuera hace frío, exhalamos vaho cálido y pateamos, nosotros los indios.

# MAILBOX

## ÁMSTERDAM

Por fin escribo la carta prometida, la primera después de mucho tiempo de reclusión absoluta. Me dedico un poco a estudiar neerlandés, pero mucho más a la necesidad interior de definir mi situación a corto o a largo plazo. Todo esto me parece una realización vulgar de mi sueño infantil que se repite a menudo sobre la partida sin retorno. Pero los sueños a veces invocan el futuro, y así me he convertido yo también en un extranjero de ninguna parte y de todas, un ciudadano del mundo ideal según el concepto local. El retorno, al parecer, ya no es posible y hay que adaptarse cuanto antes a ello. No obstante, la expatriación de nuestro espacio cultural común impone una distancia que hay que agradecer. A la vez es un paso adelante hacia un antiguo tema europeo, el exilio, en el que ahora debemos reconocer nuestra auténtica historia… A mí ya me han interrumpido con violencia dos periodos de mi vida: el primero, insular (siete años de vida en la ciudad de Bol, en la isla de Brac), y el segundo, hasta hace poco, belgradense. Belgrado se ha roto como el último huevo podrido en la cesta serbia, y su hedor, aunque lo reconozco de mala gana, se ha extendido hasta aquí. En mis fosas nasales se cuela la pesadumbre del apocalipsis personal, grande, pequeño y general, que nos ha sobrevenido. De

Belgrado me marchaba con gusto y siempre con el mismo gusto regresaba. No porque fuera para sus habitantes la ciudad más bella del mundo, sino porque los viajes traen consigo el deseo de volver al lugar que más se apodera de nosotros y en el que es posible soñar con la partida sin retorno al País de Nunca Jamás, allí donde nadie nos fastidia y donde somos completamente libres. Pero esta libertad, que tú y yo hemos alcanzado (en esencia porque en nuestros nuevos Estados aún no existen fronteras ni valores interiores), no es lo que necesitamos de verdad. De ahí también tu indecisión respecto al próximo movimiento, ya no será un regreso al lugar cuyos colores y olores reconocibles de inmediato nos relajan preparándonos para nuevas huidas. Es cruel estar descentralizado. Tendremos que acostumbrarnos o encontrar un nuevo lugar al que regresar, algo en lo que personalmente no creo.

En relación con tus pequeños ensayos, espero que sabrás evitar los estereotipos que tanto te asustan. El europeo se queda perplejo ante Estados Unidos igual que un alpinista ante el desierto. Se necesita mucho tiempo para que primero la mirada, y luego la imaginación, empiecen a vivir con el nuevo flujo de valores…

Como esta carta se desliza cada vez más por los diversos meandros de mi mente agitada, preferiría hablar de todo esto en otra ocasión, de manera que, a pesar de no tener ni un verdadero principio ni un fin, la acabo aquí con un saludo afectuoso.

P.

## ZAGREB

… Solo Goran está bien. La guerra no lo ha afectado

demasiado, incluso el descenso al refugio le resulta interesante, abajo hay muchos niños para jugar a la guerra. Por lo demás, está bien equipado, yo le he traído un casco del denominado Ejército Popular Yugoslavo y una gorra que llevan ahora nuestros marineros, de manera que es la estrella del edificio. H. escribe su libro y a menudo juega al Tetris. Así se defiende de la televisión permanentemente encendida. El problema es el dinero, como siempre. Los nuevos billetes me recuerdan al dinero del Monopoly. Son tan pequeños y míseros que te los gastas sin ningún remordimiento de conciencia…

… Es sábado, por la tarde, S. está en la sala de estar, sentada a la mesa baja frente al televisor, al lado los cigarrillos y el café descafeinado. Te está tecleando una carta. Le he dicho que deje un poco de espacio para que yo te escriba también unas líneas, y ella ha dicho que no quedará sitio y que escriba yo mi propia carta. Y ahora estoy sentado delante del ordenador (que hemos puesto en el dormitorio) y te escribo mi carta. Goran está en su habitación, tumbado en el suelo, con rotuladores a su alrededor, él también te escribe una carta. Un increíble individualismo literario en este pequeño taller familiar que te tiene a ti como objetivo de mercado…

… Así que fumo como un carretero, estoy tan cansada como un buey y podría comerme un caballo. En resumidas cuentas, resulta que soy una extraña bestia. Qué quieres que te diga, nuestro nuevo Estado es como un cuento. Ha venido el hada buena y con su varita mágica nos ha convertido en europeos. Para mostrarnos como tales, en la televisión las cantantes van vestidas de princesas y los cantantes de príncipes. Los de la guardia de honor parecen soldaditos de plomo. A los refugiados de Vukovar los recibieron en el hotel Intercontinental para que los grabaran los de la tele, y ahora están en pabellones deportivos, donde duermen en colchonetas…

… Lo de S. es un verdadero milagro: a) escribe sin presión; b) escribe sin un ritual previo (paseos de acá para allá, nervios, anuncios repetidos de que tiene que escribir); c) escribe en capítulos y lo recalca con satisfacción. Como se han terminado las alarmas aéreas, la vida cotidiana se ha tomado un respiro, es decir, se ha vuelto conocida a la manera cotidiana: los precios están por las nubes, los sueldos andan por el suelo, los gastos prometen…

… En lo que respecta al trabajo, la situación es increíble. He hecho un drama televisivo y cuatro documentales. Ninguno se ha emitido. Tengo dos dramas más para televisión en preparación, pero no estoy segura de que salgan adelante. Por lo demás, la política fiscal es tal que, si ganas por ejemplo cien mil, recibirás cincuenta, y no te merece la pena seguir trabajando. Parece que lo mejor es dedicarse al contrabando, lo que hace mucha gente…

… Pero hay también un nuevo matiz en los estados de ánimo y en los comportamientos. A diferencia de la desesperanza inflacionista, ahora la gente se vuelca, procura apañárselas para encontrar una fuente de ingresos. Son diferentes los reflejos cuando uno tiene que salir poco a poco a flote de un mal mayor que cuando a partir de una situación buena empiezas a hundirte poco a poco en la mierda. En realidad, hay menos quejas que antes. La gente ahora no para de echar números, de hacer combinaciones, y, si algo sale mal, dice «qué putada». Como indicador del incremento del ingenio pueden servir también los innumerables robos, atracos y allanamientos. No se trata solo de que la guerra conlleve necesariamente una caída de la moral, sino también un aumento del instinto de buscarse la vida.

F. me ha contado lo sucedido durante el reciente atraco a un banco. Un hombre enmascarado irrumpe en un banco con una metralleta y grita: «¡Todos al suelo!». La gente lo mira perpleja. Él dispara al aire y grita: «¡Tumbaos en el suelo!». La gente se tumba. Entonces el hombre se da cuenta

de que no tiene a nadie para pasarle el dinero. Le da un empujón a un infeliz tirado en el suelo y le ordena que le alcance el dinero. El infeliz pregunta: «¿Quiere que gatee?». Al oírlo, el atracador es presa del desconcierto y bruscamente huye del banco…

… He estado en el mercado. Y, mira, las coles de Bruselas cuatro marcos, la lechuga casi ocho marcos, los plátanos ya nadie los compra, por no hablar de la carne que hay en cantidades enormes. Los salarios rondan los doscientos marcos y eso se considera un buen sueldo. Por todo lo que ganas por encima de los doscientos marcos se paga un impuesto adicional. En las tiendas ya no hay mercancía extranjera, así que ni esos cigarrillos tuyos, solo para que lo sepas, y tampoco mi café descafeinado. Si tienes suerte, lo puedes comprar en las ciudades costeras, allí hay más género importado. En Dubrovnik, por supuesto, hay Marlboro, pero no hay luz ni agua…

… Ahora tengo que terminar, la carta no debería abultar demasiado, y no sé cómo se imprime a doble cara en la impresora (que nos ha prestado el vecino F.). Adiós.

H.

… Goran está muy apegado a mí. No puedo ir a ninguna parte sin que pregunte adonde voy y cuándo volveré. Ahora lo he echado porque estaba sentado a mi lado con los ojos clavados en la carta, cosa que me ha desconcentrado. Ha tenido gripe, que, por lo demás, ha afectado a todo el mundo en Zagreb menos a mí. Ahora tengo que ir a preparar la comida, hoy me toca. ¿Sabes algo de J. en Belgrado? ¿Cómo están ella y los niños? Si se pone en contacto contigo, dale recuerdos de nuestra parte. Te saludan mucho todos, y sobre todo Goran, que quiere escribirte unas líneas. Te quiere tu

S.

Querida Duba, me ha gustado mucho el gato que me enviaste. Por favor, dime en la próxima carta cuándo volverás de Estados Unidos. El otro día tuve gripe, y todavía toso y tengo mocos, pero estoy yendo al colegio. En el colegio se está bien, y en casa me aburro. El que más te quiere,

Goran

## BELGRADO

… Tengo la sensación de que estás muy lejos, y me faltas más que cuando antes te ibas de viaje. Probablemente se debe al hecho de que entonces la vida continuaba fluyendo de forma habitual, y ahora hay muchas cosas que han cambiado. A veces me parece que aun así la situación podría calmarse, que podría volver un marco más estable, a veces tengo la sensación de que toda nuestra vida pasada ha transcurrido en tiempos remotos, y a veces pienso que de algún modo todo podría recomponerse por sí mismo. No lo sé. Ya ves, el condicional se ha convertido en parte de mi estilo. Está muy en boga aquí, nos va bien como complemento de moda para lo que otros nos han diseñado y confeccionado.

No obstante, haciendo cálculos, no creo que en estas tierras nos espere una vida agradable. Temo la amargura que se ha acumulado, me asusta la búsqueda de pruebas de lealtad a las «grandes ideas» por las que hemos luchado, y al final temo la pobreza, la pobreza material, que marcará estos lares los próximos años. Dios mío, qué asco me da todo esto…

Perdóname por empezar la carta de esta manera tan lúgubre, pero hace ya varios días que la guerra en Bosnia causa estragos. Y no ha servido de nada que personas

normales, en un número mucho mayor que en cualquier otra parte de este desdichado país, hayan salido a las calles pidiendo que nadie las separe en corrales nacionales y las dejen vivir en paz; salieron desarmadas a las barricadas, pensando que era el último argumento que nadie podría ignorar, pero esa es una lógica propia de otros lugares. Aquí se disparó contra las masas desarmadas, dispersaron a los que exigían la paz arrinconándolos en sus casas, y ahora arde Bosnia. No sé qué decirte, salvo que realmente estoy fuera de mí. Esperaba que no llegáramos a esto. Esperaba que los cascos azules se desplegaran en paz y que lográramos al menos recuperar una apariencia de vida normal: que V. pudiera venir aquí, y yo ir a Zagreb…

Me ha embargado una profunda tristeza y nostalgia por Zagreb justo ahora que la situación está empeorando de nuevo y me parece más lejano. Recuerdo todas las cosas bonitas que conformaron nuestras vidas y me pregunto qué seguirá existiendo de aquello cuando vuelva la paz o lo que declaren paz. En este momento lo que más echo de menos es el contacto con los que quiero. No consigo comunicarme por teléfono con nadie porque las líneas solo funcionan después de medianoche, e incluso entonces con mucha dificultad, de modo que en general llamo a V. Hace mucho que el correo postal no marcha bien, y ahora, desde luego, no suscita gran confianza. Aquí y allá me llega algún saludo, pero es muy poco. Y el tiempo transcurre tan deprisa que apenas consigo comprender cómo ha pasado tanto desde que me marché…

En Bosnia las cosas empeoran cada día, cada vez es más incierto el curso que tomarán. Hace días que no consigo contactar por teléfono con V. y espero de verdad que solo sea algo temporal. Significaba mucho para mí oír al menos su voz, saber cómo está. Tampoco sé cómo están S. y H. Si tienes contacto con ellos, dales recuerdos. Aquí corto, continuaré en otra ocasión. Tuya,

J.

# COUCH-POTATO

A FINALES EL ENERO DEL AÑO PASADO estuve unos días en Göteborg. Todas las mañanas bajaba a la sala del desayuno, cogía un café y un bollo y me trasladaba al vestíbulo del hotel. Allí miraba las crónicas de los corresponsales de guerra americanos en Irak. En la pantalla, la contienda parecía un videojuego, aún más porque se repetían una y otra vez las mismas noticias. Indiferente hacia la guerra en Irak, yo sorbía mi café y mordisqueaba el bollo sueco. Mi dosis diaria de la guerra del Golfo equivalía a una taza de café y un bollo.

A finales de mayo del año pasado me encontré en la plaza principal de Zagreb entre una masa de gente. En el escenario abierto se sucedían oradores con cara de opereta, muchachas con trajes regionales, músicos y cantantes. Hacía bochorno, las voces resonaban por la megafonía con aspereza, las palomas urbanas aleteaban nerviosas en el aire. Tuve una sensación repentina de angustia y regresé a casa, bajé las persianas y encendí la televisión. En la pantalla todo se veía mejor, pero de alguna manera diferente. El presidente recién elegido hacía una extraña pantomima: depositaba dinero en una cuna. La gente se ponía la mano a la altura del corazón y lloraba emocionada. Primero me pareció que las imágenes llegaban de otro país y de otra ciudad, y luego de una época diferente. Solo que no sabía si de una que ya había pasado o de una que aún estaba por venir.

Julio del año pasado lo viví en mi piso de Zagreb, con las persianas bajadas y la vista clavada en la pantalla del televisor. El

embotamiento en el que me sumían las imágenes rebajaba la ansiedad que se apretaba como un nudo corredizo invisible en el aire. En la tele ponían películas de la India. Bajaba el volumen y acurrucada en el sofá observaba a las indias que abrían la boca en forma de O, fruncían las cejas en forma de V, echaban atrás sus trenzas negras, fustigaban con miradas apasionadas a los indios, respiraban aceleradamente y miraban de reojo como liebres. Adormecida por el calor y la ansiedad, observaba a los indios que arrugaban la frente, hacían crujir los nudillos, suspiraban, levantaban las cejas en forma de W y fustigaban a las indias con miradas llenas de oscuro anhelo.

Mientras se apretaban encima de la ciudad los invisibles nudos corredizos, yo yacía acurrucada en el sofá, me aprendía la mímica india, estudiaba los registros de los sentimientos indios como si siguiera un manual. Miraba fijamente la pantalla como si de ella fuera a surgir una señal lejana, un mensaje salvador.

En agosto del año pasado estuve en un pueblecito de una isla del Adriático. En el pueblo había una única pastelería y en ella un pequeño televisor, pequeño como una caja grande de cerillas. Por la noche los lugareños se reunían en la pastelería. Los niños bulliciosos compraban cucuruchos de helado; el dueño, un albanés, manipulaba las bolas sin apartar la vista de la pantalla y nosotros los adultos nos apretujábamos hipnotizados por la imagen en blanco y negro. Desde la pequeña pantalla, no más grande que una caja grande de cerillas, manaba cada tarde sobre nosotros el mal en blanco y negro. Las escenas de guerra parecían más horribles en el pequeño televisor, en blanco y negro eran más terribles que en color, más horribles por la noche que durante el día.

Septiembre del año pasado lo pasé en mi piso de Zagreb. La bolsa de emergencia aguardaba junto a la puerta de la calle. Al sonido de las sirenas de alarma aérea agarraba la bolsa y me apresuraba a bajar al sótano. En el sótano me sentía como una figurante de una película bélica. Por la tarde, en el piso oscurecido, encendía la tele y miraba casas derruidas, gente llorando, cadáveres humanos y de animales. A menudo se oían disparos. Bajaba el

volumen para poder determinar si el tiroteo llegaba de la calle o de la pantalla.

En noviembre del año pasado me quedé en Nueva York, en el piso de una amiga que estaba de viaje. Apenas salía, me quedaba viendo la tele. La imagen a menudo iba acompañada de las sirenas de policía que llegaban de la calle.

En diciembre alquilé por un tiempo un pequeño cuarto en casa de Gail, en Middletown. En las paredes de la habitación colgaba una carta enmarcada de Samuel Beckett, en la que el joven Beckett agradece a Gail que lo haya elegido como tema de su tesis doctoral. Gail apenas estaba en casa, de manera que prefería pasar el tiempo en la cocina en vez de en el cuartito. Desde el pequeño televisor, pequeño como una caja grande de cerillas, instalado encima del fregadero, goteaban uniformemente imágenes incomprensibles en blanco y negro. Por alguna razón tenía todo el tiempo la sensación de encontrarme en Moscú. Si era por la pintura al aceite amarillenta que cubría las paredes o por el tiempo, que transcurría más lento, no lo sé.

Hace cuatro años, durante mi última visita a Moscú, no llamé como acostumbraba a mis amigos moscovitas. Pasé la mayor parte del tiempo en la habitación del hotel, oculta tras gruesas cortinas de terciopelo, mirando sin cesar la tele. En la pantalla se alternaban secuencias con Gorbachov, programas interminables con el hipnotizador Kashpirovski, que hipnotizaba a través de la pantalla a millones de telespectadores soviéticos, y escenas ociosas de unos programas sobre la preparación de deliciosos tentempiés. Clavaba la vista en las tristes hojitas de perejil que aparecían en la pantalla y por alguna razón me parecía que iba a morir.

Siempre llegaba al final de la programación y el pronóstico del tiempo. La voz dulce de la locutora y una música queda acompañaban las fotografías congeladas de las ciudades soviéticas en las cuales el mercurio descendía hasta los cuarenta grados bajo cero. Tumbada a oscuras en la habitación con la luz turbia que llegaba de la pantalla, me acordé de Nadezhda Mandelshtam, la cual escribió que, durante las purgas estalinistas, aletargada por el miedo ante la

invisible ruleta rusa que silbaba sobre sus cabezas, la gente, por lo general, se quedaba tumbada.

A finales de diciembre del año pasado, en Middletown, me instalé en mi piso provisional y contraté inmediatamente la televisión por cable. Coloqué el sofá de modo que pudiera verla tumbada. Desde entonces, día tras día veo a mujeres que abren la boca en forma de O y hombres que fruncen las cejas en forma de V. Estoy aprendiendo la mímica americana, estudio los registros de los sentimientos americanos, como en un manual. La televisión es un aula grande en la que se imparten clases con ejemplos visuales.

Algunos análisis estadounidenses demuestran que un ingente número de niños en el país no diferencia la realidad cotidiana de la realidad televisiva. De ello, al parecer, no tienen la culpa los críos. Yo misma tengo dificultad. La realidad imita cada vez con más éxito a la pantalla, la pantalla cada vez con más éxito a la realidad. Por lo demás, realidad o pantalla, no importa, lo único importante es estar conectado. *Stay tuned*.

A mí me confunde otra cosa. Me confunde una suerte de falta de sincronización, la relación deteriorada entre la reacción emocional y lo que ha provocado la reacción, un efecto de emociones dislocadas, *inappropriate emotions*, o lo que sea. Últimamente me percato cada vez más de los errores.

Así, hace poco vi en una serie a los actores inclinados sobre un cadáver reciente. En vez de levantar con preocupación las cejas en forma de V, ellos ensanchaban la cara en una sonrisa, diciendo: «Terrible, terrible…». Como si se retrasaran, como si hubieran olvidado agregar la correspondiente máscara emocional, como si el director no los hubiera avisado.

También no hace mucho, en un programa, gente corriente, concursantes, lloraban encima de un carrito de supermercado repleto de pavos gordos y cajas gigantes de detergente, lloraban como si los hubiera golpeado una invisible catástrofe natural. Sus rostros expresaban una profunda conmoción, un llanto sincero convulsionaba sus cuerpos. El motivo que había causado la fuerte reacción emocional era la victoria en una competición de *shopping*

que otorgaba un premio de unos cientos de dólares y un carrito con alimentos.

Los directores anticipan la posible ausencia de la reacción esperada en las comedias con la emisión de «risas artificiales». Controlan la posible ausencia de reacción estética con eslóganes tajantes e inequívocos: «Esto es hermoso». (*This is beautiful!*). ¿Pero qué pasa con otras reacciones emocionales? Sobre todo porque la vida imita a la pantalla y la pantalla a la vida.

—¿Cómo estás? —me pregunta Norman.

—Fatal —contesto.

—Estupendo —dice, y me da unas palmaditas cordiales en el hombro—. *Oh, I'am sorry* —añade con retraso, y levanta las cejas en forma de V.

A veces me parece tener en la cabeza una mesa de montaje. Distribuyo las imágenes, reparo los mecanismos emocionales estropeados. Corto los fotogramas de los llorosos concursantes americanos e incorporo escenas de las matanzas de casa. Y así sucesivamente, impongo un orden humano. Y luego abandono, cansada. Quién soy yo, pienso, para juzgar sentimientos humanos y corregir mecanismos. Además, yo misma he cambiado, ya no me gusta que me llamen al teléfono de casa y me cuenten cosas horribles, que me digan que ese día han caído sobre Osijek quinientos proyectiles. Qué horror, digo, aquí ha nevado, digo. Y me doy cuenta de que he dicho la frase con naturalidad, sin pensar, que mi telecerebro ha empezado a dar a todas las cosas de este mundo la misma importancia o a restársela por igual, el derecho al mismo número de segundos, a cada una su *sound-bite*, en una secuencia uno devora una hamburguesa, en otra alguien muere. Lo único que importa es estar conectado. *Stay tuned…*

Bela tenía veintinueve años y Janos Lazar treinta y uno cuando cerraron la puerta y empezaron a ver la tele. Estuvieron más de treinta y nueve años sin salir de casa, escriben los periodistas sobre la pareja *couch-potato* de Savannah. *We are quite content just watching our TV*, dicen los Lazar.

Estoy tumbada en el sofá, el calendario marca finales de febrero.

Mi cara se ha vuelto gris, me estoy secando por dentro, soy una *couch-potato*. Pienso que el mundo se está yendo al diablo, que se desliza con lentitud al blanco infierno de la indiferencia. Pienso que el mundo es solo una pantalla y nosotros actores o espectadores, no importa, alguien nos dirige sin la menor duda, aunque, por lo demás, eso también da igual. El mundo es un *soap-noir*, ese es su último género, la imagen que el globo terráqueo, al derrumbarse como una estrella muerta, todavía emitirá durante mucho tiempo al universo.

Así tumbada, ya no apago el televisor. A veces me despierto por la noche y sonrío: desde un rincón de la habitación me mira la pantalla vacía. La nieve cae de la pantalla a la habitación. Cae lentamente, me cubre como una manta. Con el último resto de conciencia registro la voz dulce de la moderadora. En Irkutsk están a cuarenta bajo cero; en Florida, a treinta sobre cero. Los idiomas gorgotean y se mezclan, se solapan rostros risueños y llorosos, vivos y muertos, ciudades que surgen y desaparecen, se mezclan puntos geográficos, el Amazonas desemboca en el mar Negro, el Volga en el Atlántico. El globo terráqueo gira despacio como una pantalla vacía de la que cae nieve. *Stay tuned*.

# YUGO-AMERICANA

HACE POCO ME ENCONTRABA por casualidad en una fiesta y le di la mano a Lauren Bacall. Para Lauren Bacall, yo era solo una mano taciturna, anónima. Para mí, su apretón de mano significó muchas cosas, entre ellas el cierre simbólico de un círculo cultural.

Es decir, Lauren Bacall no podía saber que yo venía de Yugoslavia y que la cultura de mi infancia se componía de mitos griegos, historias partisanas y películas hollywoodenses. En los años cincuenta, las películas de Hollywood compensaban con creces la falta de libros para niños. Yugoslavia era un país empobrecido por la guerra e imprimir libros infantiles era, al parecer, más caro que importar películas de Hollywood. Así, en el cielo de mi niñez, en vez de Peter Pan y Winnie the Pooh, brillaban otras estrellas. Y Lauren Bacall estaba entre ellas.

Cuando la gente no conoce las culturas de otros países, que es lo más frecuente, reemplaza el conocimiento con estereotipos culturales. El estereotipo es una pequeña estructura mítica, una clase de señal orientativa en el ramificado mapa de idiomas, religiones, ideologías y culturas. Las culturas contemporáneas producen mitos sobre sí mismas: las que cuentan con medios de comunicación más fuertes fabrican los mitos más potentes. Cuando un mito cobra vida es difícil distinguir si es la realidad la que produce el mito cultural o si, al contrario, es el mito el que produce la realidad. El mito cultural que ha cobrado vida se convierte en objeto de cuestionamientos y confirmaciones, rechazos y repeticiones, en resumidas cuentas, se vuelve una premisa fundamental del sistema cultural. Igual que el

género literario, el mito se genera a sí mismo y continúa su vida en nuevos productos culturales: en películas, en la televisión, en libros, moda, música, arte. Los mitos culturales surgen, al parecer, en la fértil confluencia entre arte, cultura popular, vida cotidiana, política, ideología, estilo de vida. Y precisamente estos profundos lazos hacen de ellos mitos, y no solo un corpus cultural unido por una temática parecida.

Uno de los mayores mitos del siglo XX es la *americana*, la imagen que tiene América de sí misma, surgida a mediados de siglo en algún lugar entre Hollywood y Madison Avenue. Creada durante años, la *americana* obtuvo su corona sofisticada con la sopa Campbell de Warhol y se repetiría más adelante en películas, novelas, en la televisión y una vez más en la vida. Hoy en día, como resultado, no queda muy claro si millones de personas sorben sopa o un mito.

El mito cultural americano llamó a la puerta de la Yugoslavia de posguerra en 1953. Aquel año los cines yugoslavos proyectaron la película *Escuela de sirenas*, con Esther Williams en el papel principal. Esther, por supuesto, no podía ni imaginarse que había dado con su bella pierna de nadadora un portazo simbólico a un huésped indeseado: la cultura soviética socialrealista. En 1948 Tito había pronunciado su mítico NO a Stalin, y Esther Williams, pionera de la lucha ideológica contra el fiord-comunismo, sirvió como la afirmación propagandística más eficaz de que Tito tenía razón.

América llegaba a la Yugoslavia de posguerra no solo con los paquetes UNRRA[3], con los huevos en polvo de Truman, la leche en polvo y el queso *cheddar* (aún hoy compro *cheddar* por nostalgia, en recuerdo de los triangulitos naranjas que nos daban en el colegio con el bocadillo del recreo), sino también con las películas hollywoodenses. Siguió llegando con libros traducidos: de Sinclair Lewis, Upton Sinclair, Theodor Dreiser, John Dos Passos, Irwing Stone, Hemingway… En los sesenta irrumpía con los Kerouacs, Salingers, Ginsbergs… Y, cuando el televisor entró en todas las casas, la pantalla empequeñeció, pero América se hizo más grande. Se derramaba en los hogares yugoslavos como una lluvia prometida:

con series televisivas, *soap-operas*, con *Peyton Place, McCloud, Dallas, Dinastía* y *Santa Bárbara*.

La cultura americana llegaba como llegaba, reducida, fragmentada, respaldada por las imágenes de las pantallas pequeña y grande, llegaba con los medios, los periódicos, los cómics; con la música, los libros, la cultura popular, los símbolos, pero también con un ejército mediático de carne y hueso, los retornados de América, capitanes, marineros, jornaleros, emigrantes, hijos de emigrantes. Y como tal impregnaba la vida cotidiana local. En los años cincuenta, en un pequeño cine de provincias, sentadas en bancos de madera sin respaldo, mi madre me sujetaba la mano y absorbía sedienta las imágenes de la pantalla. Al principio yo no entendía nada. Un poco más tarde, siendo una niña de ocho años, estuve locamente enamorada de Audie Murphy, héroe de películas del Oeste. Este portador de veintidós condecoraciones al valor, de baja estatura y rostro redondo aniñado, era el Superman yugoslavo de la posguerra. Con diez años abandoné a Audie y lo cambié por Marlon Brando; a Marlon, por James Dean; a James, por Anthony Perkins… Recuerdo también el dulce trapicheo infantil con los cromos de los actores de Hollywood que salían en los paquetes de los chicles. El que lograba completar el álbum poseía un tesoro inimaginable. Se escribían cartas a Tony Curtis y se recibía respuesta. Las fotos con autógrafo ocupaban lugares de honor. Fue la época de las primeras canciones modernas yugoslavas. Los textos de más éxito abundaban en palabras emocionantes como «pradera», «cactus», «caballito mío», «revólver», «mi dulce amada»… En los años cincuenta se absorbía todo de las pantallas de cine: las palabras, la moda, la música, la decoración del piso. En esta época, anterior a la ropa de confección, los trajes los hacían todavía las modistas, y las mujeres a menudo les decían: «Quiero un traje como el de Doris Day en *Confidencias a medianoche*». Y las modistas no fallaban, sabían exactamente de qué traje se trataba.

Con la aparición de *Peyton Place* el telespectador yugoslavo obtuvo entretenimiento para varios años. De niña me identifiqué con el personaje de la adolescente Alison encarnado por Mia

Farrow. Caminaba por las calles de mi pequeña ciudad provinciana con el eterno cuaderno bajo el brazo, como ella.

En los mercadillos locales se vendía ropa americana usada barata que los emigrantes americanos enviaban con asiduidad a sus parientes pobres. Yo miraba con envidia la ropa que la abuela emigrada enviaba a mi amiga Lidija. Para ahuyentar la pelusa, mamá me compró en un mercadillo un vestidito americano de organdí que por motivos desconocidos se parecía a los trajes tiroleses. Y cuando mi amiga recibió en un gran paquete una cazadora usada, roja, con capucha, y los primeros vaqueros, mi corazón estalló definitivamente de celos. Con estos vaqueros y la cazadora roja, mi amiga podía salir con el chico que quisiera.

Quizá los detalles son los que explican con mayor facilidad la historia del mito americano en la cultura yugoslava de la posguerra. En las traducciones de libros americanos de la posguerra proliferaban las notas a pie de página. Había que explicarlo todo: qué era una *jukebox*, qué la *marihuana* y qué los *jeans*. Las notas a pie de página (del tipo *jukebox*, máquina que toca música cuando introduces una monedita) fueron desapareciendo poco a poco y luego a toda velocidad, porque las cosas desconocidas se convertían deprisa en parte de la vida cotidiana local. El mundo se tornaba a ojos vista en aldea global. Quizá al hacerlo se haya convertido en aldea global americana, en eso ya no entro. Por concretar, las mismas películas se estrenaban a la vez en los cines de Nueva York y de Zagreb, mi madre y la señora Edith, la madre de mi amigo Norman, vieron al mismo tiempo en la televisión *Las chicas de oro*.

Por lo demás, también la gente se volvió de algún modo parecida. En la película *Armas de mujer*, me emocionó la amiga de Melanie Griffith con su boda rosa y azul claro de nailon, tan similar a las celebraciones locales. Me embargó un hondo sentimiento de comprensión al ver la escena en la que las dos, rebuscando en el armario de la rica directora, encuentran un elegante vestido negro. «¡Seis mil dólares! —dice la amiga de Melanie extasiada, y exclama decepcionada—: ¡Si ni siquiera es de piel!».

Tal vez por el mismo motivo me conmovió la réplica de la

malvada Alexis en una escena de *Dinastía*. En una lujosa bañera, Alexis bebe champán y come caviar con su amante. De pronto Alexis le advierte: «¡No seas tan voraz, despacio, estás tomando caviar!». La advertencia, por supuesto, no estaba dirigida al amante, sino a los millones de americanos a los que en aquel momento había que advertir de un estereotipo más de la riqueza. Me emocionó pensar en personas para las que la pantalla del televisor era realmente una ventana a un mundo más bello, mejor, más radiante. La madre de Norman en Detroit y mi madre en Zagreb son en este sentido habitantes pariguales de la aldea global.

Quizá esta misma sensación de vaga hermandad global incitó al escritor croata Pavle Pavlicic a escribir el relato *Regreso a Hannibal*. El cuento se publicó en 1988 y habla de mundos paralelos, de la pequeña Hannibal en el río Mississippi y de la pequeña Vukovar a orillas del Danubio. Hannibal y Vukovar son como vasos comunicantes, las casas son iguales, la gente es igual, las vidas son paralelas y los sucesos son paralelos. Todo lo que ocurre en Vukovar a orillas del Danubio sucede al mismo tiempo en Hannibal a orillas del Mississippi. Hoy, apenas cuatro años más tarde, el relato que hasta hace poco aún carecía de dimensión fantástica ya no es convincente. Vukovar a orillas del Danubio ya no existe, está arrasada hasta los cimientos. Solo en un año, la realidad ha anulado brutalmente la idea cercana de la igualdad de los mundos. Una vez, hace mucho tiempo, la sangrienta realidad produjo el *mito balcánico*, hoy el *mito balcánico* produce la realidad sangrienta.

La imprevisible realidad continúa su juego con los mitos. Observo desde aquí la consolidación del mito «balcánico» que se compone gradualmente de fotografías periodísticas e informes televisivos. Las escenas en la tele de gente desesperada, abatida, desaliñada, de mirada salvaje, corresponden al estereotipo «balcánico». Al mismo tiempo, nadie se pregunta cómo es que muchos de estos desesperados hablan bastante bien inglés. ¡Mientras aquí se construye el mito de los horribles «Balcanes» (la realidad, por lo demás, no da argumentos para pensar otra cosa), los Balcanes entretanto continúan viviendo el mito americano! ¡La realidad

balcánica se niega a identificarse con su imagen, prefiere la americana! Así, el cuchillo se llama en jerga *rambo*, los soldados croatas llevan cintas alrededor de la frente como Sylvester Stallone, la ciudad de Knin se llama en jerga *Knin Peaks*, y los grupos paramilitares serbios, *Kninjas*. La realidad se perpetúa a toda velocidad, no solo en las canciones de nuevo cuño al estilo de la tradición épica nacional, sino también en un género muy americano, en el cómic. Asesinos como el capitán serbio Dragan son héroes de cómic; sujetan un cuchillo en la mano y calzan zapatillas Reebok. En la jerga de Belgrado, la capital serbia se llama actualmente *Arkansas*. Arkan es el nombre de un asesino, pastelero de profesión, conocido cazador de cabezas croatas.

De todos modos, a la vez que en la televisión americana yo observo horrorizada las imágenes de Sarajevo destruido, mi madre en Zagreb mira *Santa Barbara*. Y mientras los actores bronceados, de mirada obtusa por el aburrimiento, la promiscuidad y los movimientos por un espacio reducido, profieren sus diálogos «santabárbaros», se deslizan por la pantalla bandas informativas: alarma aérea en Zadar, alarma aérea en Karlovac, alarma aérea en Slavonski Brod…

La realidad balcánica, por lo tanto, no se identifica con el mito balcánico, sino una vez más con el americano. La diferencia radica únicamente en la muerte, esta es auténtica, local, *balcánica*. Al mismo tiempo muchos americanos todavía piensan que las muertes, «allí abajo», en los Balcanes, son de celuloide. No todos lo piensan. Desde luego no Lauren Bacall.

# BODY

EL ZUMO DE NARANJA, de un amarillo dorado, se mece en la copa bañada por el sol; el caramelo denso y dulce se desliza por los montes de helado rosa; con un sonido cortante, la cremallera de los vaqueros sube hacia el ombligo perlado de gotitas resplandecientes de sudor; el trasero jugoso muestra su forma de pera; chorrea el espeso kétchup e impregna la pasta sedienta, los dientes nacarados se hincan en la manzana con un crujido apetitoso; cascadas de ricitos sedosos se derraman por los tiernos hombros femeninos; copos de avena caen con un estallido inaudible en un mar de leche orillado de porcelana; y todo es tan *juicy*, ahhh, y todo es tan *crispy*, mmm, y todo es tan *crunchy*, mmmm, y todo es tan *fluffy*, mmmm, y todo es tan *delicious*, ohhh, y todo es tan *irresistible*…

Adoro los anuncios de televisión americanos. Son digeribles, perfectamente diseñados para la ideología de la vida cotidiana en Estados Unidos. Articulan y atienden a la par los contenidos fundamentales de la vida americana. Y los contenidos fundamentales de la vida americana (en realidad de cualquier vida, solo que a los otros no se les ocurrió) son el cuerpo. *¡BODY!* El cuerpo que se alimenta, que camina, el cuerpo que duerme, el cuerpo que se mueve. Este sencillo mensaje, el cuerpo, se derrama de las pantallas televisivas disperso entre imágenes de un colorido carnavalesco.

Los anuncios americanos articulan y atienden a la vez cada parte del cuerpo por separado. En la mayoría de los casos sobre todo se fijan en la *boca*. Recomiendan al consumidor americano qué cereales

meter en la boca, qué galletas masticar, qué conserva engullir, qué bebida beber, qué caramelos mordisquear. Le enseñan al consumidor con qué debe alimentar el cuerpo.

Si una parte de los anuncios se dedica con toda el alma al *llenado*, otra se ocupa con celo del *vaciado*. Los anuncios de remedios contra espasmos desagradables se alternan con los de hamburguesas, los anuncios de pastillas contra la hinchazón con los de chucherías, los de laxantes con los de zumos, los de cremas contra hemorroides con los de quesos.

Mientras una parte de los anuncios trata el cuerpo como una máquina de digerir alimentos, otra se dedica a poner el cuerpo en forma óptima: cómo adelgazarlo, cómo quitarle la grasa sobrante, cómo hacerlo dinámico (*Move your body!*, ordena un eslogan publicitario), cómo entrenarlo, cómo llevarlo a la perfección.

La *celebrity* estadounidense Jane Fonda anuncia con mucha seriedad en la televisión su invento propio, una barata escalerita de plástico para tonificar los músculos de las piernas, y lo hace con la misma seriedad con la que protestaba contra la guerra de Vietnam.

Si en el *New York Times* la fotografía de un cuerpo bonito con el pie de foto *Body Consciousness* (sea lo que sea que esto signifique) supera varias veces en tamaño las fotos de cadáveres recientes en algún lugar de Bosnia, entonces es del todo normal que su interlocutor (como me ha pasado a mí) esté haciendo ejercicio mientras usted le contesta a las preguntas sobre «esta guerra de los Balcanes». O que su interlocutora (también me ha pasado a mí) salte de la silla en un restaurante y con toda naturalidad se ponga a hacer ejercicios para estirar la columna vertebral mientras usted habla de posmodernismo, cosa que a ella, su interlocutora, le interesa sobremanera.

El trabajo relacionado con el cuerpo todavía no está terminado. Hay cantidades ingentes de anuncios americanos que siguen recomendando a sus consumidores cómo cuidar el cuerpo saciado y bien entrenado (*Nourish it inside, nourish it outside!,* anuncia un eslogan televisivo con un ritmo ambiguo). La publicidad habla de la piel, del pelo, de los dientes, de las piernas, del rostro. La pantalla

televisiva americana rebosa de espuma de baño, de champús, de colonias, de cremas.

Al oír que soy de «Europa del Este», una americana afable enseguida me preguntó…

—¿Y en tu tierra hay *body-shops*?

Mi alumno Aliosha, de Irkutsk, me contó una anécdota. Antes de que los estudiantes de la (antigua) Unión Soviética se desperdigaran por las universidades americanas, los organizadores estadounidenses del intercambio estudiantil dispusieron para ellos una suerte de *briefing*. La parte americana regaló a cada estudiante un jabón, una toalla, un desodorante y una hojita con instrucciones sobre los usos en Estados Unidos. En el primer párrafo de las instrucciones ponía que los americanos son una nación «limpia», que se duchan diariamente (¡hasta varias veces!) y por eso se ruega a los estudiantes soviéticos que se atengan también a ello, que usen los desodorantes y se cambien a diario la ropa interior.

Existe, por lo tanto, una América (*limpia*) y los *others*. En la frontera entre estos dos mundos me imagino a Woody Allen de aduanero. ¿Por qué precisamente a él? ¡Porque describió en algún sitio su pesadilla nocturna en la que unas personas intentan forzar su piso y enjabonarlo!

El trabajo relacionado con el cuerpo todavía no está acabado. Ahora hay que poner en orden nuestro entorno inmediato. Numerosos anuncios indican al consumidor cómo limpiar el espacio que lo rodea; con qué producto la cocina, con cuál el baño, el polvo, las ventanas, la vajilla, la ropa, con qué y cómo el váter. Esta parte despierta entre las telespectadoras femeninas un arraigado sueño infantil sobre la casa de muñecas y no es de extrañar que una neoyorkina, al alquilar su piso a un compatriota mío, le señalara la funda de la almohada y la sábana y le dijera en tono instructivo: «Eso es una funda de almohada, nosotros, los americanos, ponemos esto en la almohada, y eso es una sábana, nosotros, los americanos, cubrimos con esto la cama».

Y cuando finalmente todo, *in* y *out*, está limpio, los anuncios americanos le recomiendan al americano que acomode ese cuerpo

suyo, saciado, entrenado, bien cuidado, limpio, en un coche. ¡La única publicidad que se refiere a una esfera incorporal del americano es la que le enseña a comunicarse por teléfono de manera más barata y eficaz! Las demás actividades humanas, a juzgar, por supuesto, por los anuncios de la tele, son del todo insignificantes. Un número menor de anuncios está relacionado con viajes (¡descanso del cuerpo!), la elección de las tarjetas de crédito (con las que el cuerpo pagará todo lo que ha consumido) y cosas por el estilo.

La cultura americana trata al cuerpo como Su Majestad el Cuerpo. Por eso la ideología americana del cuerpo hará todo lo posible para eliminar y anular la ambigüedad anticuada y vergonzosa que la idea del cuerpo conlleva. Así, las imágenes de hombres calvos que en segundos se presentan con una abundante cabellera están desprovistas del más mínimo atisbo de parodia: los anuncios de pelucas y trasplante de cabello son una publicidad como cualquier otra. Los anuncios con bellezas pechugonas desfilarán junto con secuencias de miles de pechos de silicona extraídos y tirados a un montón, y a nadie se le ocurrirá relacionar de manera irónica estas escenas. Junto a anuncios de dientes resplandecientes pasan anuncios de cremas para fijar las prótesis dentales: el diseño perfecto de unos y otros anula el pensamiento sobre la contradicción irónica.

Con su ideología del cuerpo, América despoja al cuerpo del derecho a la ambivalencia carnavalesco-grotesca. Por la pantalla pasarán secuencias de competiciones para designar a la estadounidense más obesa o la cara más fea de Estados Unidos, pero la televisión, el modulador más potente de pensamiento colectivo, anulará cualquier mensaje irónico-subversivo. El concurso de la estadounidense más obesa no se interpretará como una rebelión carnavalesca del cuerpo feo contra el bonito, o por lo menos como su antítesis lógica, sino que parecerá más el permiso administrativo de la América democrática a la existencia de alternativas, de variantes. Y también las propias participantes del concurso no se comportarán como «feas», sino como «alternativas a una mujer bella».

Por muy extravagantes que sean la ideas surgidas de esta

ideología, como la de la hibernación o la de la disección del cuerpo y similares, todas estarán privadas de ironía. Así, los abogados en la serie *La ley de Los Ángeles* tratarán con la mayor seriedad el caso de un cliente que después de su muerte ¡pretende ser disecado!

En su ideología de cuerpo unívoco, América elimina enérgicamente todos los conceptos contrarios: la enfermedad, el envejecimiento, la muerte, la fealdad, el deterioro físico. América construirá su ideología del cuerpo basándose en mecanismos infantiles (por lo demás, ¿acaso el cuerpo necesita sofisticación?). Este cuerpo americano colectivo es similar a un bebé que se alimenta, eructa, hace caca, pipí, da sus primeros pasos y vive a la vez la aprobación entusiasmada del entorno. Casi todos los anuncios satisfacen este nivel infantil: el más explícito es uno que anuncia un remedio contra la diarrea (o el estreñimiento, da igual). El marido se está marchando al trabajo con rostro preocupado; la mujer, con «cara de saberlo y entenderlo todo», le da las pastillas. En la siguiente escena, el marido telefonea desde la oficina: los rastros de molestia ofendida han desaparecido de su cara, está sonriente, relajado, seguro (no corre cada poco al retrete). Bravo, aplaude lacara de la mujer. Bravo, aplauden los millones de espectadores.

Cada victoria corporal en el mito pionero americano, que cumple quinientos años y todavía es joven, experimenta el visto bueno del entorno. Michael Jackson, muñeco vivo de goma, símbolo del cuerpo americano que se diseña y rediseña a sí mismo, cuerpo que vive constantes metamorfosis, que se torna de negro en blanco, cuerpo que quiere alcanzar la eternidad, cuenta con la aprobación generalizada. Bravo, Michael, bravo, cuerpo victorioso.

Williard Scott, anciana centenaria que va todos los días a clase de danza del vientre, bamboleando con coquetería la vieja barriga, recibe el aplauso de América. ¿Cuál es el secreto de su longevidad? (*What's the secret of living* so *long?*), le preguntan a Williard Scott. Y a nadie se le ocurre preguntar: *What's the purpose of living* so *long?* La longevidad es un objetivo en sí mismo. ¡Bravo Willi! ¡Bravo, cuerpo longevo!

Los hombres y las mujeres musculados, a los que casi sin ironía

se les llama *beefcakes*, viven el aplauso del entorno. ¡Bravo, cuerpo!

En las calles más transitadas de Nueva York se puede ver a un joven solitario que se para, deja la bolsa en el suelo, saca las pesas y se pone a hacer culturismo. Por la noche se pueden ver en Nueva York personas solitarias con ropa deportiva que se detienen junto a vallas, escaleras, bloques de hormigón, y estiran el cuerpo sin importarles nada ni nadie. Los deportistas solitarios en la noche neoyorquina ejercitan los músculos, como si no necesitaran a nadie, como si se bastaran a sí mismos. Quizá inconscientemente emitan señales, quizá el estremecimiento de sus músculos, recorriendo años luz, cause una vibración suave en otro planeta.

Los deportistas solitarios, guerreros samuráis, que han abandonado los lugares prescritos, los centros de *fitness*, los parques, las playas, los gimnasios cubiertos y al aire libre, y se han desperdigado por todo el espacio estadounidense, no hacen más que radicalizar la idea del cuerpo bello, sano, dinámico y autista. Porque el cuerpo americano no comunica con nadie y no sirve de nada.

La ideología americana del cuerpo, por lo tanto, ha abolido el derecho a socializar de este cuerpo desafiante, el derecho a ejercer su función sexual, ha invalidado el derecho de atracción sexual de este cuerpo seductor. La anulación de la función se institucionalizó mediante la ley del *harassment*: cualquier pensamiento, incluso el más inofensivo, acerca del uso sexual del cuerpo es punible. La castración mental de la función sexual ha liberado espacio para un nuevo uso del cuerpo.

El nuevo anuncio de zapatillas Reebok promociona un cuerpo femenino fuerte e independiente, preparado para las hazañas físicas más difíciles. *Life is short, play it hard*, comunica el eslogan. El anuncio parece sugerir una nueva función del cuerpo, la guerrera. Como si en una futura América gobernaran unas mujeres-guerreras fuertes, que en vez de armas llevarán zapatillas Reebok.

Con la castración mental de la función sexual del cuerpo se ha abierto un espacio para la estética. El cuerpo asexuado se convierte en una escultura. El fetiche desechado de la teta (obsequiada por la naturaleza opulenta o la industria de la silicona) se sustituye hoy por

el fetiche del brazo del que somos responsables nosotros mismos. El brazo esculpido, por lo demás como cualquier objeto artístico, ha encontrado rápidamente sus promotores artísticos, sus filósofos, críticos, sus talleres de arte. *Self-determination*, dice Radu, director artístico de los estudios de Educación Física en Manhattan. *Discipline and power*, recomienda Pasquale Manocchia, el entrenador personal de Madonna. Estética *pump-up, self-determination*, son los términos nuevos, y la belleza corporal vive una vez más su redefinición. «Hoy la belleza es el músculo que se mueve, un tejido vivo, activo, garboso como una cobra», dice el esteticista Radu.

En el sistema de valores alterado, sexualmente castrado, puede ocurrir que mirar a un pavo, rechoncho como una belleza de harén, que yace desparramado (siempre boca arriba) en los frigoríficos de los supermercados americanos, produzca sonrojo, mientras que mirar un músculo ejercitado produzca saliva en la boca. ¿Algo no va bien? ¿Y no es esta la razón por la que envuelven el pavo de harén en un plástico que, dicho sea de paso, subraya todavía más sus curvas? ¿Algo no va bien? Todo va bien. Una de las suposiciones lógicas que se deriva del alterado sistema americano de funciones corporales es el canibalismo. Si el cuerpo no puede servir a unos fines, tal vez servirá a otros, ¿no es cierto?

Además, ¿a quién se le ocurriría comerse a un niño africano hambriento, a un chino amarillento, a un turco reseco que fuma cien cigarrillos al día o a un desgraciado que ha masacrado a gente en los Balcanes? Pero un cuerpo americano, hermoso, sano y tan inútil, con esos bíceps y tríceps, vivaces, activos y garbosos como una cobra… Mmm, es tan *juicy*, mmmm, tan *fluffy*, tan *crispy*, mmm, *irresistible*…

Al fin y al cabo, la sustitución del todo por la parte, del cuerpo por el fetiche del brazo, satisface los principios *gourmets* del canibalismo. Hasta ahora, ningún caníbal se ha comido el cuerpo entero, ni siquiera Chikatílo. Andréi Chikatílo, caníbal ruso que se ha comido a cincuenta y seis personas, ha tenido mucha repercusión en los medios estadounidenses. *I am a mistake of nature, a mad beast*,

declaró en la versión americana el caníbal de Rostov. Chikatílo ha declarado también que su canibalismo es el resultado de la «inadecuación sexual y la represión del sistema soviético» (*sexual inadecuacy and represive Soviet system*). Chikatílo (junto con George Bush) no solo ha proporcionado el golpe definitivo al comunismo, sino que ha introducido un nuevo aspecto político en la sofisticada canibalística americana del «silencio de los corderos» y «psicópatas americanos».

Su Majestad el Cuerpo. Vengo de un país en el que el cuerpo es un objetivo barato. Aquí, por supuesto, me he lanzado enseguida al *aerobic*, he encargado el *Nordic-Track*, he llenado los armarios de la cocina con *SlimFast*, y el *Tight Master* también se revuelca pornográficamente en algún rincón. Luego he comprendido que es muy tarde y he desistido. Soy demasiado vieja, adoctrinada, educada en la idea de que el cuerpo no vale nada, que no es más que un objetivo. La práctica habitual en mi país lo confirma cada día. Con los cuerpos humanos fertilizan la tierra, con ellos alimentan a las gallinas y a los cerdos, con los cuerpos llenan las fosas para que un día pueda brotar de ellas la semilla del mal, oscura y gruesa.

Y, aun así, no me he rendido del todo.

Hace poco leí un anuncio en mi periódico local. Un tal Roger Papazian, del cercano Rocky Hill, anuncia servicios extraños en su tienda Eden… Así que, cuando me muera, incineradme, por favor, y poned las cenizas no en una urna, sino en manos del maestro Papazian. El maestro Papazian promete llenar unas balas con mis restos. Yo, escarabajo perezoso sin remedio, tendré por fin un cuerpo satisfactorio: esbelto, ligero, seductor, aerodinámico y peligroso. ¡Por fin seré un «pibón fulminante»! Y da exactamente igual dónde terminaré: en el corazón de un amante envejecido, en el cuerpo de un enemigo, o en el de algún pato salvaje amigo, no importa en absoluto. Porque el cuerpo es eterno. Solo el espíritu es pasajero.

# HARASSMENT

EN ESTADOS UNIDOS HE LOGRADO descifrar muchas cosas difíciles. Descifré cómo se usan los cupones en los supermercados; logré entender cómo hacer *shopping* por televisión, por teléfono y por catálogo; cómo servirse del famoso número 1-800…; más aún, cómo reaccionar cuando la voz maniática del contestador telefónico te instruye para que llames a otro contestador; cómo utilizar el *collect call*; y, el colmo ya, cómo y por qué cambiar de compañía telefónica. Comprendí también algo sobre las leyes tributarias que dan muchos dolores de cabeza, no solo a los extranjeros, sino también a los americanos. Ya no introduzco los dedos en el desagüe del fregadero mientras está encendida la cuchilla trituradora de residuos, por lo tanto, eso lo he entendido también. He desenchufado el *fire alarm* nada más instalarme en mi piso. Soy fumadora y sé que es muy sensible a los fumadores, así que también lo he entendido.

Me puedo identificar con muchos problemas que lideran las *top list* americanas. Los *hate crime*, delitos cometidos por puro odio, los comprendo perfectamente. Los problemas del intelectualismo y el antiintelectualismo, la feminización y la remasculinización de la cultura americana, los intuyo. Qué es el *mainstream*, qué son las clases americanas, el sistema electoral americano, la cultura de la vida cotidiana americana, nada de eso me es ajeno. Todo lo que empieza con *multi* lo comprendo (la multiculturalidad, la multinacionalidad y los multimillonarios); comprendo todo lo que termina en *ismo*, desde el adhocismo hasta el consumismo; y sucede igual con todo lo que lleva *pos*, desde el poscomunismo hasta el

poscolonialismo. Entiendo lo que es *new age, self-esteem, virtual reality, New World Order* y cosas parecidas. Incluso empiezo a comprender el *baseball* americano, incomprensible para muchos extranjeros.

Solo no entiendo una cosa, el *harassment*. Lo que explica mi diccionario inglés-croata sobre que el *harassment* es hostigamiento, incordio, fastidio, perturbación y acoso constante, todavía no me dice mucho. Estoy agradecida a un compañero que me pasó amablemente unas indicaciones, un folleto ilustrado que entendería incluso una analfabeta, pero ya ves, ¡yo sigo sin comprenderlo! Estudiando el folleto comprendí, por ejemplo, que el *harassment* se divide en verbal, no verbal y físico. El *harassment* verbal incluye amenazas e insultos, comentarios ofensivos o insinuantes, mensajes de contenido sexual, requerimientos para mantener por obligación una cita amorosa, bromas y burlas ofensivas, así como silbidos y diversos comentarios groseros (*catcalls*). En el *harassment* no verbal entran gestos y miradas insinuantes, guiños y lamidos de labios indecentes, también la distribución de carteles, fotografías o dibujos de naturaleza sexual. El *harassment* físico abarca la violación y el intento de violación, el acorralamiento en un rincón o contra una pared, pellizcos, empujones o cachetes, así como manoseos, abrazos y besos.

Las explicaciones que definen la diferencia no me quedan muy claras. Mis indicaciones definen muy vagamente el *harassment* verbal. Podría ser *harassment* verbal, dicen, si alguien le insiste en tener una cita, a pesar de que usted ha dicho «no». Parece que no es *harassment* sexual si alguien te invita a salir y acepta un «no» por respuesta. También el *harassment* no verbal me confunde. Podría ser *harassment* sexual, dicen las indicaciones, si una persona te mira fijamente el cuerpo a menudo, pero es probable que no se trate de *harassment* sexual si la persona te mira fijamente mientras pasas. En lo que se refiere al *harassment* físico, la situación es mucho más clara. La diferencia está en la regularidad. Mis indicaciones dicen que es *harassment* físico si alguien se suele restregar contra nosotros, pero es probable que no sea *harassment* sexual si la misma u otra persona se

estampa por casualidad contra nosotros.

Este *harassment* sexual es peligroso porque puede adoptar diferentes formas, dicen mis indicaciones. Por eso siempre tengo cuidado. No quiero, por ejemplo, que el *harassment* sexual influya en mi capacidad profesional. De ningún modo. Lo que más me afecta es el dibujo instructivo de la trabajadora con el casco protector en la cabeza. Y mientras en el circulito encima de su cabeza está dibujado un reloj con alas, es decir, que ella piensa que el tiempo vuela, sobre la cabeza de su compañero, también con casco, hay un contenido muy distinto: ¡una mesa para dos en un restaurante! Si un tipo así, con casco protector en la cabeza y fantasías de restaurante, me pilla desprevenida y trata de convencerme de que podríamos salir, si me hace regalos sin cesar, si comenta groseramente mi apariencia y mi ropa, si me toca de una forma que a mí me resulta desagradable (y no agradable), si hace bromas sexuales y por doquier a mi alrededor coloca notas con mensajes sexuales, bueno, pues a un tipo así, a semejante cerdo tengo derecho a denunciarlo de inmediato. Es lo que asegura mi folleto.

Me doy cuenta de que no miro a mis interlocutores a los ojos más de tres segundos. Bajo la vista cada poco. Me he vuelto paranoica. Ya no me relamo los labios al pensar en unas tortitas con jarabe de arce, mi postre favorito. Es que no sé cómo podría interpretar el entorno que me lama los labios. Me he vuelto sensible a cualquier tipo de abuso físico. No invito a nadie a mi casa. No acepto invitaciones. Nunca se sabe. A la vuelta de cualquier esquina me puede acechar algún *harassment*.

Por eso, entre otras cosas, me gusta Nueva York. Allí vivo mis deseos en secreto. Entro en el metro abarrotado, me mezclo con el gentío, me agradan estos roces, estos apretujones. Por eso me gusta mucho el *subway* en los días lluviosos: disfruto con la mezcla de abrigos anónimos humedecidos por la lluvia. Recorro libremente los rostros con la vista, practico en secreto el *harassment*. En las escaleras mecánicas a veces le guiño el ojo a alguien, a otro le lanzo un beso al aire. Mi beso se desliza hacia arriba o hacia abajo, se pega a alguien como una plumita suave. Me gusta el bullicio neoyorkino,

rozo a alguien con el hombro, alguien me roza a mí, toco a alguien de paso, colecciono roces como si fueran cerillas. *Touch* a *touch*… Para no tener frío en Middletown.

Porque en Middletown tengo frío. Las localidades más pequeñas adoptan las nuevas reglas de conducta con más celo. Así, camino por Court Street, veo a una madre pasear con su hijito. Disfrutan el fresco día soleado. Observo el perfil pálido del niño, hay algo conmovedor en el pequeño.

—¿Cómo te llamas, chico? —pregunto con amabilidad.

—No hablo con extraños —dice el niño mirando al vacío.

—¿De veras? —digo.

—No hablo con extraños —repite el pequeño y sigue mirando hacia delante.

—¿Por qué? —pregunto.

—No hablo con extraños —repite machaconamente el niño.

—Disculpe, señora —interviene la madre con voz seria—, no hable con él. Es que le estoy enseñando a no hablar con desconocidos. Suceden demasiadas cosas feas, ya entiende…

—Entiendo, disculpe… —farfullo, y me alejo a toda prisa.

Los estadounidenses, siempre tan dispuestos a encontrar cada poco un tema obsesivo común, a debatirlo colectivamente sin parar y a llevarlo hasta sus últimas consecuencias, hasta la última instancia, a articularlo y definirlo, a institucionalizarlo, a convertirlo en beneficio, ya sea el Día D, catástrofes, tiburones, terremotos, garrapatas, tomates cancerígenos, unicornios o el sida, estos meses se dedican con obsesión al tema del *harassment* sexual y del abuso sexual de niños.

A mí, una extranjera que olvida por un momento de dónde viene, me parece que Estados Unidos vive todos los mitos de las culturas que hubo antes de que naciera; que los experimenta con pasión, colectivamente, en un maremágnum de cuento de hadas e ignorancia, donde no importa qué fuente se cita, sino el cuento. Me parece que en los medios estadounidenses —y los medios moldean la cotidianidad americana— cobra vida cualquier tema que tenga la estructura de un mito, de un cuento, de un arquetipo. El mito es

una fábula, la cultura americana es fabulística, la cultura americana es profundamente mítica. De manera que no queda claro (y además es del todo insignificante) si el asunto del *harassment* sexual lo han sacado a la superficie las estadísticas reales y, según dicen, aterradoras, o solo el ansia infantil de la América colectiva por nuevos mitos, un nuevo tema psicoanalítico colectivo. O ambas. Los medios, los periódicos, el mundo editorial, la televisión, la industria del cine acogen con gusto este asunto que acaba convirtiéndose en una pesadilla personal, colectiva y pública, que determina las conductas, pone en marcha leyes nuevas y, como la adrenalina, acelera el metabolismo colectivo, enfoca la sensibilidad y clarifica las posturas.

Y cuando yo, una extranjera, recuerdo de dónde vengo, siento de repente vergüenza, y entonces pienso que Estados Unidos tiene toda la razón. Porque la historia de los países balcánicos no es nada más que la historia de un mutuo *harassment*. «Este pueblo —escribe Ivo Andric— ha sufrido demasiado la anarquía, la violencia y la injusticia, y está demasiado acostumbrado a sufrirlas unas veces con gruñidos insidiosos y otras rebelándose contra ellas, según los tiempos y las circunstancias. Su vida amarga y desolada transcurre entre pensamientos malévolos y vengativos y rebeliones periódicas. Para todo lo demás es insensible e inaccesible. A veces uno se pregunta si la mayoría de los pueblos balcánicos no tiene quizá el espíritu ya envenenado para siempre y si, tal vez, nunca más podrán hacer otra cosa que sufrir la violencia o ejercerla».

Y me da igual en este momento si Andric fue justo o no, y también me da igual si yo misma estoy contribuyendo a la perpetuación del estereotipo sobre los Balcanes y la «maldición balcánica». Mi culpa es insignificante. La historia sobre el «sino balcánico» la consolidan diligentemente los asesinos y degolladores locales, y no los escritores. Lo que me preocupa, sin embargo, es otra cosa. Me quedo sin aliento ante la idea de que mi actual arrogancia burlona respecto al dichoso *harassment* sea de la misma clase que esa con la que mis ágiles compatriotas, con una facilidad nunca vista, han destrozado su propio país. Y por eso, sí, señora mía,

tiene usted razón, enseñe a su hijo a no hablar con extraños, tiene usted razón, ocurren demasiadas cosas feas en este mundo…

# EEW

ENVIDIO AL ESCRITOR «OCCIDENTAL». Me imagino a mi colega escritor occidental como un viajero elegante que viaja sin equipaje.

A mí me imagino como viajera con un equipaje enorme, viajera que desesperadamente intenta liberarse de su carga, pero la lleva a rastras como si fuera su destino.

Mi dentista zagrebiense con un «talento natural para causar dolor» me preguntó hace unos meses qué hacía en su consulta, es decir, por qué no estaba en el frente. —¿A qué se refiere?

—Es usted escritora, ¿cierto?

—Creo que sí…

—Entonces debería estar en el frente. ¡Para ver un poco lo que es la sangre!

—A mí me da miedo la sangre…

—¿Usted tiene miedo? ¿En este momento en que las personas mueren por la patria, usted se está arreglando tranquilamente las caries y declara que la sangre no le interesa? —grita mi dentista agitando enfadado el taladro dental encima de mi cabeza.

Meses atrás, sentada en el sillón del dentista, se me ocurrió por primera vez que toda mi vida había hecho lo posible para conservar el derecho a mi único privilegio. El privilegio de ser escritora. Rechacé afiliarme a partidos, ser miembro de organizaciones, comisiones y jurados, evité ser de izquierdas y de derechas, de arriba y de abajo. Fui una *outsider* inquebrantable. Rehusé ser miembro de clubes alpinistas, feministas y de buceadores. Un escritor, pensé, no debe tener Patria ni Fe ni Nación ni Nacionalidad; un escritor no

debe servir ni a una Institución ni a un Pueblo ni a Dios ni al Diablo; un escritor debe tener solo una identidad, sus libros, pensé; solo una patria, la Literatura. (¿De dónde me habré sacado esto?). Acobardada por un argumento tan poderoso como es el taladro dental, le di la razón a mi dentista y abandoné el país. Si no puedo hacer nada por la patria, pensé, al menos quiero salvar mi derecho a la libertad, conquistaré para mi literatura el derecho de no servir a nada ni a nadie, salvo a sí misma. Mi literatura, mis Bellas Letras, mis *Belles Lettres*, me repetía a mí misma, apretando en la mano mi único *ID*, mis libros.

Nada más cruzar la frontera, los aduaneros de la cultura empezaron a ponerme con brusquedad pegatinas identificativas: *comunismo, Europa del Este, censura, represión, telón de acero, nacionalismo* (¿serbio o croata?), aquellas mismas pegatinas de las que había conseguido proteger mi literatura en mi país.

—¿Qué piensa del comunismo? —me pregunta una periodista americana—. Lo sé, era terrible —añade conmovida torciendo el rostro—, pero en el periodo de la transición, el propio fenómeno exige su rearticulación…

La escucho y no creo lo que oigo. ¿Cómo sabe ella que era «terrible»?, y con qué facilidad profiere todas estas palabras, «comunismo», «transición», «poscomunismo»…

—No soy política, soy escritora —digo.

—Por eso le pregunto, porque es escritora, representante de un país poscomunista…

Dios mío, pienso, si solo supiera que los escritores, al asumir el papel de políticos, son tan culpables de la guerra en mi país como los generales, porque les preguntaban lo mismo que ella a mí y ellos respondían con gusto.

—Hablemos de literatura —digo.

—Dejemos las preguntas aburridas sobre literatura a los escritores occidentales. Usted seguramente puede hablar de cosas mucho más interesantes que de literatura.

Aquí a veces me encuentro en los seminarios y jornadas con mis colegas, «los del Este», los *EEW (East-European Writer),* y veo cómo

se adaptan al estereotipo fijado de antemano, con cuánta complacencia parlotean sobre censura (a pesar de no haberla experimentado en su propia piel), cómo charlan sobre poscomunismo, sobre la vida cotidiana de su triste Europa del Este, cómo hablan sobre democracia en la transición, cómo proponen medidas para salir de la crisis (desde el nacionalismo hasta la agricultura), lo dispuestos que están a aceptar las etiquetas identificativas, cómo las llevan cual insignias, cómo se aferran unos a otros como en el cuento de *El nabo gigante* —los rusos a los húngaros, los húngaros a los checos, los checos a los polacos, los polacos a los rumanos, los rumanos a los búlgaros—, como si todos juntos quisieran sacar el enorme e interesante nabo poscomunista.

Aquí también me encuentro a veces con compatriotas míos, y observo cómo parlotean sobre la antigua Yugoslavia, sobre la guerra y sus causas (huyendo tanto de la guerra como de las causas), cómo hacen declaraciones personales, cómo se convierten en la voz del pueblo, cómo asumen el papel del que han huido en casa; observo cómo se adaptan, cómo moldean sus propias biografías y ya no saben qué es verdad y qué es *image*, ese concepto recién adquirido.

Observo a mis colegas, estos sudorosos viajeros, cómo luchan con el equipaje, varias maletas en cada mano, leo en sus caras la resolución de agarrar alguna más.

—El mercado americano está saturado de escritores de Europa del Este —me dice un editor.

—¿Y?

—Yo personalmente no pienso publicar a ninguno más —dice.

—Pero ¿qué tiene esto que ver con mis libros? —digo, recalcando la palabra «libros».

—Usted es una escritora de Europa del Este —responde, subrayando cada palabra.

—Es una verdadera pena que no sea una escritora cubana —me dice con tono afable otro editor.

—¿Por qué?

—El mercado americano está abierto en este momento a las etnias, en particular a los cubanos, portorriqueños, a América

Central en general…

—Qué curioso —digo.

—¿Guarda alguna relación con China?

—No…

—Qué lástima. Eso también ayudaría. La novela emigrante china es lo que está de moda ahora.

—Por desgracia, en este momento no podemos publicar sus libros —me dice, con pena sincera en la voz, el editor de la tercera editorial—. Usted escribe, cómo decirlo, una literatura «pura». Desde el punto de vista moral, no sería adecuado que publicáramos algo así ahora, mientras su país está en guerra. ¿Tiene algo bélico?

—La sangre me da miedo —digo, y recuerdo haber dicho esta misma frase varios meses atrás.

—Lo siento, de verdad que lo siento —dice sinceramente el editor.

—¿Pero qué relación tiene usted con la guerra en Yugoslavia? —digo.

—Publicar algo distinto en este momento significaría que somos una editorial indiferente ante los sucesos políticos en el mundo —dice convencido el editor.

Aquí en Estados Unidos, sujetando en las manos mis libros, mi único *ID*, siento toda la tragicomedia del *EEW*, el escritor de Europa del Este etiquetado, que lleva a rastras sus desdichadas patrias como un equipaje obligatorio, un equipaje que, por cierto, antes no debía cargar. De paso me siento una suerte de don Quijote femenino que todavía se preocupa por las Bellas Letras, en tiempos en los que la literatura cambia su apariencia, en los que se valoran las cosas por sus etiquetas y no por su contenido, en tiempos en los que también la literatura está oculta bajo los nombres de sus productores. Armani, Eco, Toshiba…

En una recepción se me acerca un hombre bien afeitado que hace girar la copa en su mano. Reconozco el rostro de un editor americano.

—Dicen que es usted escritora… —sonríe.

Y siento, mira por dónde, que suelto toda la carga que llevo

encima, que todas mis etiquetas se despegan y se caen. Me yergo con elegancia y digo…

—Está confundido. Yo soy taquígrafa.

—¿De veras? —dice el editor con una sonrisa, y se aleja haciendo girar la copa en la mano.

Desde algún rincón me sonríen agradecidas las Bellas Letras, mis invisibles *Belles Lettres*. También yo sonrío y, levantando la copa, brindo al aire.

# PERSONALITY

LLAMO A UNA CONOCIDA NEOYORKINA, hace tres años que no nos hemos visto. Oh, qué bien que hayas llamado, cómo estás, y cómo estás tú… Charlamos, resumimos tres años de vida en breves informes: ha terminado su doctorado, encontrado trabajo y dado a luz a una niña.

—¡Oh, te tienes que pasar por casa y verla! Es tan *strong personality*.

Esta nota a pie de página, *strong personality*, se me clava en el oído como una aguja de acupuntura y me tiene inquieta. Me imagino una cría maleducada, lo que significa en este caso *strong personality*. La malcriada no me preocupa: tropiezo con la entonación. Porque ella, mi conocida, no sabe que yo he oído esta misma frase, pronunciada con la misma entonación, innumerables veces. Lo que a mí, una extranjera, me sugiere que aquí no existe otro tipo de personas salvo las *strong personalities*, y que por lo tanto mi vida en este lugar tiene que ser muy emocionante.

La idea de la *personalidad* no la ha inventado el estadounidense solo. La idea no es más que un eslabón lógico en el sistema ideológico, el entorno en el que respira el estadounidense medio.

La idea y la ideología del individualismo (frente al colectivismo totalitario) supone la responsabilidad del hombre ante la vida personal, la felicidad y la desdicha. La idea de la responsabilidad ante la vida personal entraña además la idea de trabajar en su vida personal, y el trabajador no es más que la persona, la *personality*. Más aún, una *strong personality*, que de la confusa basura de la vida

fabricará una armónica obra de arte.

En la consecución de su objetivo vital el estadounidense, una vez más, no está solo. Para él trabaja una industria entera de producción de personalidad. Psicólogos infantiles, psiquiatras para adultos, leyes, códigos de conducta establecidos, periódicos, el mundo editorial, la televisión. Se vende todo, desde manuales con ejercicios para *ego-building* hasta audiocasetes con consejos para convertir una voz estridente en profunda y agradable.

Sin embargo, para que alguien tenga *personality*, parece que debe ganársela, tener un destino que sea solo suyo, auténtico, personal. Pero la práctica de la vida cotidiana anula de forma brutal el derecho a un destino personal sencillamente porque lo convierte en el mismo momento en público y colectivo.

¿Dónde está el error?

En los sistemas totalitarios, la idea del colectivismo es una de las premisas conceptuales básicas. El colectivismo quita el derecho a lo privado, a lo personal (los individuos son subversivos). Para sobrevivir, en los sistemas totalitarios la gente guarda separadas en la cabeza la vida pública y la privada. La aceptación racional de una dualidad esquizofrénica como código de conducta ha hecho de ellos seres de una elasticidad insuperable, *Homo duplex*, pero a la vez *strong personalities*.

La democracia declarativa americana, frente al totalitarismo, parece que hubiera arrebatado a los americanos el derecho a la privacidad, convirtiendo la fórmula «lo personal es lo privado» en la fórmula «lo personal es lo público» y, por lo tanto, político.

¿Dónde está el error?

En los sistemas totalitarios el individuo guardaba su privacidad como un tesoro doméstico. Lo que no lograba proteger por sí mismo en la «caja de caudales casera» lo conservaba la policía en su caja fuerte. La policía era discreta como el mejor y más leal amigo. La literatura de los sistemas totalitarios no conoce el género de las confesiones personales (¡cuánto menos hables de ti mismo, más delgado será tu expediente policial!). Al fin y al cabo, la literatura empieza donde termina la historia personal. La literatura de los

regímenes totalitarios se aprovechaba de las ricas estrategias de los procedimientos literarios, de las mentiras, por lo tanto, de su esencia —dicho sea de paso, la esencia de todo arte—, para articular indirectamente la verdad sobre el mundo. Con el desmontaje del totalitarismo surgió el género de las confesiones personales. De repente se demostró que dos vidas se parecían como dos gotas de agua, y la libertad de la confesión anuló el aura de la singularidad del autor, el aura del trágico destino personal.

La vida cotidiana americana, al parecer, no produce otra cosa que no sea el género de la autobiografía colectiva. Da la sensación de que los americanos afluyeran inconscientemente en masa a una gran sala de interrogatorios de la policía (o de un psiquiátrico) donde confesarán su vida. Solo la suya, individual, irrepetible, diferente de otras vidas. El papel de la policía discreta de los sistemas totalitarios lo han asumido en el sistema democrático americano los medios indiscretos. Las librerías están llenas de historias personales que cuentan cómo violaron al autor/a, cómo sobrevivió al incesto, a una enfermedad incurable, cómo superó la depresión, cómo salió de las fauces de la droga, cómo esto y cómo aquello.

Los programas televisivos americanos se han convertido en confesionarios colectivos públicos: los programas compiten por quién confesará más, mejor, con más dureza. Los confesionarios televisivos parecen circos romanos en los que los gladiadores blanden sentimientos y los espectadores disfrutan del desahogo sangriento, fresco y auténtico. Las confesiones se dirigen como verdaderos dramas griegos: llevan a los estudios a parientes, hermanos, hijos, y representan ante los espectadores un *auténtico* melodrama familiar.

Los americanos confiesan hoy públicamente sus experiencias personales como si hicieran una redacción sobre un tema obligatorio.

¿Dónde está el error? ¿Y qué pasa con el sagrado derecho americano a la privacidad?

Si miras fijamente durante más de tres minutos la casa de un estadounidense, el estadounidense, según una ley que sanciona el

derecho a la *privacy*, tiene derecho a llamar a la policía. Por otra parte, este mismo estadounidense no vacilará en confesarte, en cuanto tenga ocasión, su vida entera. Si él mismo tiene dudas, los medios lo harán en su nombre. ¡Porque lo privado es público! En los Estados Unidos actuales no es adecuado cerrar la puerta del despacho en el que trabajas. Los profesores abren las puertas de par en par durante las horas de consulta para que nadie los acuse de *harassment*. En los váteres estás cubierto solo hasta la mitad y, en la cabina de al lado, tu vecino insiste en una conversación cordial sin dejarte hacer un pis personal. También se ha suprimido el derecho a una enfermedad personal. Por eso Magic Johnson al salir de la maternidad declara con concisión a los medios: «¡Es negativo!». Y toda América sabe a qué se refiere este «es negativo». ¡El bebé recién nacido de Johnson no tiene sida! Incluso el derecho al suicidio individual se ha eliminado, ya al día siguiente los medios harán de tu cadáver trágico, fresco, un tema sociológico colectivo.

América está redactando una gran autobiografía colectiva. Y cuando todos se ponen a escribir, el resultado es una época de sordera generalizada y de incomprensión, como decía Milan Kundera. El mercado americano de ideas no se desanima, el efecto comercial de la «personalidad» lo empuja a establecer nuevos valores estéticos: solo «lo verdadero», «lo auténtico», «lo personal», aquello que es la *real thing*, por lo tanto, tiene valor estético.

¿Se preguntará dentro de poco el ciudadano americano cómo es que él, que toda su vida creyó en los ideologemas sobre el individualismo, la elección individual, la personalidad, se parece de manera tan atroz a su vecino? El mercado mediático americano, que, con la veloz articulación de cualquier problema, previene el propio problema, ofrece también en este caso una gran idea global, nueva y protectora, el *self-esteem*. Trabajar en la autoestima (nacional, profesional, generacional, física, privada, sexual) previene la conciencia de la derrota, la conciencia de que, a pesar de todo, algo no va bien, pues presupone de antemano que algo va a ir mal. El trabajo en la autoestima es un entrenamiento protector del ego, un nuevo producto de moda en el mercado americano de las ideas.

Y si por un momento cambio la perspectiva y me pregunto a mí misma quién soy yo, esta observadora, siento enseguida que mi *self-esteem* se desploma como el mercurio del termómetro. ¿Tienen los enfermos el derecho de juzgar a los sanos? ¿No soy yo una suerte de inválida que desde la silla de ruedas fisgonea en la realidad circundante con la mirada de un observador limitado y, por lo tanto, superficial? ¿Cómo le va a mi personalidad? ¿Me he preocupado alguna vez por ella? ¿Me he preguntado en qué medida soy el producto de años y años de trabajo del sistema en el que he vivido y cuánto el producto de mí misma? ¿Y si en este momento no soy NADIE, solo un número sin identidad, carne humana anónima en manos de los señores de la guerra? Porque ellos, los señores de la guerra, están decidiendo en mi nombre, sin preguntarme, en qué Estado viviré, en qué idioma escribiré, a qué cultura perteneceré; también están decidiendo si les regalarán o quitarán la vida a mis allegados, a mis amigos, si arrasarán mis ciudades; están decidiendo el nombre de mi calle, borran mi pasado, determinan mi presente, dibujan mi futuro, cambian mi documento de identidad, deciden si me permitirán o prohibirán el encuentro con los amigos en el hasta hace poco país común, deciden adónde y cómo viajaré, dónde estarán las nuevas fronteras del nuevo Estado en el que viviré, deciden qué periódicos leeré, adónde puedo y adónde no telefonear, deciden a quién amaré y a quién odiaré, qué palabra podré utilizar en el futuro y cuál no. Ni siquiera la decisión de abandonar el país será mía, personal, porque me obligarán a ello, ni siquiera la decisión de suicidarme será mi elección personal, porque me empujarán a hacerlo. Por lo tanto, ¿qué soy yo, presuntuosa observadora?, ¿qué ocurre con mi personalidad y con mi autoestima?, ¿y de dónde saco entonces el derecho a juzgar desde mi perspectiva inconexa, angustiada y dislocada de refugiada el mundo que establece sus normas, las normas de su normalidad?

Estoy sentada en un banco de Central Park en Nueva York. Es domingo, un día soleado, enciendo un cigarrillo, sonrío con la sonrisa de un convaleciente y observo maravillada a los neoyorkinos que corren, caminan, patinan, sacan de paseo a sus niños, a sus

perros, a sus cuerpos, a sus personalidades. A paso acelerado, con ropa deportiva brillante y ceñida, se me acerca una mujer con auriculares y un pequeño radiocasete enganchado al cinturón. Me ve y el rostro se le tuerce en una repentina expresión de enfado.

—*You are polluting our park!* —grita.

Yo apago de inmediato el cigarrillo personal. Ella continúa corriendo, se une a un *jogger*, luego los dos se unen a un tercero. Veo cómo se alejan los tres armoniosa y personalmente, corren a una suerte de futuro colectivo. Los rayos del sol, que se reflejan en los auriculares metálicos en sus cabezas y brillan como auras, no hacen sino aumentar esta impresión.

# MELANCHOLY

ME LLAMA ELLEN. Se disculpa por llamar tan temprano, solo quiere comprobar si sigue en pie nuestra cita para el concierto de esta noche.

—Sigue, ¿por qué no iba a seguir…?

—Bueno, solo quería comprobarlo…

—Pero ¿qué hora es?

—Son las seis.

—¿Y me llamas para eso a las seis de la mañana?

—Perdona…

Ellen me lo explica todo de forma detallada. Te tengo cariño, dice, y llamo a todos los que me importan nada más despertarme. Y me despierto temprano, qué le voy a hacer, los nervios. Si no llamo y compruebo que todos están en su sitio, no puedo empezar el día. Tengo que llamar, dice Ellen, de lo contrario temo que la gente desaparezca. A veces me asusta la posibilidad de que ya no exista ni yo misma.

Entiendo bien de qué habla Ellen. Ellen es judía neoyorkina, tiene detrás de sí una larga historia familiar de desapariciones. Y ella personalmente ha tenido alguna que otra experiencia. Primero murió su madre, luego su padre, a continuación desapareció su primer marido, luego los abogados despedazaron su último refugio, el piso paterno con vistas a Central Park. A sus cincuenta y tres años Ellen se encontró en la calle con tres hijos —adultos, es cierto—, con dos doctorados, apenas dos años y medio de cotización, varios libros publicados y una reputación científica en los círculos

psicoanalíticos. Por fortuna, los hijos están a punto de graduarse, se las arreglarán. Tiene guardadas las cajas con los libros y los enseres familiares en un guardamuebles, paga ciento cincuenta dólares al mes por el almacenaje. Ellen es una nómada intelectual que vive en la penuria. Arrastra consigo en el coche sus posesiones: un ordenador, algo de ropa y unas fotografías familiares. De alguna manera se las apaña, una beca aquí o unas clases allá, por un semestre o dos.

No tengo un Dios propio, y por lo tanto tampoco una iglesia, lo que no significa que no necesite consuelo de vez en cuando. Y cuando lo necesito, hago una escapada al sitio más cercano, al Woolworths.

Al Woolworths, o al menos al de mi vecindario, acuden mujeres negras corpulentas. Las mujeres se mueven con una elegancia de ballena, manosean despacio y con calma las cosas, hacen las compras mirando cada detalle. La pachorra de la clientela (mujeres negras corpulentas) y las vendedoras (mujeres negras corpulentas) surte un efecto tranquilizador en mí. Al Woolworths se viene para comprar una nimiedad, unos calcetines, un cepillo de plástico, una sartén barata, un tinte para el cabello, un sujetador sintético; para obtener consuelo, un sentimiento momentáneo de pertenencia a una clase, a una raza o a un grupo que es nuestro o que sentimos como nuestro.

Woolworths es, como muchas otras cosas (incluso muchos templos religiosos), un lugar marcado por el sistema de clases. Delante del Woolworths nunca se parará una limusina con cristales negros tintados, los compradores llegan al Woolworths a pie. Woolworths tiene aire de museo, un jamelgo comercial agonizante, un espacio de melancolía consumista. Allí se venden productos en los que se ha depositado la fe en un porvenir mejor y más feliz. Y este «futuro» se alcanzó hace mucho tiempo. Por eso los productos de Woolworths suscitan en el consumidor más sensible una melancolía turbia. En Woolworths se ha conservado la fe en el futuro del plástico, de lo sintético y del nailon. Y el plástico, lo sintético y el nailon son la América de mi infancia, la infancia de la propia América. Woolworths es un sustituto del mercadillo, del

sueño de felicidad pequeñoburguesa, un cementerio de la utopía consumista. Lo sintético, el plástico y el nailon son hoy en día el puño proletario simbólico que amenaza impotente el lujo del algodón y del lino. Porque la utopía de lo sintético se ha convertido entretanto en la realidad de los pobres. Woolworths es un lugar de retroutopía, huele a resignación y extinción, por eso probablemente me atrae.

Hace diecisiete años, durante un curso académico que pasé en Moscú, viajé con un grupo de compañeros por Georgia, Armenia y Uzbekistán. En Ereván, dejamos el equipaje en el hotel y cuatro de nosotras, una sueca, una holandesa, una estadounidense y yo, nos separamos del resto del grupo y nos lanzamos de inmediato a recorrer la ciudad. Entre nosotras hablábamos ruso, éramos jóvenes y confiadas.

La confianza en ti mismo es algo que acompaña a la juventud, pero también era fruto del hecho de que nos hallábamos en un país en el que la vida era mucho peor de la que conocíamos. Nosotras entonces no podíamos saber que la confianza se debía a cosas muy simples: un pasaporte respetado y una tarjeta de crédito.

En la calle nos paró un joven. Era educado, nos preguntó si teníamos vaqueros que estuviéramos dispuestas a vender. Los *jeans* eran, en aquella época, el mantra de la Europa del Este. Le dijimos que no, pero el muchacho no se dejó disuadir, como si los vaqueros ni siquiera le interesaran. Me preguntó si saldría con él aquella noche. Le dije que sí para que nos dejara en paz, aunque era evidente que ni por asomo se me ocurriría salir con un jovenzuelo desconocido. Además, habíamos acordado que iríamos a cenar todos juntos, nuestro grupo de estudiantes.

Pero sucedió que yo había entendido algo mal y llegué tarde a la cita con el grupo. Ya no había nadie de los «míos» en el hotel, y me acordé del joven. Mejor salir, pensé, que languidecer sola en la habitación.

El muchacho me esperaba en el vestíbulo. No estaba solo, venía con un amigo. Subimos al coche que esperaba delante del hotel, conducía el amigo.

—Mi amigo es un famoso boxeador armenio —dijo el joven con orgullo.

Yo no lo escuchaba. Me invadió el pánico. ¡Qué estúpida soy, pensé, no solo salgo con un chico desconocido, sino también con boxeadores! Cuanto más nos alejábamos del centro, más oscuras eran las calles. Los muchachos parloteaban. Clavada al asiento por el pánico, yo no podía proferir palabra.

El coche se detuvo delante de una casa, los jóvenes me guiaron por unas estrechas escaleras desgastadas. Cuando el chico tocó el timbre, el miedo me paralizó: ya ves, ahora me robarán, me violarán, me matarán y nadie me encontrará jamás.

Se abrió la puerta. Nos recibió una amable señora canosa. Entre, dijo, me alegra tanto que haya aceptado venir a nuestra casa, sabe, dijo, pocas veces tenemos la oportunidad de tener extranjeros como invitados.

La madre del joven nos llevó a la cocina, donde nos esperaba una mesa puesta ceremoniosamente. A ella estaba sentado el hermano mayor del joven. Muy amable, el boxeador se disculpó por no quedarse a cenar. La sensación de vergüenza suplantó a la de pánico. De nuevo sentí remordimientos: Dios mío, qué poco imaginativa soy y qué estúpida paranoica.

La señora canosa se sentó a la cabecera de la mesa, la comida estaba muy sabrosa, el joven era educado y amable. Únicamente el hermano mayor (podría tener unos cuarenta años) era extraño y parecía un poco ido. Después de la cena la señora me enseñó el álbum de fotos y habló sobre la familia, el marido, que había muerto, y los hijos. Yo estaba desconcertada, todavía me atormentaba la sensación de culpa por haber sido tan desconfiada. Ahora me sentía incómoda por la amabilidad de la que mis anfitriones hacían gala.

Y entonces, en un momento, el hermano me llamó con aire distraído para enseñarme su habitación. El cuarto parecía un nido de urraca. Era un pequeño templo casero para mayor gloria de la diosa América, el santuario de un coleccionista pobre, el fantasma obsesivo de un loco. Algunas cosas se las habían sacado a los escasos

turistas americanos, otras las habían recopilado durante años de los periódicos y otras las había traído también el azar. En las paredes colgaban los Kennedy, carteles y fotos de estrellas de cine americanas, numerosas postales con motivos americanos, banderas estadounidenses en miniatura (de las que se clavan en tartas y sándwiches); en los estantes había, como en un altar, montones de latas y botellas de Coca-Cola, llaveros con la imagen de Kennedy, baratijas americanas, basura y *kitsch*…

—¿Usted no es americana?

—No.

—¿Y ha estado en América? —me preguntó.

—No.

—¡América es una potencia! ¿Verdad que es una potencia? Yo adoro todo lo americano. ¿Y usted? ¡Nosotros aquí vivimos en la mierda! ¡Todo es una mierda aquí! ¡Ojalá pudiera largarme! Marcharme… Para ver América… —farfullaba el tipo perturbado.

La señora estaba en la puerta. Me hizo una señal con la cabeza y salí dejando al hombre sumido en sus murmullos.

—Él no está bien, usted misma ve que no está bien —susurró la señora.

Un poco más tarde nos despedimos, al partir la señora me besó con calidez, el joven se ofreció a acompañarme hasta el hotel.

—Usted ha visto a mi hermano… Es universitaria, vive en Moscú, seguramente tiene muchas amigas…, seguramente conoce también a alguna americana… Así que pensé… quizá alguna querría casarse con mi hermano… Un matrimonio de conveniencia. Le pagaríamos… Usted no puede imaginarse lo obsesionado que está con América… —decía el joven, respirando con dificultad. Se me encogió el corazón. Ahora todo estaba claro. O sea, el chico me había invitado a su casa porque yo era extranjera. Ser extranjera en la Unión Soviética en aquella época era un valor en sí mismo, motivo suficiente para ser invitada. El muchacho era demasiado joven para diferenciar acentos y saber las prioridades geográfico—. Cualquier extranjero podría ser también americano.

Me imaginaba que, después de nuestro encuentro matutino en la

calle, el joven corrió jadeante a casa, convenció a su madre para que preparara la cena y buscó a un amigo con coche para que la «extranjera» no se molestara yendo a pie. En el modesto piso exhibieron lo mejor que tenían, que a su vez era lo único que poseían: una cena armenia y el álbum de fotos familiar. Durante la cena se enteraron de que no era americana. No mostraron ningún indicio de que eso les importara. Es más, la señora dijo unas frases amables sobre Yugoslavia. Y ahora, al final, con las últimas fuerzas, el muchacho intentaba salvar su infantil proyecto.

Delante de la entrada del hotel le estreché la mano. Por el apretón supe que era más joven de lo que parecía, un crío que había asumido el papel de padre y el cuidado de su perturbado hermano.

—¿No lo olvidará y preguntará?

—No lo olvidaré. Claro que preguntaré.

Lo dejé delante del hotel. Tiré el papelito con su dirección. Al día siguiente por la mañana partimos hacia Taskent.

La verdad es que no sabría explicar cómo he relacionado cosas tan dispares: el antiguo episodio de mis años de estudiante, el cercano Woolworths y Ellen. El único vínculo entre ellos es la tristeza que me causan, una melancolía que proviene tanto de la falta de consecución de los deseos humanos como de su realización. Dicho sea de paso, desde que conocí a Ellen noto que yo también he desarrollado una neurosis obsesiva. Llamo a la gente que me importa, compruebo si están en su sitio. Ellen sabe que el mundo es más frágil de lo que aparenta, desaparecen las cosas, desaparecen los países, desaparecen las personas, basta un pequeño momento de descuido y de repente el mundo que nos rodea no es nuestro.

Y si despierto demasiado temprano, si me entra el miedo a la desaparición y al mismo tiempo me parte el alma fastidiar a mis allegados para controlar si todos están en su sitio, recurro al consuelo instantáneo de marcar el número de la delegación federal del Servicio de Impuestos americano. En este número rara vez contesta una voz humana viva, pero a cambio sale una cinta con Jachaturián. Que a las seis de la mañana resuene en el auricular la *Danza del sable* es una prueba, si no demasiado convincente, al

menos bastante ruidosa, de que el mundo sigue en su sitio.

Esta mañana me ha llamado Ellen.

—¡Me han dado un trabajo de docente en San Francisco!

—Felicidades —he farfullado, aún adormilada.

—Al menos ahora podré llamar por teléfono a mis amigos neoyorkinos sin sentimiento de culpa.

—¡No te entiendo!

—¡Hay tres horas de diferencia! —dice con mucho encanto Ellen—. Según el huso horario de Nueva York me despertaré a las nueve…

# CONTACT

HACE UNOS DIEZ AÑOS ESTUVE EN NUEVA ORLEANS. Me acompañaban Judis y Hans, escritores. La excursión a Nueva Orleans la había organizado para nosotros el Writers' Workshop de Iowa City, del que éramos invitados. En el aeropuerto nos recibió un hombre guapo, fuerte, manco, que se presentó como Chris. Nos llevó en coche al hotel y prometió volver por la noche para recogernos.

Por aquel entonces todavía no sabía que el hombre guapo, fuerte, manco era solo uno de los miles de voluntarios miembros de las asociaciones de amantes del contacto con extranjeros, o algo por el estilo. Chris vino a recogernos al hotel y nos llevó a cenar. Durante la cena nos enteramos de que Chris era trabajador social. Después de la velada Chris dividió con meticulosidad la cuenta en cuatro partes. Pagamos. Luego Chris sacó un cuaderno bastante grueso en cuyas páginas pululaban firmas de gente de todo el mundo. Gente de todo el mundo había dejado su firma en el cuaderno añadiendo algo sobre la «cena inolvidable», o sobre «el hospitalario Chris de Nueva Orleans». También nosotros firmamos, como cabía esperar. Tengo contactos en el mundo entero, exactamente ciento cincuenta y cinco contactos, dijo Chris. Luego nos llevó al hotel e intercambiamos tarjetas de visita, por supuesto. Una vez llegó a mi dirección una postal de Nueva Orleans con saludos de Chris. Eso es todo. A veces me acuerdo de este hombre guapo, fuerte, manco. Me pregunto cuántos nombres nuevos ha recopilado en su cuaderno, y si hay en su triste coleccionismo y en

todo este episodio algún sentido más profundo.

Hace un tiempo participé en un coloquio literario. Mi amigo Norman me llamó después y me preguntó emocionado…

—*Did you make any contacts?*

Norman antepuso la palabra sagrada *contact* a las palabras «estímulo intelectual», «intercambio de ideas», «amistad», «conocidos», «encuentros interesantes». ¿O quizá *contad*, esa palabra de sabor metálico, incluía todo aquello?

En Middletown, el simpático presidente del club Exchange me llamaba insistentemente para pedirme que diera una conferencia sobre «los dramáticos sucesos actuales en Yugoslavia» en una de las reuniones de su club. El presidente llamaba sin parar; la secretaria confirmó que hasta el momento ninguno de los profesores invitados había rechazado la propuesta del Exchange, y yo cedí. El día acordado una colega me llevó en coche al restaurante cercano, lugar donde celebraba las reuniones el club Exchange. Una vez que trataron los puntos de su orden del día, me rogaron que dijera algo, y yo me puse de pie detrás del atril improvisado, sudando y sonrojándome por esa situación del todo absurda. A saber, era más que obvio que los miembros del club Exchange apenas sabían dónde estaba el país del que hablaba, y estaba más que claro que no había que estropear el tiempo de *su* almuerzo con historias sobre cadáveres *ajenos*. La gente hizo cortésmente unas pocas preguntas, yo respondí con parquedad, luego los camareros empezaron a traer la comida y el presidente se puso en pie y me regaló un bolígrafo que llevaba el rótulo «Exchange». Los hombres de negocios aplaudieron, y después comimos sándwiches calientes. Más tarde, en casa, clavé la vista en mis tristes honorarios, el bolígrafo, y lloré durante un buen rato. Mientras mascaba el turbio insulto me preguntaba si había en este episodio disparatado algún sentido más profundo. Norman me llamó un domingo para que visitáramos a unos viejos amigos suyos.

—Será maravilloso —dijo Norman—, vendrán Steven de Nueva York y Frank de Los Ángeles.

Necesitamos unas tres horas de viaje en coche para llegar hasta el hogar de los amigos de Norman, un abogado y su mujer,

psicóloga. Allí estaban ya el neoyorkino Steven y Frank de L. A. La mujer psicóloga estuvo todo el tiempo ocupada con una tarea *do it yourself*: montar una silla Shaker que había pedido por catálogo. Los hombres clavaban de vez en cuando un clavito en la silla, discutían si había que pasar las resistentes cintas de tela de esta o de aquella manera. Yo salía de vez en cuando a fumar al porche porque los anfitriones y los invitados, sin excepción, eran alérgicos al humo del tabaco. Luego nos sentamos en el salón (la mujer renunció a seguir ocupándose de la silla Shaker). Frank, un ejemplar de museo viviente de los años sesenta, parloteaba algo sobre el amor global, el sexo, la meditación, el *self-esteem*, sobre el libro que justo está escribiendo. Mientras tanto la anfitriona hacía ejercicios de estiramiento en una enorme pelota de goma, un nuevo producto de *fitness*. Amasaba la bola con su cuerpo: primero aplastó la pelota con la espalda, luego se sentó encima estirando las piernas y masajeando despacio las nalgas, a continuación se tumbó en la bola boca abajo masajeando diligentemente los abdominales. Entretanto me explicaba el tema de su disertación doctoral y defendía la eficacia de la hipnosis en la curación de ciertas disfunciones psíquicas. Tumbado en el sofá, Norman preparaba aplicado la conferencia para el día siguiente, y luego se adormeció. El anfitrión estaba todo el tiempo pendiente de la leña y de mantener el fuego en el *fireplace*. De paso me explicaba qué madera se consumía más deprisa y cuál más despacio. Junto al *fireplace* descansaba un manual sobre cómo encender y mantener vivo el fuego en la chimenea. Yo salía de vez en cuando al porche y fumaba. Poco a poco empezaba a oscurecer. Cuando el anochecer ya era un hecho definitivo, se despertó Norman, Frank terminó su conferencia sobre la autoestima global y alguien propuso comer algo. Primero deliberamos un buen rato sobre qué cocina elegir, china, india, japonesa o mejicana, y luego alguien, debido a mí, escogió la «americana», y nos fuimos en coche hasta el *diner* más cercano. Cenamos deprisa en el pequeño restaurante y nos despedimos cordialmente. Vuelva cuando quiera, tiene que visitarnos de nuevo, dijo la anfitriona con afabilidad. ¡Por supuesto, dije, ha sido estupendo! En el coche, de regreso a casa, me

pregunté si había habido en este encuentro algún sentido más profundo. Al contrario de mí, Norman parecía muy contento. Había estado con gente y no le había dolido. Y ahí está el sentido. Cuando estoy con los «míos», con mi gente, al final siempre duele.

Hace poco vi en la televisión un programa sobre emigrantes de Europa del Este con estudios superiores. Físicos, matemáticos, médicos, ingenieros, arquitectos, de Bulgaria, de Rumania, de Hungría, todos ellos asistían a cursos en los que aprendían cómo encontrar trabajo en Estados Unidos. En la pizarra se veía un mensaje escrito con mayúsculas: *NETWORK OR NO WORK!*

*Contact, network, networking*: palabras que pertenecen a los buenos modales americanos, a los automatismos estadounidenses de comportamiento. El americano no se pregunta el sentido, se limita a comportarse. Colecciona tarjetas de visita, apunta direcciones, teléfonos, escribe cartas de agradecimiento, incluso cuando no hay nada que agradecer, te pide el número de teléfono y no llama, te invita afablemente a una fiesta sin dejarte una dirección, suda la gota gorda para que lo invites a tu fiesta, pero también olvida coger tu dirección. En el pequeño diccionario de comportamiento, las palabras se pegan unas a otras como imanes. A las palabras *contact* y *networking* se unen dos más, *image* y *schedule*. Es casi imposible *networkear* sin *image* y sin *schedule*. La gran idea de la *image* incluye también un pensamiento fundamental, a saber: que en el mundo de los medios todo es imagen, en el mundo de las imágenes, todo causa, por supuesto, impresión. El mercado ofrece innumerables consejos: cómo diseñar y rediseñar su propia *image*, cómo dejar una impresión favorable, cómo aumentar el *rating* personal en la sociedad. La *image* es un pequeño escalón en el camino hacia la eternidad, hacia el mito. Y el mito, ya se sabe, también es solo una imagen.

El *schedule* es un *organizer*, un cronograma diario, mensual, anual o incluso de varios años, un sistema coordinado de la vida cotidiana. Incluso si se muere de aburrimiento, incluso si durante días no aparece ningún ser humano en su horizonte, el americano no se apresurará a aceptar una invitación a la primera, sino que dirá:

*Hm… Let me look at my schedule*. Los americanos son un pueblo longevo. Ahora se me ocurre que esto no es el resultado de la preocupación generalizada por la salud, sino de la sencilla palabra *schedule*. Cuando la muerte llama a la puerta del americano, supongo que él dirá: *Hm… Let me look at my schedule*.

Qué le voy a hacer, yo misma me adapto, contacto con diligencia y establezco redes. En lo que respecta a la *network*, ya he establecido una. He entrado en ella por pura casualidad, encargando por catálogo algo llamado «la oreja mágica». ¿Qué es «la oreja mágica»? Es un pequeño dispositivo de goma con pinchos de goma que se coloca en la oreja y evita la sensación de hambre. Desde que la oreja mágica se coló en mi vida, mi buzón de correo está lleno de cartas. Me escribe Demis Roussos en persona revelándome el increíble secreto (*astonishing secret*) de cómo ha adelgazado y perdido ciento diecisiete libras. Me escribe *Miss* Ingeborg Bach, de Brasil, que, gracias al secreto de Demis, ha perdido cuarenta y dos libras. Me escribe *Mrs*. Charrier, de Francia, que ha perdido setenta y cinco libras. Estoy en contacto con Mariom Tsouni, de Grecia, me escriben Stephanie Presley, Brigitte Barróla, el doctor Hay y Walb… Ya no estoy sola en este mundo, soy miembro de la *network* de diligentes perdedores de peso. Y en lo que se refiere a la oreja, la he perdido o a saber dónde la he puesto. O ella misma, utilizando sus pinchos de goma, se ha largado.

Respecto a los contactos, también he conseguido uno. George Fazzino es mi profesor de autoescuela, mi precioso *contact*.

—Escriba Fazzina —me corrige George mientras relleno el cheque al terminar la clase de conducir.

—¿Por qué? ¿No es usted Fazzino? —pregunto.

—En Middletown hay tantos italianos que se apellidan Fazzino que he decidido llamarme Fazzina.

—Entiendo —digo, y corrijo la *o* por *a*.

George es un antiguo combatiente de Vietnam y un rompecorazones envejecido. Hoy George es un hombre de familia, tiene hijos adultos, pronto será incluso abuelo. George dice que ha estudiado psicología. Mientras circulamos por las calles de

Middletown y sus alrededores, mucha gente baja alegremente la ventanilla del coche y grita…

—*Do you remember me?*

—*Of course!* —grita George cordial, y agita la mano—. Supongo que fue alumno mío —me explica un poco emocionado refiriéndose a los alumnos a los que enseñaba a conducir.

George siempre me manda desviarme de la autovía a una pequeña gasolinera. Allí hay una tiendecita donde George y yo tomamos café. A él le gusta ese sitio. El comercio cambia cada semana de propietario. Primero el dueño era Ricardo, italiano, luego Rosy y Mary, y el actual es un joven paquistaní, Amid. Amid es, por supuesto, nuestro nuevo amigo. Con Amid charlamos siempre un rato de la vida. Con cada nuevo dueño hablamos de la vida. En particular con Rosy y Mary. Rosy apenas tenía dieciocho años y ya estaba embarazada por segunda vez. Su marido era alcohólico y le pegaba a menudo.

George y yo siempre echamos un vistazo al pequeño acuario con cebos vivos de pesca, porque excepto café, periódicos y cebos no hay otra cosa en el comercio. Por eso la tienda cambia de propietario cada semana.

—¿Se puede pescar en los alrededores? —pregunto a George.

—Seguro que sí —dice.

Y observamos contentos el ajetreo de los cebos.

—No se puede —dice Amid—. Si se pudiera pescar, probablemente alguien compraría cebos…

George tiene la costumbre de comprar en la tienda lotería instantánea. Rasca con el pulgar la brillante superficie del cupón, y debajo asoma el consabido «sin premio».

—¿Alguna vez ha ganado algo?

—Claro que sí —dice George—. ¡El año pasado gané cincuenta dólares!

Durante las clases de conducir George y yo hablamos de la vida. Le hablo de mis estudiantes, de la guerra en mi país. George lo sabe todo, los nombres de las ciudades destruidas, el número de víctimas, le enfurece Milošević… *Son of a bi…* George se lo sabe todo al

dedillo porque tiene un alumno chino, una alumna uzbeca, un irascible alumno filipino. George también está familiarizado con mis problemas literarios, discute conmigo sobre géneros, sobre el papel de la literatura en los tiempos posmodernos, sobre el posmodernismo en general.

—Hm… —menea la cabeza con preocupación George—. Me gustaría saber dónde va a ir a parar esta literatura contemporánea…

Siempre aparcamos delante de mi casa. Aparcar es lo que peor se me da, freno con demasiada brusquedad, y a causa del frenazo caen sobre nosotros todo tipo de objetos insignificantes. El coche de George está lleno de fruslerías, productos cosméticos promocionales, bagatelas, pequeños tubitos de perfume, bolsitos con cremas. Ese es el otro trabajo de George: es viajante de comercio autónomo. En cada clase, George me regala galantemente alguna pequeñez. La última fue una colección entera de píldoras para el dolor de cabeza.

También la última vez nos cayó encima un libro, un libro de sueños italiano de ciento cincuenta años de antigüedad, que pertenecía al padre de George, Silvester. A George lo visitan amigos, le cuentan sus sueños, George comprueba los significados de los sueños en su libro, mira el número que tiene cada sueño y se lo dice a los amigos. Los amigos compran los billetes de lotería con estos números y siempre obtienen un premio.

—¿Y usted? —pregunto a George.

—Conmigo no funciona. La de veces que lo he intentado, pero no va… ¡Es como una maldición!

Hace poco George me confió su mayor secreto. Pronto lanzará la producción de cubitos de limonada congelada. La receta de la limonada es un secreto que la familia Fazzina se ha transmitido de generación en generación, o al menos desde que hay hielo y limonada. Durante mucho tiempo George y yo deliberamos sobre el nombre del producto y al final nos decidimos por «Silvester».

—Al fin y al cabo, ya se lo merecía —dice emocionado.

No me cabe la menor duda de que la magia del difunto Silvester al final funcionará y George se hará rico. Y, no obstante, desde hace

poco a los cubitos de hielo normales los llamo *fazzini* y eso hace que los trocitos se derritan con más rapidez y alegría en mi vaso.

No hace mucho me llamó Norman y, preocupado por el futuro de mi carrera académica, me preguntó:

—*Did you make any contacts?*

—¡Oh, sí! El profesor Fazzina. —Dije enigmáticamente.

—¡Fantástico! Mantén este contacto y no dejes escapar otros —dijo.

Y en lo que respecta al carnet de conducir, hace poco hice el examen práctico. No aprobé.

—*Son of a biiii…* —dijo mi profesor George del examinador que me había suspendido.

Y tenía toda la razón.

# COMFORTER

CUANDO EL AÑO PASADO, EN SEPTIEMBRE, oí las sirenas de alarma aérea, al principio no sabía qué indicaban. Mis vecinos, a diferencia de mí, se habían aprendido de memoria las instrucciones sobre alarmas pegadas en la puerta del ascensor y supieron enseguida que se trataba de una alarma de ataque aéreo. Dejé a los vecinos que corrieran al sótano y yo, reticente a todo tipo de fenómeno de masas, regresé al piso. Ahora ya no recuerdo en qué pensaba. Probablemente en nada. Esperé a que la alarma pasase. Al día siguiente hubo otra. Yo estaba sentada en mi escritorio y, mientras escuchaba el terrorífico ulular de la sirena, sopesaba qué debería llevarme al refugio. Entretanto la alarma había acabado. Sobre el tema de qué llevarse al refugio, consulté a mis amigos. La madre de mi amigo Nenad se acordó de que, en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, durante la primera alarma en Zagreb, se había llevado consigo al sótano el despertador. ¿Por qué el despertador?, no lo sabía. Pero, como el despertador fue lo primero que agarró presa del pánico, continuó llevándoselo cada vez que sonaba la alarma. Esta madre sobrevivió a la guerra y dio a luz a mi amigo Nenad. Qué sucedió con el despertador, no se lo pregunté.

Los días siguientes yo bajaba disciplinada al sótano de nuestro edificio cada vez que sonaba la sirena. Observaba a mis vecinos, que siempre acarreaban algo nuevo: colchas (por si hacía frío), almohadas (para que fuera más cómodo), palas y picos (por si nos quedábamos sepultados), pilas (por si nos quedábamos sin electricidad), radios (para oír las noticias). Poco a poco, de las cosas

exclusivamente funcionales mis vecinos pasaron a la estetización del espacio. Limpiaron las pequeñas leñeras (acondicionándolas como grotescas réplicas postapocalípticas de sus pisos), trajeron naipes, alguno un par de libros por si acaso, otro un sillón cómodo, otro un ajedrez, otros bebida. Los hogares, temporalmente perdidos en las plantas superiores, empezaron a surgir a una velocidad increíble en el sótano, en las leñeras. La actividad febril en el sótano en la época de las alarmas parecía embotar o retrasar el pensamiento agudo: ¿qué pasaría si bombardearan la ciudad de verdad? ¿No resultaría todo absurdo? Los libros, los objetos, el sillón reclinable, cuyo color tardamos días en decidir, los cuadros en las paredes… Este pensamiento agudo se movía como un *cursor* borrando línea tras línea y al final se detuvo en la imagen del propio cuerpo: cuerpo desnudo que sujeta en la mano el carnet de identidad con el nombre, el apellido y el número de identificación. Compré mi primer ordenador hace unos años. Emocionada, escribí mi primera página y entonces, probablemente por error, desaparecieron de la pantalla todas las frases escritas y en el centro (¡justo en el centro!) quedó el pequeño pronombre YO. Estas letras diminutas que titilaban en la pantalla vacía y que podían desvanecerse en cualquier momento me asustaron, me llenaron de una repentina ansiedad. Miraba la pantalla como petrificada, me parecía que, desde una distancia terrorífica o una cercanía terrorífica, me veía a mí misma en la pantalla. Y, como si no fuera otra cosa más que ese pronombre personal, dos letras titilantes, yo, me quedé sentada así durante un largo rato y observé sin aliento cómo en el centro de la despoblada pantalla pulsaba mi diminuto corazón.

Unas cuantas alarmas aéreas, unas cuantas bajadas al refugio con las cosas más imprescindibles en la bolsa (nunca lograba determinar cuáles eran las más imprescindibles) borraron en mí la idea del hogar. El persistente virus de carencia de hogar se había instalado en mi interior. Y daba igual si me había quedado sin techo de verdad. Mi cerebro había grabado el sonido de las sirenas, de las imágenes de los refugiados (yo podía ser una de ellos), de las casas derribadas (podía ser la mía y todavía puede serlo), y lo había archivado todo

permanentemente en la memoria. La sensación de no tener hogar la confirma también mi subconsciente, que cada vez con más frecuencia juega a la construcción de un hogar fantasmal, lo cual solo demuestra lo fuerte que era esta idea en mi interior. O, al menos, más fuerte de lo que había pensado.

Aquí las frutas y las verduras no se compran al peso, sino por piezas. Al cabo de varios meses me di cuenta por casualidad de que siempre compraba cuatro piezas: cuatro manzanas, cuatro tomates, cuatro pomelos, cuatro plátanos… Me pregunté por qué cuatro, por qué no una o cinco, por qué no tres. Entonces comprendí que era mi subconsciente el que había elegido el número cuatro, no yo: una manzana era para mí, las otras tres para mis seres más cercanos, *ellos tres*. Mi subconsciente había configurado correctamente el número cuatro.

Tan solo después de varios meses, comprendí que había llegado aquí casi sin cosas, y pensé que tendría que comprar también una maleta nueva.

Lo primero que compré fue un *comforter*. *Comforter* es una de las palabras frecuentes (o al menos yo me tropiezo con ella sin cesar): *comforter es* más que una simple palabra, los *comforters* pueden ser sintéticos los más baratos, y de las plumas de ganso más delicadas los más caros. Por supuesto que tomé prestado dinero y compré el más caro. Necesitaba zapatos de invierno y un abrigo, pero no los compré. Compré algo que no necesitaba. Un *comforter* ¿Qué es un *comforter*? El *comforter* es un edredón, una colcha, un cobertor relleno de plumas. Ahora sé que esta cosa, el *comforter*, era un sustituto simbólico del hogar perdido, que mi inconsciente infalible eligió una cosa que me serviría de techo, una burbuja protectora, una concha de caracol, un caparazón de tortuga, un paraguas, un agujerito, un agujero, un hueco, un hogar.

Esa no es toda la verdad sobre mí. Me he callado algo. No he mencionado el saco de dormir (de algodón) y el saco de dormir multiusos, que puede servir como colcha o incluso como cortavientos y chubasquero, según cómo se cierre. La idea de que alguien pueda ver el contenido de mi maleta me aterroriza, ya estoy

sonrojada de vergüenza.

Tuve una vez un amigo que toda su vida había fantaseado con la maleta perfecta. En esta maleta mi amigo B. pensaba colocar todas las cosas que necesitaba para vivir. B. se imaginaba esta maleta como una casa móvil perfecta, recolocaba las cosas en su mente, cambiaba compartimentos, dibujaba otros nuevos en el aire. La idea de una maleta perfecta era fuerte, obsesiva, era la metáfora de sus pesadillas, de su constante carencia de hogar. B. poseía un piso y una casa, pero de alguna manera, como en un mal sueño, sucedía que abandonaba esta casa y este piso, compraba o encontraba otros nuevos, y en ellos otra vez no había sitio para él.

Al final de cada año les deseo en secreto a mis conocidos y amigos que por fin vivan en paz consigo mismos. A B. le deseo su maleta perfecta.

No sé por qué, pero los libros que más me gustan no los grabo en mi memoria. En cuanto leo un libro, lo olvido. Uno de estos libros es la novela *Envidia* de Yuri Olesha. A veces pienso que con los libros sucede lo mismo que con el placer físico. Si memorizáramos con exactitud el placer físico, seguro que no habría necesidad de repetirlo. Al parecer, solo repetimos estos «ridículos movimientos» para rememorar el placer. Y luego, inmediatamente después, alguien borra el recuerdo que tenemos de ello y no sabemos cómo era en realidad. *Delete*. Solo olvido los libros que suscitan en mí un placer lector. Y, además, lo olvido casi todo. Queda como el turbio recuerdo de algún episodio de la obra, pero de ningún modo consigo recordar cómo fue leer el libro.

Tal como aguarda de pie Ivan Bábichev, protagonista de la novela de Olesha, con la almohada bajo el brazo, así yo aguardo de pie con mi *comforter* americano. *Podushka* y *comforter*. Los dos nos quedamos de pie, quietos, él con la almohada, yo con el edredón, y nos sonreímos el uno al otro.

En el cielo nos encontraremos todos, cada uno con su cosa. Entonces sabremos con certeza qué llevarnos al refugio eterno. De todos modos, la cosa en cuestión querrá acompañarnos. Allí nos mezclaremos todos, tanto los que existieron antaño como los que

nunca existieron. Tanto la madre de Nenad con el despertador como Desdémona con el pañuelo. Sabremos por fin quién es quién, estaremos desnudos, cada uno con su cosa. Leeremos las cosas como biografías personales. Allí yo, envuelta en mi edredón, me encontraré con Ivan Bábichev, me fijaré en su almohada y por fin recordaré el libro. Hasta la última línea.

# TRASH

—¿PIENSA QUE EL *KITSCH* ES UN PRODUCTO TÍPICO de los sistemas comunistas? —me preguntó una de mis alumnas estadounidenses después de la ponencia sobre la novela de Milan Kundera *La insoportable levedad del ser*.

Durante un instante me fijé en su rostro joven.

—El *kitsch* es un fenómeno global —dije, y me sonrojé. Siempre me sonrojo cuando profiero una frase tan fundamental y tan trivial. En ese momento aquella era la única respuesta posible. A saber, la clase había acabado.

En su libro sobre Gógol, Nabókov habla de *poshlost*. *Poshlost* es una palabra rusa que, por su riqueza semántica, Nabókov prefiere a las variantes inglesas como son *cheap, inferior, sorry, trashy, scurvy, tawdry* y otras por el estilo. Como ejemplo de *poshlost*, Nabókov toma la descripción de Gógol de un alemán. El alemán en cuestión cortejaba sin éxito a una muchacha que todas las noches se sentaba en el balcón, tejía medias y disfrutaba de la bella vista del lago. El alemán por fin ideó una estrategia para conquistar el corazón de la joven. Cada tarde se desnudaba, saltaba al lago y nadaba ante los ojos de su amada abrazando a la vez a dos cisnes que había adiestrado para este propósito. Gracias al truco con los cisnes, el muchacho por fin conquistó a la chica. Mientras que esta *poshlost* en forma pura suscita sonrisas benévolas, hay otra —que es, según Nabókov, «(…) especialmente enérgica y perversa cuando el engaño no es obvio y cuando se considera, correcta o erróneamente, que los valores que imita pertenecen al más elevadísimo nivel del arte, el

pensamiento o la emoción[4]»— que provoca angustia.

En la cabeza esquizofrénica del ciudadano de la antigua Yugoslavia se refractan no solo dos realidades, la antigua y la actual, sino también dos clases de *kitsch*: el antiguo y el nuevo, que brota sobre el viejo, contando con que el recipiente ha relegado al olvido el modelo original.

Un *kitsch* nuevo sustituye en los nuevos tiempos políticos al *kitsch* socialista de Estado. Ambos son populistas (porque la propia esencia del *kitsch* es populista) y, como su estrategia de seducción tiene por objetivo la plebe, los dos están ligados al folclore, a la estética de las figuritas de miga de pan en forma de corazón, cuyo origen nacional se disputaron antaño los periódicos de Belgrado y Zagreb.

Hoy, mientras Yugoslavia se desmorona (y el proceso todavía dura a pesar de que los Gobiernos de los nuevos Estados han proclamado y firmado su muerte clínica públicamente), junto con los silbidos de las bombas, los tiroteos, los clamores, los lamentos y las explosiones, en mi conciencia dividida resuenan fragmentos de melodías folclóricas: montenegrinas, macedonias, croatas, serbias, albanesas… Un símbolo que ha quedado como un poso en mi recuerdo es el *kolo*, este baile en corro que se ejecutaba en todas las ceremonias estatales. El *kolo* lo bailaban los representantes de los pueblos y minorías nacionales de Yugoslavia, vestidos con sus trajes regionales. Todos bailaban todo: danzaban al estilo esloveno, daban vueltas con pasos diminutos al estilo serbio, daban saltitos, pataleaban ruidosos contra el suelo, temblequeaban, según requería la danza de cada región. Este *kolo*, la corona simbólica de Yugoslavia, accesible a todos los yugoslavos alfabetos y analfabetos, hoy se ha convertido en lo contrario, en un nudo mortífero. Hoy los antiguos danzarines del *kolo* yugoslavo se matan entre sí con el mismo ardor danzante y al son de las mismas tamburas y flautas.

El ciudadano de la antigua Yugoslavia todavía no ha olvidado el antiguo *kitsch* de Estado y las representaciones monumentales en las cuales el único protagonista era el cuerpo colectivo. Un cuerpo que estaba listo para convertirse en palabra, consigna, flor, imagen

suntuosa sobre el césped del estadio. El ciudadano recuerda esos espectáculos, por lo que también recuerda el último dedicado a Tito. Un diseñador socialista anónimo había ideado el canto del cisne: una enorme escultura de espuma de poliestireno. De pronto, dicen, se levantó un viento fuerte y casi se lleva al Tito de poliestireno, y junto con él a los operarios de carne y hueso que con toda su alma procuraban parar el vuelo de Tito al cielo.

Igual que toda tragedia se convierte en farsa, así todos los antiguos yugo-símbolos se convirtieron en su contrario. El bastón de los relevos de Tito (símbolo de fraternidad y unidad), en un bastón fratricida, un fusil o un cuchillo, un arma con la que los representantes de los pueblos yugoslavos se machacan unos a otros. Las ciudades y los pueblos por los que pasaba la carrera de relevos de Tito hoy se están derrumbando como castillos de naipes, casi por el mismo orden, de norte a sur. El cuerpo humano colectivo se ha transformado en carne humana colectiva, los antiguos yugoslavos son hoy carnuza humana. El hecho de que unos mueran como croatas, otros como serbios y los terceros como musulmanes a la muerte no le importa mucho.

En un mundo completamente alterado, resquebrajado, se mezclan los fragmentos de regímenes antiguos y actuales, melodías que ya hemos oído antes, pero ahora con una nueva adaptación; símbolos que ya hemos visto, pero con un nuevo diseño. En la nueva realidad, que parece una pesadilla fantasmagórica, el *kitsch* ha mostrado su mayor resistencia, se ha transformado con mucha velocidad y ha revivido con su indestructible brillo. En un país desmoronado, también el *kitsch* se ha fragmentado: cada uno de los bandos ha sacado de las ruinas los trozos apropiados y los ha encolado formando monstruos estratégicos nuevos.

La variante católico-folclórica croata se ha rediseñado a sí misma mezclando la tabla de Baška y el *pleter* croata, la típica ornamentación trenzada medieval, los santos católicos y crucifijos, las figuritas de miga de pan en forma de corazón y los trajes regionales. De las ruinas que antaño eran la casa común, se llevó de recuerdo a Tito, que resucitó de repente en la figura del nuevo

presidente croata. El presidente croata viste americanas blancas igual que Tito; reparte a los niños albaricoques de su propio jardín (Tito enviaba a los niños yugoslavos cestas con mandarinas de sus propios jardines); los besa, les pellizca las mejillas y levanta en vilo (por supuesto, frente a las cámaras de televisión) a cada niño que se encuentra en su camino (también a Tito le gustaba besuquear a los niños). En los espectáculos estatales rediseñados, el nuevo presidente es más activo que Tito. Mientras que Tito estaba sentado tranquilo permitiendo que el pueblo exhibiera sus habilidades, el nuevo presidente participa activamente en ellas. De manera que, rodeado de chicas jóvenes con trajes típicos, en un acto público el Día de la Independencia croata el presidente realiza una pantomima, colocando con patetismo en una cuna campesina vacía (símbolo del Estado recién nacido) un ducado de oro.

También el otro bando, el serbio, ha creado su monstruo a partir de elementos de la ortodoxia histérica, mezclando los iconos ortodoxos con los *opanak*, zapatos tradicionales serbios, los ayayay del cancionero popular con los puñales de *chetnik* y con los barbudos matarifes. De la misma manera se entremezclarán también las épocas históricas: las epopeyas épicas con los fantasmas de reyes nunca reconocidos, estos por otra parte con las estrellas comunistas, las guzlas con las trompas de guerra, las trompas con los cañones. De las ruinas que antaño eran la casa común, el bando serbio sacó el traje gris del comunismo y revistió con él a su presidente. El presidente serbio —en la pesadilla de los elementos, donde los crímenes se cometen en nombre de Dios (ortodoxo), las matanzas en nombre de la lucha contra el fascismo, donde los campos de concentración brotan en nombre del miedo a la propia exterminación— se convierte en un icono monstruoso cuyos ojos relampaguean con la mirada de Hitler y la frente grasienta de Sadam.

Aunque el *kitsch* actual, similar a una fotografía duplicada, se superpone al *kitsch* antiguo, a pesar de ello se diferencian. El *kitsch* socialista proclamaba su ideología: la fraternidad y la unidad, el internacionalismo, la igualdad social y el progreso técnico. El *kitsch*

nacionalista proclama sus ideas fundamentales: la soberanía nacional y los privilegios del individuo basados en el grupo sanguíneo conveniente. El *kitsch* socialista tenía una proyección futurista y una fuerte dimensión utópica. El *kitsch* nacionalista extrae sus contenidos de la inmersión apasionada en la «esencia del ser nacional» y, como tal, se orienta hacia el pasado y carece de una dimensión utópica. Los símbolos claves del *kitsch* socialista estaban ligados al trabajo y al progreso (ese es el motivo por el que en la iconografía aparece esa multitud de estaciones de ferrocarril, trenes, minas, carreteras, fábricas y estatuas de trabajadores y campesinos abrazados). Los símbolos claves del *kitsch* nacionalista están ligados a la identidad nacional (de ahí que en la iconografía se encuentren multitud de escudos, caballeros medievales, crucifijos católicos y ortodoxos, esculturas de héroes históricos). Ambos tipos de *kitsch* se sirven de la misma estrategia de seducción.

Existe, por supuesto, otra diferencia importante. El *kitsch* del Estado socialista se creó en tiempos de paz, en un país ante el que había un futuro. El nuevo *kitsch*, semejante a un baño de azúcar, cubre la espeluznante realidad bélica. El *kitsch* nacionalista en la pesadilla bélica penetra como un virus en los poros de la vida cotidiana, convirtiendo el horror real en el horror de la *poshlost*. Las tristes voces de los reporteros, los planos largos, las imágenes de cuerpos muertos, entierros, cadáveres envueltos en banderas nacionales, los rituales de entrega de condecoraciones de guerra, tan parecidos a la toma de la hostia consagrada, los horrores acompañados por el estruendo de las canciones balcánicas compuestas para el momento, canciones que con el griterío folclórico amenazan al enemigo con destruirlo, toda esta estridencia patriótica de nuevo cuño, esta propaganda *kitsch* de la industria bélica, todo eso se cuece en la olla balcánica entre la tragedia y la farsa, el sufrimiento y la indiferencia, la compasión y el cinismo, los escalofríos y la parodia.

El *kitsch* recién creado guarda un increíble parecido con el nadador de Gógol que abraza a dos cisnes en el lago y seduce a la muchacha del balcón. A la imagen de Gógol hay que añadirle unos

detalles: en el lago flotan cadáveres, personas ahogadas, casas quemadas, niños muertos, escombros… La esencia del baile con los cisnes sigue siendo la misma: la seducción. Nuestros nadadores balcánicos, elegidos y autoproclamados gobernantes, y sus seguidores seducen a sus pueblos, que están sentados en la orilla, hambrientos y empobrecidos, y a Europa, que teje calcetines en el balcón. Las cabezas grandes, malhumoradas, sudadas, de nuestros nadadores asoman del agua e ignoran lo inapropiado de la puesta en escena. Como siempre, la seducción consigue su objetivo. Los pueblos, cada uno en su orilla, aplauden con entusiasmo, toman la función como «esencia de su ser nacional», como algo bello, grandioso y verdadero, admiten la derrota como triunfo. Porque «en el imperio de la *poshlost* —dice Vladimir Nabókov, pensando en la literatura—, no es el libro lo que "hace un triunfo", sino el "público lector[5]"».

—¿Piensa usted que el *kitsch* es un producto típico de los sistemas comunistas? —me preguntó mi alumna estadounidense después de la ponencia sobre la novela de Kundera *La insoportable levedad del ser*.

La pregunta inocua de la estudiante expresaba con exactitud la naturaleza seductora del *kitsch*. Rara vez somos conscientes de nuestro propio *kitsch*. Está a nuestro alrededor, lo respiramos como el aire, vive con nosotros como parte de nuestra vida cotidiana, de feo se transforma en bonito, de aberrante se convierte en canon estético.

Sobre el *kitsch* americano no sé mucho. No conozco todas sus facetas. Solo sé que, en Estados Unidos, el *kitsch*, la basura, el *trash* es lo más exquisito. A veces imagino América como un aspirador gigantesco, que aspira todo a su paso y al dar la vuelta expulsa fardos seductores de basura. El *trash* se ha elevado aquí a la categoría de principio cósmico: la basura se produce para consumirla, la basura se expulsa para ser de nuevo producida. El *trash* está por doquier, el *trash* es el código genético de la especie humana que Estados Unidos ha reconocido con mucha claridad. Su fuerza está en su indestructibilidad, en su elasticidad, en las posibilidades de

transformación y mimetismo, en su reciclabilidad. La fuerza de la basura anida en nuestra necesidad de ella. Ella está dentro de nosotros, indestructible como las células grasas. Uno puede adelgazar tanto como quiera, pero las células grasas están ahí, esperan su momento para la revitalización. El *trash* es expansivo, el *trash* tiene un alma persistente y los hábitos del desierto. En ecología, el proceso se denomina *desertificación*. En ecología cultural, el proceso se llama *trashización*.

Paul Fussell, uno de los más lúcidos «ecologistas culturales» estadounidenses contemporáneos, ha dado con una definición ampliada de la basura, el término *BAD*. El malo corriente o *bad* se diferencia del *BAD* de Fussell. Entonces, ¿qué es el *BAD*? «Es algo falso, torpe, carente de ingenio y de talento, vacío o aburrido, que a muchos americanos les puede resultar genuino, bonito, inteligente o fascinante[6]». Por lo demás, identificar el *BAD*, estar siempre atento, le ofrece a uno la satisfacción de sentirse vivo en tiempos en los que «proliferan el vacío desenfrenado y la basura». Fussell dice que una cosa que evidentemente es mala no seguirá siendo mala durante mucho tiempo, porque alguien tendrá una ocurrencia, y el *bad se* elevará al *BAD*, y empezará a ser elogiado por doquier como valioso, como deseado.

Por mucho que se esfuercen los antropólogos, los ecólogos culturales como Paul Fussell, los *media ecologists* como James B. Twitchell, y diversos expertos en la ciencia de la basura (*garbageology*), la basura, el *kitsch*, el *junk*, el *trash*, el *BAD* son solo el reflejo del mismo proceso imparable. En este tiempo posmoderno desintegrado, fragmentado, que borra todas las fronteras y jerarquías, que a través de su estructura de espejo universal otorga derecho a todos y a todos concede el derecho a cualquier cosa, en este tiempo de personalización, tiempo de desaparición de límites entre lo «sublime» y lo «ordinario», entre el arte y el no arte, en este tiempo de indiferente bulimia consumista, tiempo de atrofia de sentimientos, la basura tiene todas las puertas abiertas de par en par, la basura penetra todos los poros de la vida.

Una tarde, al regresar en coche de un concierto, Norman y yo

nos quedamos perplejos ante la imagen que surgió de un oscuro túnel y golpeó contra el parabrisas, cual pesadilla repentina. En la lobreguez del túnel nos aguardaba un montón de osos panda de peluche que esperaban a su transportista. Pandas de todos los tamaños, con caras de una afable muerte blanca y negra, tirados en un montón como cadáveres, este *kitsch* de peluche, que nos mostró su rostro en el oscuro subterráneo, parecía una suerte de resumen, un resplandor holográfico de nuestro presente global.

La basura en Estados Unidos es la más exquisita. Si hay que elegir entre *kitsch, poshlosty trash*, entre *bad* y *BAD*, elijo la basura simple y no pretenciosa. El *trash*, la basura que no esconde su naturaleza, que es inequívoca y vulgar. Cuando me apetece este tipo de basura, compro palomitas y el *Weekly World News*, mi periódico americano favorito, me apoltrono en el sillón y leo. Me echo rítmicamente palomitas a la boca y engullo la lectura: aquí me puedo enterar de que Elvis Presley sigue vivo, de lo que da testimonio el cura Sam Beatty; puedo enterarme de que Gary Cormier ha construido un submarino en su garaje; de que Claude Marquezy, atracador de bancos al que mataron hace varios años, continúa robando como fantasma, dejando sus huellas dactilares a los impotentes policías; me entero de que animales domésticos muertos vuelven a casa como espíritus; me informo sobre un asesino ruso que ha despedazado a un centenar de mujeres y niños; sobre animales que reaccionan a señales de ovnis; leo que JFK sigue vivo; que la mujer más delgada del mundo está embarazada; que un hombre congelado en 1936 ha revivido; me puedo informar sobre cómo contactar con mi ángel de la guarda; puedo enterarme de que el año que viene los extraterrestres atacarán la Tierra, como me garantiza el astrónomo Martin Stack; puedo leer algo sobre el mejor cirujano del mundo, el doctor Enrique de Paredi, que está ciego; sobre Gary Kosowski, profesor que ha asesinado a sus colegas en el colegio con caramelos de navidad bañados en veneno; me puedo instruir sobre cómo llamar por teléfono desde la tumba y a la tumba; conocer todo sobre la silla maldita que, desde 1702 hasta hoy, ha matado a sesenta y tres personas; sobre Wes Haskins, que engulle tres cajetillas de

cigarrillos al día; sobre cuerpos muertos de astronautas chinos que dan vueltas alrededor de la Tierra; sobre todas la pruebas que confirman la vida después de la muerte; sobre salamandras humanas; sobre Ruth Lawrence, que cada segundo engorda un gramo; sobre cómo dentro de pocos días un terremoto partirá la Luna por la mitad; sobre la conocida hermafrodita Anna Malreaux, que se ha fecundado a sí misma y ahora espera un hijo; puedo leer la auténtica confesión de un caníbal cuya comida preferida son los niños porque saben a pescado… Y cuando me harto de todo esto, puedo, aplicando los consejos del Swami Suddhanami Bundara, salir volando. Solo tengo que estar relajada, visualizarme a mí misma en pleno vuelo, contener la respiración, concentrarme en los movimientos, visualizar el lugar de destino y procurar mantenerme en el aire tanto tiempo como pueda…

La televisión americana produce *life-style*, forma gustos, emociones, pone en circulación nuevos temas. Y así es como, en el aluvión de la nueva sensibilidad americana, sentimentalidad no oculta, en la nueva relación «cualitativamente mejor» con la vida, percibo con claridad la forma en que el modelo televisivo se reproduce en la vida cotidiana y se convierte en *kitsch*. En Middletown hay una tienda que regentan italianos. El dueño se llama Romeo. Y todo es como debe ser, todo es en la realidad tal como se ve en las series que tratan de un vecindario cálido, simpático, donde se mezclan diferentes etnias. Y mientras espero en la cola para comprar mi *mozzarella*, no estoy segura de si esta es la vida que ha inspirado a las series televisivas o de si se trata de una vida inspirada por las series. Como ya he dicho, todo es como debe ser. El italiano es impertinente, ceñudo, gruñón, avaro en sus respuestas. La cliente delante de mí pregunta con voz zalamera qué tal es la ensalada hoy, y oiga, Romeo, ¿hay que añadir albahaca a la *mozzarella*?, y, si hay que hacerlo, dígame, Romeo, ¿esta de aquí es fresca?, y, Romeo, ¿qué pasa con estas aceitunas?, ¿y cómo están las alcachofas?, ¿y cómo les va a los niños, Romeo?… Y mientras aguardo en la cola rechinando los dientes, yo, europea del Este, a la que las conversaciones en las colas le repugnan, contemplo enfadada

la escena que se desarrolla entre dueño y cliente. Vivo la escena como una «obra de teatro en un acto», como una guía dramatizada sobre relaciones de buena vecindad, sobre charlas, como un *manual* para mantener una conversación breve y cordial, para establecer relaciones anticuadas y amistosas con «tu carnicero», «tu frutero». Frente a mis ojos tiene lugar el ejercicio de algo perdido hace mucho tiempo, una suerte de imitación de sentimientos vetustos, el intento de instaurar algo que nunca ha sido nuestro, un entrenamiento de nostalgia, actuación, *kitsch*. Y si por un instante cambio de perspectiva, del episodio descrito se desprende una soledad devastadora: tanto la del comprador como la mía, el observador. Y por un momento me golpea el pensamiento: ¿no es el propio *kitsch* una invitación a superar la soledad, una invitación a una comunidad cálida, segura?

«La nueva diosa del Aburrimiento cabalga imparable, junto con sus escoltas: Avaricia, Ignorancia y Publicidad. (…) En resumidas cuentas, el BAD ha recibido tal impulso que ya nada lo puede parar, incluso si decidiéramos volar por los aires las escuelas de magisterio; nacionalizar las compañías aéreas; volver a poner la nota media por debajo, y no por encima, del notable; reinstaurar el latín en la educación secundaria; dejar de humillar a los niños llamándolos "críos" y a los policías llamándolos "maderos"; eliminar las competiciones atléticas entre universidades; abandonar la costumbre nacional de fanfarronear; aumentar los impuestos sobre las ganancias del capital; enseñar a las nuevas generaciones a burlarse de la publicidad y a despreciar la astrología; construir puentes que no se derrumben; dejar de ir al espacio; convencer a las personas cultas de que la crítica es su principal tarea; hablar y escribir inglés y otros idiomas con un mínimo de gusto y sutileza; incorporar a las personas sin hogar en un nuevo Cuerpo Civil de Conservación; producir películas inteligentes; desarrollar en las fuerzas navales estándares más altos de valentía y disciplina; editar periódicos nacionales sofisticados; tener agallas para responder NO cuando el camarero de un restaurante malo (BAD) nos pregunte si nos ha gustado la comida; liberarnos de la psicosis autocomplaciente de la

Guerra Fría; mejorar la ortografía de los letreros públicos y la estética de las esculturas públicas; reunir a personas con talento para que diseñen la moneda y los sellos de correos; desarrollar la televisión al margen de los intereses comerciales. Como es improbable que estas cosas sucedan, lo único que nos queda es reírnos del BAD. De lo contrario, tendremos que llorar», dice Paul Fussell.

A diferencia de Fussell, yo creo que hay esperanza. Lo que me consuela del *trash* americano es el hecho de que todavía cuesta dinero. Yo temo la basura gratuita. Lo gratuito es lo peor: no lo elegimos, nos elige a nosotros.

El otro día Norman me invitó al cine. Acostumbrada al *Dutch treatment*, desenvainé el monedero cual espada.

—No, no es necesario. Te invito yo —dijo Norman, y compró las entradas. Vimos la película *Tomates verdes fritos*, un producto nuevo, más sofisticado, del *soap* americano. Lloramos como niños pequeños. Norman moqueaba en mi hombro, acordándose de su madre, Edith, en Detroit, y de su abuela, Ellen, en una residencia de ancianos. También yo sollozaba. Al salir del cine, Norman me miró con tristeza y con voz ronca dijo…

—*By the way*, me debes siete dólares por la entrada.

En vez del más que necesario pañuelo, saqué obedientemente el dinero del bolso. De todos modos, ya no necesitaba el pañuelo. Me estaba tronchando de risa.

# REPORT

EL 20 DE MAYO DE 1992, alrededor de las 23:00, en las calles 81 y 82 Oeste con Broadway, en el Teacher's Cafe, se cometió el hurto de un bolso femenino (*purse*) en el que había doscientos dólares, una agenda, un talonario (*cheque book*), una tarjeta de crédito (*bankcard*), varias llaves (*keys*), un documento de identidad (*personal ID papers, social security papers*).

Este informe (*complaint report*) lo redactó una agente de policía cansada, en una comisaría cochambrosa (*Grand Larceny*), iluminada por una luz turbia, grasienta. El nombre de la agente que tecleó con indiferencia el informe, el último de esa noche, era Jones (*complaint report prepared by Jones*). La persona a la que le robaron el bolso era yo. La reconstrucción de los hechos en el informe de Jones aparecía como sigue:

*At t/p/o, complt. states above did approach her table asking for money. Complt. states she gave her a token and her bag was next to her feet on the floor. Perp. picked up her bag and fled. Complt. able to identify perp.*

¿Y qué ocurrió en realidad? Una persona robó el bolso de otra persona. Si esto es el suceso, ¿es el *report* de la agente de policía Jones la verdadera descripción del hurto banal de un bolso?

También yo intento redactar mi informe. Al fin y al cabo, el bolso me lo robaron a mí.

Norman, Madeline y yo deambulamos por el Upper West Side en busca de un restaurante. Es el cumpleaños de Norman.

—También es el cumpleaños de Goran —digo.

—¿Quién es Goran? —pregunta Norman.

Y mientras explico quién es Goran, Madeline nos para con decisión y propone que nos sentemos en el Teacher's Cafe. Nos sentamos fuera, una pequeña valla nos separa de los transeúntes. Charlamos de todo un poco y, a propósito del cumpleaños de Norman, sobre cómo la vida empieza a los cuarenta.

—Recuerdo que tenía catorce años cuando leí en alguna parte esa frase. Entonces me llenó de un horror nebuloso. Hoy no siento nada —dice Norman.

A nuestro lado pasa una vieja mendiga y se fija en nuestros platos.

—¡Oh, coles de Bruselas! —dice afable inspeccionando mi plato —. No me gustan las coles de Bruselas. George y yo no soportamos las coles de Bruselas —dice alegremente, y sigue su camino.

—¿Quién es George? —grito tras ella.

—Bush —dice Norman.

Yo insisto, por algún motivo, en la historia de que hoy en el metro, en la estación de Aston Place, al comprar fichas, los *tokens*, había al lado del quiosco un jamaicano con una sonrisa irresistible. Le di las vueltas. Pero un poco más tarde, en el metro, rechacé darle dinero a un mutilado sin brazos.

—Nadie le dio dinero, tenía un aspecto repugnante —digo.

—Así es la vida, siempre injusta —dice Madeline.

—Aquí los negros suelen dar dinero a los mendigos… —comenta Norman. Luego aparece ella, la negra. La negra se retuerce como una gata, farfulla algo incomprensible, no aparta la mano mendicante. En el bolsillo del abrigo palpo las fichas, las mismas que he comprado por la mañana en la estación de Aston Place. Tengo solo *tokens*, digo. Vale, dice la negra. Le tiendo las fichas metálicas, ella las agarra y se esfuma al instante.

Al cabo de unos minutos me doy cuenta de que no está mi bolso. Nos levantamos de la mesa. Intento recordar en voz alta el contenido del bolso. Agenda, llaves… del piso de Goran, del piso de mis amigos americanos que se han ido de viaje a Canadá, y que me han entregado apenas hace unas pocas horas. En el bolso había

dinero que esta mañana me había prestado Goran. En el bolsillo me quedaba solo una ficha.

Al enterarse de lo ocurrido, el dueño del restaurante no nos cobra. Norman está gratamente sorprendido. Por un instante todos nos olvidamos del bolso. Norman le tiende la mano al dueño. Gracias, dice.

—Es nuestra costumbre en estos casos —dice el propietario con afabilidad.

Nos dirigimos a la comisaría cercana y denunciamos el hurto. El informe lo redacta una agente de policía cansada, apellidada Jones.

Luego vamos al piso de mis amigos, los que se han ido de viaje a Canadá durante unos días, y tocamos el timbre del conserje. El conserje tarda un buen rato en abrir la puerta.

—Seguro que el conserje es yugoslavo, hoy en Nueva York todos los conserjes son yugoslavos —dice Madeline.

—Serbios, croatas, albaneses… —corrige Norman.

Al final el conserje aparece. Explico el caso.

—No le puedo dar las llaves, pero la dejaré entrar en el piso —dice el polaco, malhumorado. Norman y Madeline se marchan.

¿Y qué ocurrió en realidad? Pues que una persona robó el bolso de otra persona. ¿Y es mi informe la verdadera descripción del hurto banal de un bolso?

Hoy, 21 de mayo, estoy sentada en el piso neoyorquino de mis amigos, no tengo llaves, me da miedo salir. Miro a hurtadillas las ventanas de los edificios vecinos, abro el frigorífico, mordisqueo los restos de comida ajena, siento al hacerlo una tibia alegría de ratón, me envuelvo en una manta, me acuesto en una cama ajena. Tengo miedo de que, si salgo, si me muevo, si hago cualquier cosa, tiraré de otro hilo y destejeré el último trapito de realidad que queda. Porque estoy en un piso ajeno, cuyas llaves he perdido, en una ciudad ajena, sin documentos de identidad, sin dinero que, dicho sea de paso, había cogido prestado. Todo se lo ha llevado una negra gata callejera que lo ha arrastrado a la cálida noche neoyorquina. Remuevo en mis pensamientos cada detalle del día de ayer, como si los estuviera removiendo en el bolso perdido. Compongo mentalmente el

rompecabezas: coloco las piezas del día como si fueran símbolos de la pérdida. Y como si cada trocito complementara y explicara el otro. Leo el día de ayer como lee una adivina la palma de la mano. Pienso que las cosas significan más de lo que significan y que, al fin y al cabo, el lenguaje policial de la agente Jones es la única forma de describir el suceso. Su lenguaje confirma que la realidad existe. Cualquier otro la anula. Y en mis pensamientos redacto mi informe desde el principio…

El piso de Goran es pequeño como una caja. Goran guarda debajo de su cama una cama supletoria en la que duermen los huéspedes de paso. La única huésped de paso soy yo. Por la mañana, cuando Goran se prepara para ir al trabajo, yo me quedo en la cama; cualquier movimiento mío reduciría el, de por sí, pequeño espacio. Aún medio dormida le cuento a Goran mi sueño. He soñado con una gata de color melocotón, vestida con una bata de seda rosa. Ayúdame a quitarme la bata, no puedo caminar con ella, dijo la gata. De acuerdo, dije. De todos modos, se ensuciaría, pensé, mientras sujetaba en la mano el trapito sedoso. Observé con tristeza durante un largo rato a la gata que se alejaba y las pisadas de sus patas en el polvo. Desearía ser como esa gata, le digo a Goran desde la cama. Descríbela, dice Goran. No puedo, contesto, en sueños las cosas son maravillosas u horribles, pero no son descriptibles. Tal vez tienes razón, yo me río a menudo en sueños, pero nunca sé de qué, dice Goran.

Me quedo dormitando en la cama un buen rato después de que Goran se haya ido al trabajo. Invoco los sueños, los prolongo, los estiro, los expando, los trago con dificultad como hilaza seca de algodón de azúcar. Siento cómo el sudor me corre por la nuca. A través de las ventanas y de las paredes penetra el ruido neoyorquino. Las tenazas 3H, *hot-humid-hazy*, oprimen Nueva York. Hay que levantarse, hacer algún plan para hoy, hay que recoger las llaves a las cinco, comprar un bolso, guardar algunas cosas dentro. No permitir que las 3H derritan mi voluntad, que me conviertan en masa narcoléptica, que me acunen en un duermevela tropical…

Al mediodía camino por la Calle 14. La calle reluce, me

escuecen los ojos a causa del fulgor de la luz. La carne humana rueda hacia mí, caras recubiertas por una película grasienta, un trasero ancho ceñido por una falda de poliéster barato, pelo oxigenado de raíces oscuras, brazos rollizos, sudor que impregna la camisa… Como una picadora de carne invisible, la raza de los sudorosos, grasientos, de piel oscura, me arrastra a su embudo, la raza que vende *hot-dog* en las esquinas de las calles, que hurga entre las rebajas buscando alguna prenda, una raza que arrastra y desparrama, compra y vende su tesoro barato: trapos, ropa pasada de moda, brillantes sandalias plateadas salidas de quién sabe qué rincón del mundo, corbatas, ropa de cama, alfombras, menaje del hogar, alimentos… Una raza que aprecia el cuero, las cazadoras de cuero, los bolsos y cinturones de cuero. Las mujeres de esta raza llevan zapatos de tacones altos torcidos y, a menudo, finas cadenitas en los tobillos que brillan a través de las medias baratas de nailon; los hombres suelen tener el trasero bajo y llevan al cuello cadenas de oro. Una raza que adora los anillos de ganga; pulseras y cadenas de oro relucen por doquier. Una raza que compra y vende aparatos de audio y vídeo, altavoces, radios. Una raza que en cualquier parte del mundo vende y compra relojes, una raza que, con estos relojes como objeto de culto, llega a todas partes. Una raza que, incluso cuando disimula, incluso cuando pertenece a otra órbita social, se delata porque, seducida por la señal secreta, irresistible, se para junto a sus vendedores. Una raza que en el mercado de Zagreb repite con voz gangosa «relojes, relojes, relojes», una raza que, con esta misma voz, con la misma entonación, con la misma mirada oscura, vende droga barata en Washington Square. Una raza que protege al resto del mundo del olvido total, una raza de museo que hace música con sierras, da vueltas al organillo, toca el arpa de boca, que baila tango argentino en el metro de Nueva York. Una raza que vende diminutos objetos mágicos: navajas, abridores, cortadores de patata, productos milagrosos para la limpieza de todo tipo de manchas. Una raza que vende humo: gomas para recoger el pelo, globos, monos de peluche que tocan los platillos, ranas de plástico que nadan en piscinitas sucias, polluelos de metal que picotean el asfalto. Una raza

que siempre y en todas partes del mundo vende y compra bolsas, grandes maletas de emigrantes que, sujetas con cadenas, aguardan delante de las tiendas, y en las que uno puede colocar toda su vida, bolsos de todo tipo, monederos; una raza que parece no hacer otra cosa que comprar estas bolsas y maletas, que parece no pensar en otra cosa que en comprar una maleta y salir de viaje en dirección desconocida para luego presentarse en otro sitio. Una raza que predice el futuro en la calle, lee en la palma de la mano o en las cartas, que da vueltas a bolas de cristal y lee el destino de este mundo, una raza que mueve la bolita bajo los cubiletes en todas las partes del mundo, que se dedica a pequeños timos, una raza que hace trucos, que mendiga, una raza que suelta sus gritos, que mezcla idiomas, que riega mi oído con sonidos que parecen cera caliente. Una raza que es sucia, cálida, desdentada, que alimenta Nueva York, que la nutre de sangre, que llena sus capilares, una raza que señala claramente la diferencia, una raza que desprecia su cara limpia, ordenada, blanca, fresca, gélida, su cara refrigerada, aséptica, su otra cara.

Es mediodía, camino por la Calle 14, esa a la que rechaza bajar el protagonista de la novela de Jay Mclnerney, porque no tiene visado *lowlife*. Yo camino libre, yo tengo visado, ellos son de los míos, los huelo, sé lo que dicen y cuándo hablan árabe, ruso, español, turco, griego, polaco… ubicados en el Canal, en la 14, en el Lower East Side, Orchard, Delancey, Bowery, en Chinatown, en Harlem, en los lindes de Manhattan, entre las avenidas C y D, brotan por doquier como toperas en céspedes cuidados, circulan por las arterias amarillas, rojas, verdes, azules de la ciudad subterránea.

Camino al mediodía por la 14, compro frutos secos al vendedor ambulante, como ávida, con ansia bulímica. Entro en las tiendas, el pensamiento de que hay que comprar un bolso pulsa rítmicamente en mi cabeza atontada, hablo con los comerciantes, ofrecen, rebajan, se enojan. Me paro junto a los vendedores de humo, aquellos que, en el espacio más reducido, en pequeñas sillas plegables, en algún murete de hormigón, en el asfalto desnudo, disponen sus diminutos accesorios mágicos: una bolita y tres cubiletes. Sigo la bolita, este

veloz ratón espumoso, aquí está, digo, destapa el cubilete, la bolita descansa en el sitio como una promesa, ha acertado, dice, aquí tiene el dinero, vamos otra vez… Me envuelve con las palabras como si fueran algodón de azúcar, la bolita trepida, huye, desaparece, aparece, la muchedumbre suspira, suelta sus voces, por nuestras espaldas corre un sudor conjunto.

No he comprado el bolso. En su lugar he comprado frutos secos. Me los he comido. He deambulado por las calles extenuada por el calor. Le he dado el dinero al jamaicano de sonrisa irresistible.

—*Good luck* —me ha dicho por alguna razón el jamaicano.

He vuelto al piso de Goran. No he cogido más que el cepillo de dientes y el camisón y he parado un taxi.

—¿Le duele la cabeza? —pregunta el chófer.

—No, ¿por qué lo dice?

—No para de frotarse las sienes —contesta.

En el retrovisor veo sus ojos verdigrises. Un pañuelo sobre la frente, sonrisa irresistible. De repente me inunda el pensamiento cansino de que estoy envejeciendo. Bajo del taxi. *Good luck*, dice por alguna razón el jamaicano blanco.

—*Good luck* —digo, y por un momentáneo ataque de vergüenza inexplicable le dejo una propina mayor de lo debido.

Encerrada en un piso ajeno, redacto en mi cabeza el informe, hago una lista de los episodios del día de ayer como un guion, calculo el minutaje, cuido el ritmo, añado, repito. Dos cumpleaños, dos sonrisas irresistibles, dos bolsos, el no comprado y el robado. Y no logro encajar la historia en un *report* lógico. Pero en cambio siento que en este mundo todo está vinculado. También los mundos más lejanos están enlazados por hilos secretos. La raza sudorosa de la Calle 14 hace rodar las bolitas veloces, ocultándolas con los cubiletes, la raza sudorosa teje, enrolla las miradas de los transeúntes alrededor de las bolitas, hace encantamientos, tima, astutos prestidigitadores sudorosos ejecutan su arte barato, sin saber que quizá al mismo tiempo están moviendo mundos…

Con la vista clavada en la noche neoyorquina, pienso que el hurto era el fin natural de la historia de ayer, de un guion

incomprensible que en el caluroso día habían escrito las 3H. Pienso en mi hermana negra. Tal vez hoy mismo ella lleva mi nombre, quizá a partir de mañana me toque mendigar por las calles de Nueva York enroscándome alrededor de las mesas como una gata. O lo haré en alguno de mis sueños. Todo es todo. En la blanda noche carnavalesca neoyorquina, sombras negras gatunas recorren la ciudad, hilan y deshilan, enlazan los hilos con pequeños nudos fatídicos. En la blanda noche neoyorquina, las estrellas tintinean como las fichas del metro, se deslizan silenciosamente de bolsillo a bolsillo, brillan como la sonrisa del jamaicano. Lo negro es blanco, lo blanco es negro, la ganancia es pérdida, la pérdida es ganancia. Nueva York resplandece como un rompecabezas milagroso. He dejado que la gata de mi sueño se marche a hurtadillas sin la bata de seda. Quizá ella, como en el antiguo cuento chino, haya soñado conmigo. En algún punto en el límite entre la vigilia y el sueño se establece el balance, se compone el rompecabezas, en algún punto se pagan todas las cuentas pendientes.

Es lo que pienso esta noche. Y mañana, para sobrevivir, reduciré la realidad al idioma comprensible de la agente de policía Jones. Porque cualquier otra cosa sería un cuento de hadas.

# COCA-COLA

EN EL TRAMO MAS ELEGANTE DE LA QUINTA AVENIDA abrió hace un tiempo el Coca-Cola Fifth Avenue, una tienda nostálgica de recuerdos de Coca-Cola. Allí se pueden comprar llaveros, cubos de basura, paraguas, camisetas, corbatas, gorros; todo, por supuesto, con el logo registrado de Coca-Cola. También se pueden comprar réplicas de un refrigerador para Coca-Cola con aparato de radio integrado, relojes, juguetes, latas de Coca-Cola danzantes con gafas, pines, *frísbees*, pelotas, botellas conmemorativas de Coca-Cola que salen de máquinas expendedoras de Coca-Cola dignas de estar en un museo, casetes con música de Coca-Cola (Coca-Cola *ragtime, bush*, vals, polca). Se pueden comprar *souvenirs* como vasos, posavasos, bandejas, platos; por supuesto, todo en los consabidos rojo y blanco oficiales. Se pueden comprar anuncios de Coca-Cola en todos los idiomas del mundo, carteles y libros: guías de las botellas de Coca-Cola (*The Mix Cuide to Commemorative Coca-Cola Bottles*), la historia del producto (*Coca-Cola - The first l00 years; The Chronicle of Coca-Cola since 1886*), una enciclopedia para coleccionistas de recuerdos promocionales de Coca-Cola (*The Encyclopedia of Coca-Cola Collectibles*), una monografía sobre las modelos de Coca-Cola (*The Ladies of Coca-Cola*), y al final un libro sobre Coca-Cola, la *Superstar*. Se pueden comprar latas especiales de Coca-Cola que ha fabricado la NASA para el consumo de esta bebida dulzona en estado de ingravidez. Se pueden leer las últimas palabras de un tal J. P. Day, que dijo mientras agonizaba: «¡Me muero en paz porque sé que tendrán Coca-Cola en el cielo!».

En la cabina roja con forma de lata de Coca-Cola, se encuentra un ordenador interactivo. Al tocar la pantalla con un dedo se abren «ventanitas» con temas de la historia centenaria de un producto. La historia de un simple refresco, cuyos ingredientes son un 90 % de agua y un 10 % de azúcar, un poco de caramelo, cafeína y CO2, se convierte en la historia del dinero, de los negocios, del progreso industrial, de una ideología, de los medios, de la cultura, de la historia de la civilización moderna. En el mismo año de 1886, Estados Unidos dio al mundo la estatua de la Libertad y la Coca-Cola. Una idea y un magnífico chupete.

Y mientras toco con el dedo la pantalla y a la vez tomo el empalagoso líquido marrón rojizo, enchufada a la megacirculación sanguínea de trescientos cincuenta millones de personas en ciento cincuenta y cinco países del mundo, mientras bebo la sagrada Nada y armonizo mi pulso con el pulso de millones de personas, de repente me parece ver algo en la pantalla: en un reflejo holográfico fantasmal, diviso el destello de un puñal.

Según cuenta una famosa historia del lejano norte, escribe M. B., poeta cuyo poema cito en prosa, los cazadores de lobos mojan un puñal de doble filo en sangre, la empuñadura en el hielo clavan y lo dejan en el desierto nevado. El lobo hambriento huele la sangre a lo lejos, sobre todo en el aire puro cortante, bajo los altos astros escarchados, y encuentra rápido el anzuelo ensangrentado. Al lamer la sangre helada se corta la lengua y su cálida sangre del filo helado lame. Y no es capaz de parar hasta que, hinchado de su propia sangre, desfallece. Si así son los lobos, tan difíciles de cazar, cómo serán entonces los hombres e incluso los pueblos enteros, sobre todo el nuestro, que de su propia sangre no puede saciarse. Y antes desaparecerá que reconocer que el puñal ensangrentado será el único monumento y crucifijo que quede sobre nosotros.

Los versos del poeta serbio M. B. se publicaron en *Književne Novine* en 1989. La metáfora poética se dio prisa en volverse realidad. La palabra proferida se escapó de la boca, del huevo de la serpiente nació un Gran Mal. Y un día, cuando la realidad se convierta de nuevo en metáfora, sobre las manchas de diferentes

colores en el mapa quedarán los símbolos, como sus monumentos y crucifijos. Coca-Cola aquí, el puñal allí. Aprisionada entre dos símbolos, uno que me mostró su risa sarcástica en el repentino destello holográfico del ordenador y este otro, cuya réplica agarro en la mano sorprendida por la imagen en la pantalla, me quedo quieta temblando. Atrapada en un fulgor casual de dos culturas: una que transforma la nada en *real thing* y otra que convierte *real things* en nada; una que a partir de un despropósito crea su historia y otra que transforma su historia en un despropósito; una que convierte una botella corriente en un templo, otra que hace añicos sus templos como si fueran cristal; una que aboga por el futuro, otra que invoca el pasado; una que ondea con los colores rojo y blanco, otra que se envuelve en negro; una que defiende la fraternidad internacional con agua azucarada, otra que aboga por la fraternidad a través de la sangre, yo me inclino por la primera. Esta segunda se ríe socarrona desde la profundidad holográfica con sus eslóganes. *Have a Knife and smile. Knife is it. When Knife is part of your life, you can't beat the feeling. Knife adds life. Things go better with Knife — Knife is the real thing. What you want is a Knife. Knife is just right. Knife… the pause that brings friends together. Wherever you go you'll find Knife. Knife… after Knife… after Knife…*

Aprisionada entre dos símbolos, entre dos culturas, una que convierte la nada en *real thing* y otra que transforma *real things* en nada, yo me arrodillo ante la primera. Apuro el vacío caramelizado, el dulce líquido rojizo fluye por mis venas, alimenta los capilares de este mundo. Nosotros somos vasos comunicantes, nosotros somos una megacirculación sanguínea, nosotros los trescientos cincuenta millones…

Salgo de la tienda y dirijo mi cuerpo hacia Central Park. Siento en el estómago una náusea dulzona, me siento reconciliada. El puñal que surgió en el fulgor repentino ha desaparecido. Camino hacia Central Park y susurro. Bendita seas, sagrada botella, Coca-Cola, gracias a John S. Pemberton, que te concibió, a Asa G. Candler, que te legó su fe y sus fondos, a Frank Robinson, que te dio el nombre, a Joseph A. Biedenharn, que te metió en una botella. Bendito seas,

vacío sagrado, mito, simulación, bendita seas, Idea, Coca-Cola, *Superstar*. No necesito la realidad. ¡Lo daré todo por tus burbujas!

# CAPPUCCINO

ME ASUSTA EL TERCIOPELO. El terciopelo es ambiguo, cálido y seductor. Por la noche, el asfalto neoyorquino de cristal pulverizado resplandece como terciopelo. Los vagabundos envueltos en sucios andrajos se empapan del brillo del pavimento y centellean en la oscuridad cual misteriosos mensajeros del espacio exterior. Por la noche, el ruido es aterciopeladamente sordo. Los sonidos duermen tras pesadas persianas metálicas. Cuando por la noche baja la última, un estruendo atroz hiende el aire, y luego todo vuelve a calmarse. El cálido asfalto absorbe los sonidos como terciopelo. Si me encuentro a altas horas de la noche en la calle, camino con mucha cautela porque en la oscuridad el mundo escapa a mi control. La ciudad me envuelve como terciopelo caliente y me entra el miedo a quedarme siempre aquí, a echar raíces en el asfalto, a fundirme con él. Me asusta el terciopelo, digo. Porque el terciopelo es ambiguo, cálido y seductor, como la locura.

Sin embargo, me gusta la mañana. Las formas son sólidas, los ruidos claros, la ciudad recobra la vida con sus líneas verticales y horizontales agudas, luminosas e inequívocas. La mañana ahuyenta como la aguja de la brújula las sombras aterciopeladas de la noche. Por la mañana, el mundo vuelve a estar bajo mi control. El cuadradito en mi *organizer* determina mi trayectoria hasta el mediodía: 11:00, reunión con Sally.

Instalada en el café Borgia, con la mirada en el pan recién hecho del pequeño escaparate verde claro de la panadería Vesuvio, pido el primer *cappuccino* de la mañana. Así sentada soplo la espuma

recubierta de herrumbre de canela y controlo la vida callejera. Por la calle pasan perezosamente sus habitantes. Vestidos con el primer trapo que han cogido, bajan hasta la primera tienda en busca del desayuno y del periódico o sacan de paseo a los perros. El sol de la mañana se arrastra remolón por las fachadas de las casas. En los escaparates se exhiben objetos irisados: en uno, una cabeza equina dorada, en otro, hierba fresca, en el tercero, arbolitos pintados de plata, en el cuarto, un ángel de madera con una gorra de béisbol en la cabeza. Pasa un joven cargando un violonchelo, otro camina apurando la bebida de una lata, por la calle transitan ciclistas, turistas, de alguna parte surgen unos trabajadores que sacan y meten paquetes, todos se suceden y entremezclan como naipes en las manos de jugadores invisibles.

Me tomo el *cappuccino* y controlo la vida callejera. Como cartillas escolares móviles, pasan camiones con letreros: C de Casalino, R de Riteway Laundry, M de *Milady*'s, W de Wellcraft. Bailan los colores: verde chillón, rojo chillón, rosa, azul marino; bailan las flechas verdes y blancas y los diamantes rojos de las señales octogonales de *stop*. En las tintorerías chinas repican en finitas perchas de alambre trajes envueltos en plástico transparente, las escaleras de incendio se enroscan alrededor de las casas como negras hiedras metálicas, despuntan antenas y depósitos de agua, rugen camiones y coches, tintinean botellas, aúllan sirenas de bomberos, en el oído desembocan los idiomas de los transeúntes.

Me tomo el *cappuccino* y controlo la vida callejera, reconstruyo en la cabeza las trayectorias, palpo el pulso, me someto mentalmente al ritmo *walk — don't walk*. En Washington Square, acurrucados en los bancos, duermen los vagabundos, las madres llevan a sus hijos al parque, con una cansada resignación matutina pasan niños, camellos, estudiantes, borrachos, culturistas, jugadores de ajedrez… *Don't walk*. La rubia grandullona, propietaria de la tienda Pandora's Box, rodeada de estatuas de ángeles de escayola, levanta el auricular del teléfono en forma de zapato femenino rosa. *Walk*. En la cancha, unos jóvenes juegan al baloncesto, los observadores perezosos sacan de las bolsas de papel marrón el refrigerio de la mañana. *Don't walk*.

Niños negros limpian cristales de coches en el cruce. Las fosas nasales aspiran el aroma intenso de la marihuana. Un muchacho aspira la última calada en una esquina, tira la colilla y desaparece. *Walk*. La grasienta pintura al aceite se derrite al sol, se descascarilla de los postes estriados. Las nubes navegan indolentes por el cielo. En lo alto de un edificio, los operarios pintan con brochas *Girls love boys*. La brocha acaricia la letra L. *Don't walk…*

Palpo mentalmente el pulso de la ciudad, siento el calentamiento gradual del pavimento, pronto irrumpirá la neblina asfáltica que todo lo hace posible.

Miro la hora. Las agujas marcan las 11:20. El asfalto a mi alrededor desprende calor. Soplo con calma la espuma recubierta de herrumbre de canela de la segunda o de la tercera taza de *cappuccino*, enciendo un cigarrillo y, mira, ya viene Sally a mi encuentro. Intercambiamos besos, se sienta. Con sus labios carnosos, de cuyas comisuras se deslizan dos arruguitas hacia abajo, Sally articula las palabras ordenadamente, como pompas de jabón. Los niños se han hecho mayores y se han independizado, el marido la ha abandonado, y en un momento todo escapó a su control, dejó de fumar, eso ayudó un poco, y luego John enfermó de sida, su mejor amigo, homosexual, escritor como ella, y entonces llegaron también los mejicanos… ¿Qué mejicanos? Los trabajadores de la limpieza, primero llegó una familia, detrás llegaron sus hermanos, catorce, ahora los catorce están aquí, limpian el colegio, limpian nuestra mierda, dice Sally. Estaban tan desamparados, no sabían ni una palabra de inglés, ni sus derechos. Ella se ha encargado de todo, ha corrido con los gastos, todo gratis, les enseña inglés, y ahora ellos la han arropado, le han comprado un pavo de *Thanksgiving*, ¿por qué los extranjeros piensan que este pavo es un objeto de culto americano?, ella personalmente no soporta la institución del pavo de *Thanksgiving*, sobre todo desde que su vida se hizo añicos, desde que los niños se hicieron adultos y desde que todo escapó a su control. En fin, están muy apegados a ella, es su brújula en la oscura vida del emigrante; acuden sin cesar, cuando lo pasan mal, cuando ella lo pasa mal; hay algo cálido en esta especie mejicana, y también

le ha emocionado el pavo, en particular cuando recuerda que los pobres no tienen dinero, ahora tiene la casa llena, la vida se le ha hecho añicos, ya no hay orden, ni paz, ni sueño, todo ha escapado definitivamente a su control. Los mejicanos a menudo lloran, cantan, se ríen, es extraño este pueblo mejicano, también lloraron con ella cuando murió John, aunque no lo conocían. John era un talento divino, Dios mío, cuánta gente muere aquí de sida, ni te lo imaginas, lo de John fue horrible, le costó mucho superar la pérdida…

Veo cómo las dos arruguitas tristes en el rostro de Sally se le contraen en la boca como dos pinzas invisibles, ahora comenzará a llorar.

—¿Cómo avanza tu novela? —pregunto.

Ah, ha ocurrido un milagro, en realidad, todo empezó a marchar cuando murió John. Algo se rompió en su fuero interno, se despertó una noche y, aún medio dormida, en camisón, se sentó frente al ordenador, no se apartó de la pantalla durante tres días y tres noches, y escribió, escribió las primeras cien páginas en español, y allí, en realidad, la cosa empezó a marchar, allí comprendió que no estaba perdida, que recuperaría el control sobre su vida, que escribiría su novela.

—¿Tú sabes español? —le pregunto maravillada.

—No. ¿Por qué lo preguntas? —dice Sally.

Y yo advierto en el destello de sus ojos un oscuro brillo seductor aterciopelado.

—No lo sé, porque sí… —digo.

Un vistazo al reloj muestra que son las 14:35. Una pequeña mesa en el café Borgia, dos tazas de *cappuccino* y nosotras dos, Sally y yo, nos desvanecemos despacio en la niebla densa y dorada del asfalto.

# BAGEL

SI HAY QUE DECIDIRSE ENTRE el *doughnut*, el *muffin* y el *bagel*, yo me decidiría sin pensarlo por el *bagel*. Aunque, lo admito, el *doughnut* también tiene su gracia.

El *doughnut* es un pequeño bollo en forma de anillo, frito en abundante aceite caliente, afirma del *doughnut* el diccionario Webster. El *doughnut* es un bollo popular sencillo y barato. Variantes de esta simple masa fermentada desprovista de imaginación, de este buñuelo con agujero, de esta «coronita» bellamente amasada, han conquistado los *diner*, los congeladores de los supermercados americanos y los puestos de *fast-food*. En su mofletuda bondad, en su saludable color pueblerino, en su sencillo corazón de masa harinosa hay, lo reconozco, algo seductor. Para saborear su modelo original, el verdadero *doughnut*, hay que ir a una granja. Allí pueden verse ejércitos de *doughnuts* hinchados, dorados, que salen audaces de los hornos como de factorías espaciales. La esencia del *doughnut* no consiste solo en su naturaleza simplona, sino también en su sociabilidad. El *doughnut* no se experimenta en singular, porque apenas existe en singular. El *doughnut* es siempre *doughnuts*. Cuando los *doughnuts* comprados en la granja rural se meten en una bolsa de papel, el olor embriagador de la canela provoca en el comprador un leve mareo. Por otro lado, la bolsa no debe cerrarse de ningún modo. El *doughnut*, que ya en sí es un prodigio de corta duración, vive del aire. La falta de oxígeno lo convertirá en un bulto indiferente de masa a duras penas digerible, desprovista de cualquier atractivo.

¿Qué decir del *muffin*? El diccionario Webster nos enseña que el *muffin* es un bollito rápido hecho de huevos y harina, horneado en moldes, que suele comerse mientras está caliente. Yo diría que, aparte del placer oral que provoca pegar el labio superior y el inferior mientras se pronuncia el sonido *m*, y el leve roce de los dientes superiores contra el labio inferior al proferir el sonido de la/doble, el *muffin* no ofrece ni una miguita más. El *muffin* es una papilla infantil, una mezcolanza; el *muffin* es un dulce de pobres y aficionados; el *muffin*, aparte de simplón, es vulgar. Es *nada*, simplemente porque es *todo*. El *muffin* no tiene carácter ni consistencia. El *muffin* muestra una extrema inclinación a desmigarse. Por lo demás, la calidad de cualquier comida se mide con un test sencillo, a saber, ¿puede comerse sola? Plantéese esta pregunta en el caso del *muffin* y de inmediato notará la boca seca. El *muffin* invita a regarlo con un trago de té o de leche. El *muffin* no tiene personalidad, es como el zombi de los bollos.

Como ya subrayé al principio, entre el *doughnut*, el *muffin* y el *bagel*, me decido definitivamente por el *bagel*. El *bagel* no es un dulce, el *bagel* es cosa y alimento. En el caso del *bagel*, no coincido con el Webster, que dice que es un pequeño (¡en absoluto es pequeño!) rollito (¡¿rollito?!) de pan ¡en forma de *doughnut! Doughnut-shaped*, justo así lo dice el Webster, lo que implica que el *doughnut* es más antiguo que el *bagel*, ¡y eso es una sucia mentira! El *bagel* no solo tiene una larga tradición (judía), sino también sus variantes estilísticas en muchos países del mundo, en particular en los eslavos. Esta masa cosmopolita es conocida como *bublica* en Dalmacia, como *bubllk* en Rusia, como *đevrek* en Macedonia y en Bulgaria, en lo que al mundo eslavo se refiere.

El *bagel* es ante todo un ritual. Los domingos hay que acercarse a las pequeñas panaderías judías y comprar una decente cantidad de *bagels*. (Decente, digo. ¡El *bagel* tampoco soporta la soledad!). Luego hay que cortarlo por la mitad, untarlo con mantequilla, y por encima de la mantequilla, como pétalos de rosa, esparcir finitas láminas naranjas de salmón. Esa es la variante clásica, sencilla y elegante. También le va bien el paté de atún, o la variante obrera, más basta,

con arenque fresco y aros de cebolla. Semejante *bagel* matutino es impensable sin la edición dominical del *New York Times*. Hay que extender el voluminoso periódico dominical en la mesa, colocar los *bagels* encima del papel (es importante el olor a pan y a tinta de impresión), soltar migas en abundancia mientras se come, dejar huellas grasientas y permitir que el juego de comida y texto determine la trayectoria del ojo del lector.

La fuerza del *bagel* está en su consistencia, en su manejabilidad. Solo un tonto sostendría un *muffin* en la mano; el grasiento y rugoso *doughnut* también es un insulto para los dedos. El *bagel*, con su corteza lisa, tersa, con su cuerpo firme y redondeado, se adhiere a la perfección al molde que forma la mano. El *bagel* se ajusta a la perfección a la palma, allí se encuentra como en su lecho natural, el *bagel* es un disco divino en la mano humana. El *bagel* juega instintivamente con la mano, con naturalidad, como si fuera un anillo, se mete en el dedo: el dedo se siente cómodo, y el *bagel* está contento. La variante eslavo-turca, el *đevrek,* ancha y seca, se coloca en la muñeca como si fuera una pulsera.

La esencia del *bagel* está en el agujero. La esencia del agujero está en la óptica. Los domingos hay que coger un *bagel* en la mano, dar un paseo hasta Central Park, situarse al lado de la pista donde bailan los patinadores y ponerse el *bagel* en el ojo, a guisa de lente. Observo la escena por el agujero del *bagel*. Si es demasiado pequeño, ahueco la masa, amplío la visión. No hay nada extraño en atisbar a través del *bagel*, y qué más da. Nadie se molesta, no hay por qué. Cuestión de óptica, digo. El detalle, no el conjunto. El conjunto es demasiado grande, ópticamente indigerible, no cabe en el ojo, no llega al cerebro. El detalle se desliza con facilidad al ojo a través del túnel de masa dorada. Al compás de la música, un negro brazo tatuado se desliza por el aire, se desliza un músculo firme como una manzana, se deslizan unas gafas de montura negra y blanca, se desliza una sonrisa amplia, unos patines, se desliza una pierna, un pendiente de oro, se deslizan las miradas… Acurrucada en el agujerito cual ratón en el queso, observo el mundo. Nadie puede hacerme daño. Y cuando me harto, aparto el anillo de pan del ojo,

cambio la óptica, me pliego como un telescopio. Deambulo por Central Park y mordisqueo el *bagel*: una mitad para mí, la otra para los pájaros…

¡Ea, por eso votaré siempre por el *bagel*! Por eso lo antepondré siempre al *muffin* y al *doughnut*. ¡Larga vida al *bagel*! ¡Muerte a ese disparate de huevo y masa harinosa, muerte al *muffin* hueco! ¿Y el *doughnut*? Dejadlo, que se quede…

# DREAMERS

NOS VERÉIS POR DOQUIER: en los bancos de los parques, tumbados en la hierba, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta, acurrucados junto a los muros de las casas, con los brazos doblados bajo la cabeza, nos veréis tapados con cajas de cartón, nos veréis en el metro cubiertos de harapos y, asustados, no sabréis si debajo hay un cuerpo humano o solo su huella fantasmal; nos veréis por doquier. A veces el sueño es tan irresistible que nos acostamos en mitad del camino, no alcanzamos a elegir el sitio, nos sorteáis con desprecio y asco. Nos veréis en invierno dormidos, abrazando las rejillas de ventilación por debajo de las cuales aflora el vapor dulce y cálido. Nos veréis en la calle hablando en voz alta con nosotros mismos, murmurando entre dientes, soñando mientras caminamos, con los ojos abiertos, hilando diligentes la lana del sueño. Somos miles, somos larvas humanas, aborígenes, somos soñadores.

Cuando las tenazas 3H (*hot* — *humid* — *hazy*) oprimen Nueva York, cuando el pesado bochorno desmenuza el hormigón, cuando el asfalto se derrite bajo los pies, cuando los pulmones luchan por cada milímetro de oxígeno, cuando el cielo está inmóvil como la cúpula de un invernadero, cuando en el aire titila una pesada neblina dorada, cuando brotan y pululan por doquier los olores de la putrefacción, entonces se sueña mejor.

Estoy acostada en la cama ubicada en la galería. No sé qué hora del día es. Estoy en una cápsula, un solitario ejemplar humano en su

propia arca de Noé. Una bruma soleada achicharra la habitación como un reflector, licúa las paredes, las vigas de hierro, los cuadros, los libros, el techo. Dirijo el ojo hacia las enormes ventanas, hacia el único poste indicador fiable, el cartel verde con la flecha blanca que señala a la derecha: Canal Street. La galería tiembla. Debajo de mí fluye Hudson Street, donde desde hace días escarban martillos neumáticos. Los martillos excavan zanjas, las excavadoras amarillas remueven tierra mezclada con asfalto, sustituyen viejas tuberías por otras nuevas. Figuras naranjas arrastran señales naranjas, colocan alambres y vallas naranjas. Las vigas de hierro vibran a causa de los martillos, de las sirenas de la policía, de los coches, a través de las paredes rezuman gotas de sudor fétidas. Debido a este borboteo del suelo, los depósitos de agua de madera se elevan despacio a la altura de mi ojo.

Estoy así acostada y sé que pronto se alzará hasta la altura de mis ventanas en la quinta planta el parque polvoriento y descuidado al otro lado de la calle y se quedará encalmado como el barco maldito que espera el viento. Pronto también se elevará del suelo, a causa de este borboteo, la cercana comisaría de policía; pronto saldrán de la comisaría policías montados a caballo y se alejarán a trote lento por el aire. Y luego yo también me marcharé flotando. Porque yo soy una soñadora. Soy una aborigen.

En el sueño pegajoso y húmedo pululo por las circulaciones sanguíneas subterráneas de la urbe, las arterias azules, rojas, verdes, amarillas, por un instante me desvío a la gris, en dirección a Queens, a la marrón, en dirección a Brooklyn, y luego asciendo despacio, me paro y observo. Pulo con la mirada la aguja del Chrysler; con mis ojos, como si fueran papel de lija, redondeo las aristas rectangulares del World Trade Center. En el Hudson veo veleros inmóviles clavados en la sedosa cinta gris azulada: parecen mariposas muertas. Con un soplido ligero, los pongo en marcha y sonrío en sueños. En el Puente de Brooklyn se han dormido los pintores, yo los bamboleo un poco con mi aliento, y la brocha en la mano vuelve a extender la pintura con diligencia.

Cuando las tenazas 3H oprimen Nueva York, cuando el pesado

bochorno desmenuza el hormigón, cuando el asfalto se derrite bajo los pies, cuando los pulmones luchan por cada milímetro de oxígeno, cuando el cielo está inmóvil como la cúpula de un invernadero, cuando en el aire titila una pesada neblina dorada, cuando brotan y pululan por doquier los olores de la putrefacción, entonces mi lugar preferido para soñar es Ellis Island. Me voy allí y me engancho a la circulación onírica de millones de soñadores muertos que gorgotean dentro de mí en todos los idiomas del mundo, soy judía, polaca, sueca, soy africana, rusa, italiana, soy blanca, negra y amarilla. Camino junto al muro cubierto de placas de cobre y toqueteo con las yemas sudorosas, como si estuvieran escritos en braille, miles de nombres grabados en el cobre, oigo sus voces, absorbo sus destinos como una hoja de papel secante y sueño.

Toqueteando los nombres como si estuvieran escritos en braille, observo Manhattan. Limo un poco con la mirada las esquinas cortantes del World Trade Center, estoy acostumbrada a ello como a un tic involuntario. Me fijo con atención: Manhattan está inmóvil como el barco maldito. La calima convierte la ciudad en un fósil fantasmal.

Nueva York no es la ciudad de los sueños, es la ciudad que hemos construido nosotros, los soñadores. Al soñar, nosotros estamos pegados a la tierra, por eso nuestra ciudad se ha incrustado tan alto en el cielo. Manhattan es la hebra de nuestros sueños. Desde aquí, desde Ellis Island, bebo la energía de antiguos soñadores, aquellos miles y miles que a lo largo de décadas construyeron la ciudad en la otra orilla. Manhattan. Ciudad al alcance de los ojos. La construían aquellos que, emocionados, se asomaban a las ventanas del Great Hall; esos que, apoyando la frente contra las frías paredes embaldosadas, observaban la otra orilla; estos que, sentados en los bultos en los que habían traído toda su vida anterior, soñaban la futura; aquellos otros que se apretujaban durante meses en las cubiertas inferiores y luego, al atracar y bajar a la orilla, se quedaban sin aliento maravillados. De su aliento crecía la ciudad. Esperando el paso a la nueva vida, los inmigrantes dibujaban sus sueños en el cielo. Quizá el Empire State Building surgió a

partir del aliento de la boca de la campesina checa Anna Kudrinova, mientras miraba con anhelo la otra orilla desde Ellis Island.

Donde mi mirada se queda clavada más tiempo es en la cúpula de cristal del Jardín de Invierno, que ha anidado entre los rascacielos del Financial Center, y es la única curvatura entre las verticales. La cúpula parece una larva gigante. También ella es obra de los soñadores. De la cúpula transparente del Jardín de Invierno, como de una enorme máquina de hacer palomitas, nacen nuevos sueños. Nueva York es un *perpetuum mobile* onírico.

«Soy uno entre millones que no encajan, que no tienen hogar, ni familia, ni doctrina, ni un lugar fijo que les pertenezca, ni un inicio ni un fin conocidos, ni un "núcleo sagrado y primordial". Declaro la guerra a todos los iconos y finalidades, a todas las historias que me encadenarían a mi propia falsedad, a mis propios patéticos temores. Solo sé de momentos, y de vidas que son como momentos, y deformas que aparecen con infinita fuerza y luego "se desvanecen en el aire". Soy arquitecto, constructor de mundos, un sensualista que idolatra la carne, la melodía; una silueta recortada contra el cielo del atardecer. No puedo saber tu nombre. No puedes saber el mío. Mañana empezaremos juntos la construcción de una ciudad[7]». Este manifiesto lo escribió en el aire tórrido uno de nosotros, aborigen, soñador, el arquitecto Lebbeus Woods.

Y por eso cuando nos veis tumbados en los bancos, en los parques, acurrucados junto a los muros de las casas, tapados con cartones, en las calles, en el metro, cuando nos veis caminar y murmurar entre dientes, tejer la hebra del sueño, no nos despertéis. Podría ocurrir que por descuido tirarais del hilo erróneo y todo se deshiciera: tú mismo, la calle, la ciudad, su imagen resplandeciente incrustada en el cielo, podría ocurrir que tirarais abajo el mismísimo cielo.

# AMNESIA

ÚLTIMAMENTE OLVIDO LAS COSAS cada vez con más frecuencia. Incitada por un pensamiento, me levanto del escritorio, me dirijo hacia la estantería de los libros y me detengo de sopetón. Rebusco con la mirada entre los títulos, no logro recordar a qué iba. Incitada por un pensamiento práctico, me apresuro al cuarto de baño y me paro de repente. No logro recordar qué hago allí. Contemplo mi cara en el espejo del baño, me quedo así, cara a cara, me invade una angustia repentina, turbia. Vuelvo, me siento en el sillón, hundo la cabeza entre las manos. Mezo mi rostro entre las palmas, sin pensaren nada…

Si en esta postura inclino un poco la cabeza, veré en la ventana las escaleras de incendios y en ellas unas botas negras de cuero. Si me agacho un poco, veré también al joven, mi desconocido vecino. Todos los días se sienta en las escaleras de incendios. Vive en el piso encima del mío, escucha música y, como un gato perezoso, observa desde las escaleras de incendios la vida callejera, la esquina de Beach & Hudson Street.

El joven en las escaleras de incendios no intuye que estamos ligados por un ritmo común. Él se cuela por la ventana de su piso, se sienta en su observatorio y observa la vida de la calle como una pantalla. Al mismo tiempo, yo enciendo el televisor y espero nerviosa las noticias. Cada media hora veo las imágenes de cuerpos despedazados en el mercado de Sarajevo. Las mismas imágenes.

Encerrada en mi refugio neoyorquino temporal, en las pausas de media hora entre las mismas imágenes en la pantalla, me acerco

hasta la estantería de los libros, hasta el baño, inclino la cabeza, compruebo si las botas del joven siguen ahí. Por milésima vez me planteo preguntas para las que no tengo respuesta. Intento pensar, recordar, reconstruir todo desde el principio, intento encontrar las razones. En la cabeza solo martillea el dolor. Pon-pon. Lo intento de nuevo, con otro método más astuto: reúno en un montoncito los restos de las ruinas, intento recordar el colegio, los amigos, viajes, ciudades, ríos, montañas, islas, precisamente así, desde el principio, empiezo con la cartilla. Pon-pon. En la cabeza martillea solo un dolor sordo. Lo intento de nuevo, intento recordar los nombres de las calles, recordar los nombres de los amigos, en Sarajevo, en Dubrovnik, en Belgrado. En la memoria resurgen casas sin número, calles sin nombre, nombres sin cara o caras sin nombre, fragmentos, imágenes desintegradas, frases sacadas de contexto. Pon-pon. Martillea el dolor. Todo está en la zona gris del olvido y no se mueve.

Los virus han invadido mi memoria. En la cabeza de repente centellea algún fragmento. «El salvaje iba con arco y flecha, el ferrocarril, los pueblos, las ciudades son obra de nuestras manos en el tajo, larga vida al trabajo». Algunos versos de mi temprana cartilla socialista que, como una de los cientos de llaves enredadas que todavía poseo, deberían llevarme a una puerta, darme una respuesta a las preguntas planteadas y, en cambio, terminan con los virus que lanzan el mensaje *Frodo Uves!*

Sí, los virus han invadido mi memoria: *Best Wishes, Black Monday, Cascade, Chaos, Devil's Dance, Evil, Guppy, Joker, Perfume, Ping-pong…* Mi memoria ha sido invadida por virus. *Sorry. Not found*. Los virus devoran en este momento mi país, vidas humanas, la historia, los monumentos, los virus devoran a los vivos, a los muertos. Los señores del olvido conocen su trabajo. Las zonas grises del olvido en mi memoria son absolutamente legítimas: ¿puedo reconstruir mi historia personal sobre un fondo que ya no existe? *Path not found. Sorry*. Por la pantalla de mi memoria corren hacia abajo imágenes, caen fragmentos, frases, palabras que se disgregan en partes, en letras, las letras se deslizan como moscas muertas,

fluyen hacia el fondo, se convierten en un poso muerto.

«Ustedes, señores, ¿quieren que les enseñe mi casa natal? Pero mi madre parió en el hospital de Fiume, y este hospital ya ha sido demolido. No lograrán poner una placa conmemorativa en mi hogar, porque probablemente también está en ruinas. O deberían colgar varias placas con mi nombre en ciudades distintas y países diversos; pero tampoco aquí les puedo servir de ayuda, porque no sé cuál era mi casa natal, no me acuerdo de dónde pasé mi niñez, apenas sé qué idioma hablaba. Lo que sí recuerdo son imágenes: una palmera que se balancea al viento y adelfas en alguna parte cerca de un mar, el Danubio que fluye verdusco a lo largo de los prados, una retahíla infantil: en-den-dina, ti-raka, tina…», escribe Danilo Kiš.

*Frodo Uves*, me consuela mi virus. Y yo marcho a mi templo del olvido, F. A. O. Schwarz, tienda de juguetes en la Quinta Avenida. Subo por la escalera a la primera planta y me detengo como hipnotizada delante de la *jolly ball*, la máquina de *pinball* más grande del mundo. Inmersa en la multitud de turistas internacionales, admiro la maqueta de Charles Morgan. La multitud sigue con atención la trayectoria de la bola de metal, contiene la respiración, suspira con alivio, suspira con admiración. Suiza se ha comprimido en sus símbolos: en la maqueta está el sol suizo, el funicular suizo, los Alpes suizos, una estación de ferrocarril suiza, el tren azul suizo, el queso suizo, el autobús suizo, las campanas suizas, el chocolate suizo, una cabina telefónica suiza, un banco suizo… Sigo con la mirada la bolita metálica que se desliza, corre por las carreteras, trepa por las cimas de las montañas, entra en el banco, en correos, en el tren, se para y, trazando una trayectoria exacta, conquista puntos de la maqueta. Pon-pon. La bolita resplandece con un brillo metálico sagrado: el ruidoso dios del olvido está cumpliendo con su misión mecánica.

Me agradan los giros hipnóticos de la bolita, cura mi pesadilla interior convirtiéndola en un ritmo regular. Me complace la sencillez de la maqueta, sobre Suiza no sé mucho más de lo que hay aquí, y como si no quisiera saberlo. Me complace la inofensiva rotación mecánica de la bolita. Con atención inquieta sigo su

trayectoria, espero un nuevo giro. Me agrada esta amnesia indolora, momentánea, esta sencilla imagen mecánica. También mi recuerdo se reducirá un día a la misma cantidad de elementos. Ni más ni menos. La bolita de mi memoria se deslizará mecánicamente por su trayectoria natural. Por un tiempo, en vez del recuerdo real, martilleará en la cabeza el dolor sordo. Y luego él también pasará. Sí, pasará.

Y ahora imagino contenta que volveré a casa, me colaré por la ventana, me sentaré en las escaleras de incendios al lado del joven desconocido con botas de cuero y observaré mi esquina, la esquina de Beach & Hudson Street.

Salgo fuera. A la salida me ciega el sol. Un viejecito, con aspecto de profesor jubilado, aguarda junto a la puerta con un paraguas cerrado en la mano.

—*Is it raining?* —pregunta pensativo.

—*I wouldn, t really know…* —respondo.

# LIFE VEST

DESDE EL PUNTO DE PARTIDA, la casa en Hudson Street, empiezo a desenrollarme como un ovillo de lana. Dios mío, pienso en el taxi, ¿habrá suficiente de mí para llegar al aeropuerto? Como dentro de una trampa, miro absorta por la ventanilla; en un ataque repentino de pánico intento conservar en la memoria las imágenes neoyorquinas, me envuelvo en ellas como si tuviera frío. Las imágenes relampaguean y desaparecen, se deshilachan, se dilatan, se escurren a través de mí como arena. Sacando fuerza de voluntad, mantengo en el rabillo del ojo la última escena, filmada miles de veces por las cámaras. Es el momento en el que las cruces sepulcrales del cementerio de Queens se juntan con las verticales de Manhattan; en el que se transforman en un barco sobre el que ondean los mástiles de Manhattan, un pedestal simbólico; en el que Manhattan por un instante establece sus coordenadas simbólicas, su cruz. Esta imagen la borra otra enseguida, la última, vista en el JFK a través de la ventanilla del avión a punto de despegar. Pequeñas siluetas grises en el horizonte parecidas a las edificaciones que hacen los niños cuando dejan que la arena fluya a través del hueco de su mano en forma de embudo. La estampa es tan diminuta que cabe en la cabeza de un alfiler. Manhattan no es más que una pálida pincelada gris encima de un horizonte azul. Exiguos montoncitos de contornos borrosos: se distinguen solo las dos sombras alargadas del World Trade Center y la agujita del Empire State Building. Manhattan es un frágil medallón, una estampita pintada a la acuarela que se me ha quedado en el rabillo del ojo y que se diluirá

con la primera lágrima.

Por la megafonía se alterna el gorgoteo del neerlandés y del inglés. La breve vida en el aire está sometida a rituales y los cumplo ordenadamente. Me abrocho el cinturón, me desabrocho el cinturón, estoy atenta al encendido y apagado de las lucecitas, fumo cuando me señalan que puedo, leo con atención tensa las instrucciones, leo por centésima vez el mismo texto, no me pierdo ni un detalle de la pantomima de la azafata, respondo cortés a sus sonrisas plásticas, cojo el zumo, *thank you*, me lo bebo, *thank you*, acepto con gratitud la caja con el menú, *thank you*, me lo como obedientemente, manoseo entre los dedos las pequeñas bolsitas de azúcar, las acaricio con las yemas como si fueran seres vivos, *thank you*, me pongo los auriculares, *thank you*, me quito los auriculares, *thank you*…

En mi cabeza se derraman imágenes de llegadas y salidas de aeropuertos, una se superpone a otra. Por algún motivo resurge la imagen del regreso de Nueva York hace tres años. El avión era de JAT, Transporte Aéreo Yugoslavo, compañía que hoy ya no existe, porque tampoco el país existe, han desaparecido también los ridículos papeles pintados en los que podía quedarse atrapada la mirada somnolienta, papeles pintados con pequeñas figuras de personas con trajes regionales (¿me lo habré inventado? ¿Existieron de veras en «nuestros» aviones semejantes papeles pintados?). Aparece la imagen de mis compatriotas que, acompañados por la ruidosa música de un tango argentino, apretujan su equipaje en los espacios sobre los asientos, la imagen de una mujer joven con un ceñido pantalón blanco con grandes lunares negros, sandalias de tacón alto; las tiras de las sandalias dejan ver unos talones secos y agrietados… Los viajeros empujan cajas de cartón atadas con cuerda en los compartimentos, hablan en voz alta, gesticulan, buscan algo con ojos desquiciados, sudan. Están inquietos, se levantan, se sientan, se gritan algo los unos a los otros, se hacen señales con la mano, se quitan los zapatos para dar un respiro a los pies cansados, luchan con el equipaje al son del tango argentino. Tal vez en esta imagen de hace tres años ya deberíamos haber advertido las

matanzas de hoy en día, tal vez en esta imagen caótica ya deberíamos haber intuido el horror actual; en la mirada desquiciada, el apuñalamiento por la espalda; en la caja de cartón atada con cuerda, la casa derribada de hoy; en el humo tranquilo del cigarrillo, el incendio actual. Tal vez en la imagen de mis compatriotas alterados y sudorosos que al son del tango argentino se remueven en el estrecho espacio del avión deberíamos haber reconocido el mar de refugiados que hoy pululan en trenes tristes hacia Europa. Un mundo que entra en los países en filas marcadas para OTHERS. *Others*, la internacional de los afligidos, de los brutos, de los que cruzan las fronteras con cajas de cartón atadas con cuerda, esos cuya mirada esconde desgracia, pérdida, odio y desesperación.

Y pienso en si ahora, con las cosas tan claras, quiero cambiar de rumbo en el aeropuerto de Ámsterdam, si tendré agallas para, en vez del avión a Zagreb, sentarme en otro. Porque yo tiemblo ante mi patria. Tiemblo ante las desgracias que durante estos meses han desembocado en mí, comprimidas en artículos periodísticos y fotografías, en imágenes en pantallas de televisión, tiemblo ante las desdichas que se han arrastrado hacia mí por las líneas telefónicas, cuyo olor me ha llegado en cartas. Tiemblo ante la vieja patria en la que me he convertido en extranjera, que, por lo demás, ya no existe, tiemblo ante su fantasma, tiemblo ante la nueva en la que seré extranjera, cuya ciudadanía tendré que pedir, probar que he nacido en ella, que hablo su idioma, a pesar de ser mi lengua materna, tiemblo ante esta vieja-nueva patria que tendré que ganarme luchando para ser emigrante en ella.

—¿Se alegra de volver? —me pregunta una mujer joven en el asiento contiguo.

—No —respondo con dureza, y veo en sus ojos la condena (qué insensible, piensa). Al mismo tiempo veo cómo, gracias a mi insensibilidad, se apunta un tanto a su favor como si fuera una pequeña baya dulce. (Yo nunca podría ser así, piensa). Mi corazón es pequeño y receptivo. ¿Cuántas desgracias ajenas caben en un corazón? ¿Es mucha la elasticidad de un corazón humano de tamaño medio? ¿Cuánto cabe en él sin que estalle? ¿O quizá después

de un tiempo el corazón se convierte en un fuelle apático que marca ciegamente el ritmo?

El tramo que recorro desde el desembarque de un avión hasta el embarque en el otro, de *gate* a *gate*, de un vuelo a otro, es la ruta de la libertad interior. Circulo por el pasillo mecánico, acelero el paso, las indicaciones azules, verdes y amarillas del aeropuerto azotan mi rostro como un viento colorido. Abandono el pasillo, voy de acá para allá, miro la hora. Queda mucho tiempo hasta el siguiente vuelo. Me tumbo en un cómodo sillón aeroportuario y escucho con los ojos cerrados el gorgoteo de mensajes de la megafonía. Se ruega al señor Fischer, que viaja a París, que acuda a la ventanilla de información. Se ruega a los señores Ivanov y Popov que se dirijan a la puerta de embarque para Moscú…

Me siento bien aquí. Soy una larva humana. Haré mi nido natural aquí, en tierra de nadie. Deambularé del sector A al sector B, del sector B al sector C. No saldré jamás, nunca me encontrarán. De día transitaré por los pasillos mecánicos fingiendo viajar a algún lugar, por la noche me ocultaré en un sillón y esperaré dormitando el vuelo que nunca se anunciará. Observaré a los viajeros, con el paso del tiempo sabré exactamente adonde viaja cada cual; aprenderé a distinguir las fisionomías, cuando oiga por el altavoz el apellido de alguien sabré con precisión qué aspecto tiene. Viviré bajo la luz artificial del aeropuerto como un ejemplar posmoderno, en estado transitorio, en un refugio ideal, en el limbo, en un espacio emocionalmente aséptico. Estaré bien. Si en algún momento me abruma una sensación de claustrofobia, no me dirigiré a la primera salida. No saldré jamás.

—¿Qué va a tomar? —dice en croata la amable azafata.

—*Orange juice. Thank you* —digo en inglés, y me ruborizo—. ¿Dónde está el chaleco salvavidas? —me corrijo deprisa en croata, ruborizándome de nuevo. Me sonrojo por la estupidez proferida, por lo inesperado, por el error inconsciente. Nunca antes he hecho esta pregunta, y de dónde han salido estas palabras, «chaleco salvavidas», las primeras que he pronunciado en croata, y, además, para qué necesito este chaleco…

—Debajo del asiento —responde ella rutinariamente, y se aleja.

Invoco mi medallón, mi estampita de Manhattan, como tabla de salvación. Se ha desvanecido en alguna parte. También desaparecen poco a poco las palabras. En la aduana cambiaré las palabras que me quedan, como el dinero, por otras. O por otro silencio. Pienso en todo esto mientras pasan los segundos. Por el momento sigo en el aire. Hasta el aterrizaje queda aún tiempo. Confío en el corazón, en su elasticidad muscular. Por lo demás, también el chaleco salvavidas está por aquí, debajo del asiento…

1993.

# P.S.

## 1

Y aquí estoy, un cuarto de siglo después de abandonarme a mí misma en el aire, con el chaleco salvavidas debajo del asiento, con algo de tiempo hasta el aterrizaje y con el pensamiento de ratón de que el músculo cardiaco es lo único en que confío. La pálida estampita de Manhattan, que por aquel entonces invocaba como tabla de salvación, la guardo aún hoy en día en el estuche de joyas imaginarias. Manhattan, mi medallón; Manhattan, mi pulsera; Manhattan, mis pendientes… *Ficcionario americano* salió en neerlandés con el título *Nacionalidad: inexistente (Nationaliteit: geen)* y en croata, con el título *Američki fikcionar*. Ambas ediciones se publicaron en el remoto 1993. Un año más tarde el libro salió en alemán con el título *My American Fictionary* y en inglés, con el título *Have a Nice Day: From the Balkan War to the American Dream*. ¡Cuatro títulos para el mismo libro!

Consuela un poco que al menos la cubierta de la edición británica y la de la estadounidense fueran la misma: la fotografía de un hombrecito con la careta de Mickey Mouse, al que parece que han pillado en el andén del metro, donde se ven flechas que indican dos salidas. Una lleva a Main Street, Adventureland y Frontierland, y la otra a Fantasyland. Mickey Mouse obviamente ha escogido la salida a Fantasyland. Nunca le pregunté al editor —que le había cambiado el título a mi libro, justificando su decisión en que nadie

entendería la palabra *ficcionario*— de dónde había salido esta fotografía. Quizá por el título y la cubierta, en las librerías londinenses me encontraba el libro en las estanterías rotuladas como *Humor section*. En las librerías estadounidenses ni lo busqué. El libro se publicó allí por unos instantes y luego exhaló el último suspiro, como una efímera, un *mayfly*, una mosca que pertenece al grupo de insectos acuáticos llamados efemerópteros.

## 2

Mientras tanto, la palabra *ficcionario* se ha colado en el vocabulario urbano. He aquí lo que dicen sobre el significado de esta palabra algunos anónimos lexicógrafos aficionados:

Palabra que no significa absolutamente nada (…). Podría ser un diccionario de palabras inventadas. La palabra *ficcionario* debería incluirse en ese diccionario.

Ficción en la imaginación de alguien; imaginario, por lo tanto, ficcionario. Deseaba algo con tanta fuerza que creía en ello, aunque eso en realidad era ficcionario.

Cuando algo es a la vez ficción e imaginario. *Es la historia de una ciudad Accionaria*.

Palabras ubicadas en tu cerebro, que te has inventado y que no significan nada para otras personas, porque ellas tienen su propio ficcionario.

Falso, irreal, fabricado, inventado o creado a partir de nada. Parecido a la ficción, pero a un nivel más alto. *Eres muy bueno inventando historias, deberías ser un escritor ficcionario*.

## 3

Esta nueva edición se diferencia un poco de la primera: se ha eliminado un ensayo, se ha incluido otro; a uno le di un buen «tajo», a otros les corté solo el flequillo. El lema al comienzo del libro se ha sustituido por uno nuevo. En esta edición he suprimido el texto final, la carta a Norman, escrita inmediatamente después del regreso a Zagreb. ¿Por qué? Porque durante una nueva lectura me pareció que arrastraba el libro hacia un «ficcionario croata» que lo rebajaba, de la misma manera en que la nueva cotidianidad política croata fue rebajando a sus ciudadanos convirtiéndolos —a partir de entonces— en rehenes. Quién sabe, quizá la decisión la tomó en mi lugar el misterioso hombrecito con la careta de Mickey Mouse, ese que en el metro escogió la salida para Fantasyland.

## 4

El propósito de la reedición del libro tendría que ser una nueva lectura del viejo texto, un diálogo entre dos épocas separadas por casi un cuarto de siglo. En mi caso se plantea la pregunta de entre qué épocas. ¿Dos o varias? ¿Entre mi época neerlandesa y la americana? ¿Entre la croata y la americana? ¿Entre la que pasé viajando y la americana? ¿Entre mi época americana de por aquel entonces y las breves estancias posteriores en Estados Unidos?

Me acuerdo de una conocida que al leer la traducción al inglés comentó que yo usaba con mucha frecuencia los puntos suspensivos; que estos tres puntos molestaban visualmente al lector, y que los percibía como una suerte de «tic gráfico» feo. En este momento creo que este tic gráfico era la expresión inconsciente del hecho de que un libro como *Ficcionario americano* no podía acabarse, es más, que la inconclusión (y la dispersión) era su tema paralelo. El trabajo en cualquier texto que tiene pretensiones «lexicográficas», hasta cuando son fingidas, difícilmente puede darse por terminado.

## 5

Entretanto, la frase inocente *Have a Nice Day* del título de la primera edición del libro en inglés se ha vuelto viral. Hoy cada país y cada idioma tiene su versión traducida. Los croatas dicen: *Ugodan dan*, los neerlandeses *Fijne dag*, los bosnios *Prijatan dan* y los suecos *Ha en bra dag*. Con el paso del tiempo, el tono de la frase en Estados Unidos ha cambiado: se ha vuelto más oscuro y quedo. Aquella colita sonora caricaturesca al final de la frase, que se elevaba sin falta, ha bajado, deprimida. La expresión se pronuncia ahora con un tono más plano, más directo, con menos entusiasmo simulado que antes.

## 6

Después de la estancia en Estados Unidos regresé a Zagreb. Mientras escribía los textos de mi ficcionario americano pensé haber trazado la ruta de mi regreso a la patria. Pronto se constató lo contrario: mis textos eran en realidad la introducción a otro ficcionario, al exilio, que emprendí en 1993, solo un año después de volver de Estados Unidos. Me asustó mi patria, en la que en poco tiempo me había convertido en extranjera; en la que tenía que demostrar que había nacido allí, aunque así fuera; que hablaba su idioma, aunque era mi lengua materna. Me embargó el miedo de una patria que todavía tenía que ganarme para tener en ella el estatus de emigrante. Aquel repentino miedo del «aterrizaje» durante el vuelo de Nueva York a Zagreb, en junio de 1992, resultó ser justificado.

## 7

Cada vez que en los últimos veinte años me he encontrado en Nueva York, he ido a Central Park a contemplar la casa del número 854 en la Quinta Avenida. Este hermoso edificio de seis plantas, que pertenecía a la heredera de la familia Vanderbilt, lo compró a su muerte la RSFY, la República Socialista Federativa de Yugoslavia. La casa sirvió como sede de la Misión Yugoslava ante las Naciones Unidas. Los últimos veinticinco años esta casa llamaba la atención por tener los cristales de las ventanas sucios y las cortinas corridas. Aunque el inmueble pertenecía a Yugoslavia, con la desintegración del Estado se mudó a ella la misión serbia. En noviembre de 2016 las antiguas repúblicas yugoslavas acordaron por fin que la casa se vendiera. No sé por qué, pero imagino que con la venta del inmueble desapareció definitivamente Yugoslavia, país que yo llamaba mío. A partir de este detalle *real estate* se puede contar también la historia de su descomposición: del brutal expolio de los bienes comunes envuelto en la versión, aceptable para todas las partes, del odio étnico, de la pretendida lucha contra la represión comunista, de la supuesta democracia, de la pretendida pugna por la emancipación de la identidad nacional. Y en realidad, de lo que se trataba era de inmuebles. Vi la casa por última vez en septiembre de 2016, unos pocos días antes de la publicación de la noticia de su venta. Las ventanas seguían sucias y las cortinas corridas.

## 8

Norman, que aparece en el libro, se casó con Madeline. A finales de agosto de 1993, cuando yo me marchaba de Croacia, Norman llegó a Zagreb en calidad de funcionario de la ONU. Norman y Madeline vivieron en distintas regiones de la antigua Yugoslavia, en Knin, Sarajevo, Tuzla, Skoplje, Prizren… Durante la guerra, rodeados de un odio que no era el suyo, Norman y Madeline tuvieron tres hijos. Regresaron a Estados Unidos. Entretanto los

niños ya se han hecho adultos, y Norman y Madeline se han separado. Norman ha vuelto a la zona de su fascinación eterna, a la *antigua Yugoslavia*, donde sigue viviendo en el momento en que escribo estas líneas. Su CBS (croata-bosnio-serbio) es impecable, y tanto su conocimiento del entorno como su tolerancia hacia él son envidiables.

## 9

Al cabo de varios años de vagar por el mundo, me he establecido en Ámsterdam, aquel primer puerto del que partí después de una corta estancia y al que más adelante enviaba mis «mensajes en una botella», esos textos de mi Accionario americano. Hace casi veinte años que vivo en Ámsterdam. A lo largo de estas dos décadas ha brotado en mi vecindario una urbanización que lleva el nombre de Nueva York. Las obras de construcción en el bloque de viviendas aledaño, que se llama Little Manhattan, están a punto de terminarse. El Hotel New York en Rotterdam es uno de mis lugares favoritos. En el siglo XIX era una localidad portuaria desde la que muchos emigrantes partían para Estados Unidos en los barcos de la compañía Holland America Line. Los países y las ciudades, igual que las personas, tienen sus vidas secretas, intercambian afectos y animosidades. Las ciudades, como las personas, se envían las unas a las otras mensajes de amor, a menudo crecen animadas por la envidia de unas hacia otras, se mandan unas a otras señales de reconocimiento, corrigen errores históricos… Quizá lo inician todo los que mandan en la ciudad, los arquitectos y financieros, pero quizá, algo que yo soy más propensa a creer, las cosas ocurren por azar, sin demasiada injerencia ni control. Hubo un tiempo en el que Nueva York se llamaba Nueva Ámsterdam y hoy, cuatro siglos más tarde, en Ámsterdam brotan trocitos de Nueva York. Antes la «horizontal» era indiferente (¿de veras lo era?) ante la «vertical» que

surgía en la otra orilla del océano Atlántico, y hoy se pone de puntillas para enviar a la «vertical» un beso aéreo.

## 10

Entretanto he estado en América muchas veces. *América* no tiene rostro, ni todos los estadounidenses son iguales, ni la propia designación «americano» significa nada. Verdades como esta se han desgastado de tanto repetirlas. Sin embargo, repetimos las verdades porque existen buenas razones para ello. Una de estas es el olvido, otra la necesidad de subrayar sin cesar la irremediablemente frágil institución de la corrección política. Sigo pensando que una escritora que se precie debería evitar escribir diarios y textos autobiográficos y, sobre todo, textos sobre otros países. Las tres cosas están relacionadas con el narcisismo, que es la premisa básica de cualquier acto literario, pero no debería ser su resultado. Y en los tres casos es difícil evitar tal resultado. Porque todos nosotros, casi sin excepción, somos conquistadores encubiertos, cosa que tocamos, cosa que convertimos en nuestra «colonia». Los turistas no son más que colonizadores ingenuos, que en vez de la calavera indígena se llevan a casa sustitutos simbólicos: llaveros con un pequeño taxi amarillo neoyorquino, una taza con el lema *I love NY*, una bola de cristal con nieve que cae sobre el Empire State Building en miniatura…

En una ocasión, al regresar de una estancia en Chapel Hill, en Carolina del Norte, traje a casa una maleta llena de carpetas. Las carpetas contenían hojas de árboles colocadas ordenadamente, las más bellas hojas otoñales que jamás hubiera visto, y que arrastraba conmigo como un precioso trofeo. Introduje en Europa de contrabando el otoño americano. Aún hoy me avergüenzo al pensar que los funcionarios aduaneros podrían haber abierto la maleta…

## 11

En el ensayo titulado *Shrink* todo es ficción. Únicamente es verdadera la visión sesgada, inquieta, doble, con la que enfoco el mundo. Una visión es interior, preocupada y lóbrega, la otra es exterior, alegre y luminosa, y corre, juguetona, tras las bolitas que rebotan en el foco.

Durante mucho tiempo he arrastrado conmigo el «virus», el «epicentro», esa sensación de fragilidad de todo lo que me rodea. En el instante en que, paralizada por completo, vi derrumbarse las Torres Gemelas en la pantalla de mi televisión, pensé que se derrumbaba el mundo. Desde entonces *todo* se ha vuelto posible, es más, *todo* se ha ido acelerando. La violencia sucede cada día, cada día explota una bomba, cada día algún asesino perturbado embiste con un camión a transeúntes, un loco blande un machete, un cuchillo o un hacha en un espacio público, alguien se inmola con una bomba llevándose consigo a la muerte a un montón de personas. Todos estamos ya acostumbrados a levantarnos, a sacudirnos mentalmente el polvo, a agradecer, cada cual elige a quién, que hemos sobrevivido (¡una vez más!) y a continuar para olvidarnos al segundo siguiente de lo ocurrido. Vivimos en guerra, todos contra todos. Y aquel epicentro, que perseguía al campesino montenegrino adonde quiera que fuese, me persigue hoy a mí, a todos nosotros.

## 12

Los amigos con los que intercambiaba largas cartas están vivos, y la mayoría dispersos por el mundo. Hoy ya no intercambiamos cartas. De vez en cuando nos enviamos un correo electrónico con una o dos frases breves. Como excusa por la tardanza en responder usamos la hipocresía tecnológica: nuestro correo o el suyo acabó en el *spam*. Entre el nacimiento y la muerte se extiende el *spam*. Hemos

cambiado, de una manera u otra. Entretanto nos hemos adentrado en la era poshumana, estamos conectados a dispositivos electrónicos, a ordenadores, iPhones, iPads, Kindles, a contadores de pasos, a redes sociales, a Twitters, a pulsómetros, y nos conocemos cada vez menos. Con ligereza asombrosa amputamos nuestras relaciones sin pensar que infligimos dolor, porque también a nosotros nos extirpan con la misma ligereza sin pensar que nos producen dolor. *Connect-disconnect, in-out, on-off…* Nos desborda la sensación de poder, estamos convencidos de que controlamos nuestra «posesión» y, mira por dónde, cada vez estamos más solos.

Entretanto Yugoslavia, «aquel país en guerra», se ha convertido en Eslovenia, Croacia, Bosnia y Herzegovina, Serbia, Macedonia, Montenegro y Kosovo. En la mayoría de los casos la ropa nos sobrevive, y a veces las patrias mueren antes que nosotros. Tampoco mi madre, aquella que coleccionaba muertes ajenas y las hacía tintinear como si fueran moneditas en una hucha, está ya entre los vivos.

## 13

Después de leer de nuevo el Accionario, me he dado cuenta de que mi Accionario *americano* derivó en *neoyorquino*, y de que no era consciente de cuánto había estado traicionando el título.

E. B. White, autor del libro probablemente más corto sobre Nueva York, *Esto es Nueva York*, publicado en 1949, dice que hay tres Nueva York. «En primer lugar está la Nueva York del hombre o mujer nacidos aquí, que dan la ciudad por descontada y aceptan su tamaño y turbulencia como naturales e inevitables. En segundo lugar está la Nueva York del que va y viene a diario, la ciudad devorada cada día por la langosta y escupida cada noche. En tercero está la Nueva York de las personas que nacieron en otro lugar y vinieron a Nueva York en busca de algo. De las tres temblorosas

ciudades, la mejor es la última: la ciudad del último destino, la ciudad meta. (…) Los que viajan diariamente a Nueva York proporcionan a la ciudad su desasosiego mareal; los nativos le imprimen solidez y continuidad; y los colonizadores le prestan su pasión[8]».

No pertenezco a ninguna de las categorías, aunque tengo algo de todas, incluso de la que en mi caso es la menos convincente, la de nativa. Al residir durante estancias breves en la ciudad, raramente en hoteles y casi siempre en casas de amigos, en diferentes direcciones de Manhattan, Brooklyn y Queens, en un lapso de tiempo de treinta años, he aprendido algo sobre el cuerpo y la ciudad, sobre la específica corporeidad urbana; sobre el éxtasis del ritmo compartido entre habitantes y urbe; sobre la traición del ritmo, la ralentización, la melancolía de la resignación con el hecho de que el cuerpo envejece; sobre la inadaptación física, sobre las distancias que al principio superamos con facilidad juvenil hasta que un día se vuelven insuperables; sobre el ritmo del pulso urbano y el pulso del propio corazón; sobre la astucia corporal, sobre los paseos con premeditación (¿qué estaciones de metro tienen solo escaleras y cuáles tienen ascensor y escaleras mecánicas?); sobre cines que desde hace poco ofrecen una comodidad impensable, asientos reclinables hasta convertirse en camas; sobre salones de masaje de pies a los que se puede acudir sin cita previa y donde hábiles mujeres chinas nos aliviarán el dolor para que podamos continuar andando; sobre la rica imaginación estimulada por la experiencia del movimiento del cuerpo en el espacio urbano, sobre el encanto de los mitos «de transporte» de la cultura popular (¡Superman! ¡Batman! ¡Spiderman!), que han surgido como resultado del anhelo del cuerpo por la metamorfosis, por un cuerpo que corresponderá por completo a las necesidades de una ciudad como Nueva York; sobre las invenciones de la arquitectura que responden al mismo anhelo (como High Lane Park, donde tenemos la sensación de pasear entre los tejados neoyorquinos, depósitos de agua y terrazas). Mi amiga neoyorquina dice que ha entrenado su cuerpo para poder, si fuera necesario, llegar andando de su oficina en Manhattan hasta su casa

en Brooklyn. Ha desarrollado esta capacidad física después del 11 de septiembre. Menuda, ligera, equipada con una pequeña mochila, que casi forma parte de su cuerpo, camina como un samurái femenino, tiene medido el largo y el ancho de la ciudad, en ella ha encontrado la horma de su zapato. Nueva York es su tamaño ideal. Es neoyorquina. Se merece Nueva York. No como yo. Yo no soy más que una observadora, escritora, un grupo de alto riesgo. Porque todo lo que tengo es una visión, equivocada o distorsionada, enfocada o desenfocada, empañada o clara, una visión así o asá.

## 14

Muchas cosas han cambiado entretanto. Del paisaje urbano han desaparecido las cabinas telefónicas, tan arraigadas en la vida cotidiana americana, la verdadera, la fílmica y la mítica. Han desaparecido los quioscos de periódicos. Siguen existiendo, pero en ellos solo se pueden comprar menudencias y refrescos, lo que significa que en un sentido evolutivo nos movemos más y leemos menos, y si ya leemos, entonces intentamos que esto sea fácil y rápido, en movimiento, y por lo general en las pantallitas de nuestros móviles.

Nueva York se ha vuelto en el ínterin más bella y más grande. Los rascacielos recién construidos en Queens y en Nueva Jersey compiten ahora con los de Manhattan. En Manhattan han crecido nuevos rascacielos, delgados como lápices, chinos, dicen, un piso ocupa una planta. En mayo de 2017 subí al Empire State Building, cosa que había hecho solo una vez antes, durante mi primera visita a Nueva York. Desde el Empire State Building Nueva York parecía una caja llena de lápices. En vez del antiguo anuncio de PAN AM, ahora lo más visible son las letras rojas de H&M.

# 15

Mi sobrino veinteañero, al que, vaya donde vaya, los Starbucks le sirven de brújula, leyó hace poco mi ensayo sobre el *bagel*, solo ese. «Eres cruel con el *muffin*. Tendrías que disculparte de alguna manera», dijo como representante de su generación. Es cierto, uno debería mirar por donde anda, e ir con cuidado, como si pisara huevos. También debería pedirles perdón a los *doughnuts*, porque el *doughnut* ha llegado a Estados Unidos con los holandeses, como *oliekoeck*, y en América ha evolucionado de ser una bola de masa frita en abundante aceite a ser una bola con un agujero en medio. Asimismo, las galletas y la ensalada de col, conocida como *coleslaw*, llegaron a América con los holandeses: la palabra *cookie* viene de la antigua palabra holandesa *koeckjen*, mientras que *coleslaw* es solo el anglicismo de la palabra holandesa *koolsla*.

Mi sobrino no tiene ni idea de que el denominado *muffin* inglés lo inventó Samuel Bath Thomas, emigrante de Plymouth, que al llegar a Nueva York abrió una tahona. Además, el *muffin* de Thomas es algo muy distinto del *muffin* que yo traté con presunta crueldad. Y ya ves, gracias a mi editor, tengo la oportunidad de disculparme. Alentada por la observación de mi sobrino, es decir, por el respeto que me merece la opinión de la minoría frente a la de la mayoría, pido disculpas al *muffin*, a ese engendro de harina, ese monstruo culinario que ha suplantado en la lista de bollos al invento de Thomas, despojándolo del respeto que merece. Pido perdón al bollo que solo gusta a los ignorantes y a los aficionados, esa migaja que se ha imaginado ser un pastel, adicto a la levadura en polvo, comida de masticadores infantiles y vagos, embaucador que se ha infiltrado entre los bollos, a esa imitación, a ese déficit de fantasía culinaria, ese fenómeno alimentario sin gracia ni sabor, a ese cero harinoso, a ese cero de harina…

# 16

«Y, entretanto, estando como estoy con un pie en cada país, me parece muy dichosa esta situación por la libertad que me proporciona», escribió Réne Descartes en 1648 en una carta a Isabel de Bohemia[9].

Desde aquel remoto 1991, cuando a mediados de septiembre me encontraba en Nueva York y en mi patria empezaba una guerra que duraría cuatro años, yo ya no tengo patria. Tengo un hogar que no se halla en el país donde nací, no soy, por lo tanto, *homeless*; tengo pasaporte y número fiscal, no soy *stateless*, ni *countryless*. El estado de «simultaneidad mental y emocional», de «cruce inquieto de mundos paralelos», que me diagnostiqué a mí misma en 1991 durante la contienda en Yugoslavia y mi estancia en Estados Unidos con el paso del tiempo se ha convertido en *Life style*. Cuando viajo, adopto los lugares, a las personas y las situaciones como una suerte de *souvenirs* sustitutos de la «patria». Todos estos sitios (personas y situaciones) despiertan en mí un sentimiento que es difícil verbalizar. Un sentimiento más próximo a la melancolía que a la nostalgia, más cercano a la premonición que al lamento. Y a la vez lo más emocionante es la arbitrariedad, ya que nunca puedo prever lo que va a suscitar este sentimiento, de la misma manera que no sé si soy un «cazador» de caprichosos sentimientos «patrióticos» o soy la presa, por lo tanto, si soy «adoptante» o «adoptada».

Así ocurrió que hace poco me encontré en Norman, en Oklahoma. Estuve alojada durante varios días en una suerte de hospedaje «hogareño» (¿existe en hostelería la categoría de sentimentalidad cinco estrellas?), una vieja casa de madera con porche, jardín descuidado detrás de la casa, con una mesa y sillas herrumbrosas en el jardín. A primera hora de la mañana de aquel octubre salí fuera, en pijama, y me senté en el columpio del porche para tomarme el café caliente a pequeños sorbos. A través de la rejilla de alambre en la veranda se entreveía el paisaje circundante; la parte frontal del jardín descuidada, algunas casas vecinas, una

carretera desierta… Todo estaba sumido en una neblina que poco a poco iba adquiriendo un brillo dorado, anunciando un día cálido y soleado. Y, entonces, en el silencio absoluto irrumpió el silbato de un tren que pasaba, sonido que no había oído desde la infancia. Era un mensaje sonoro que decía que los trenes pasan por esta localidad, pero no paran. Embriagada por el aire dulce y fragante como un melón rajado, sentí que allí, en aquel porche, en aquel columpio mecedora, envuelta en el silencio y la neblina dorada, podría quedarme para siempre. Aquel porche es mi «patria».

## 17

La melancolía americana se oculta en un espacio marcado por antónimos, por contrastes. Un ataque de melancolía insalvable puede sorprenderte en los sitios más inesperados, como unos grandes almacenes, enormes supermercados donde, a causa de la cantidad abrumadora de productos, nos invade una ligera sensación de pánico; en tiendas glamurosas de conocidos diseñadores de moda, donde nos paramos junto a alguna prenda como hipnotizados. Así, me detuve por un instante en la tienda de Louis Vuitton en la Quinta Avenida (a decir verdad, podría haber sido en cualquier lugar, porque el *world of elegance, Inspiration and Imagination* se ha vuelto, según dicen, global). Como petrificada, miraba allí el precio de un pequeño bolso de aseo solo porque el importe coincidía con el del anticipo de mi nuevo libro. Tuve que afrontar el hecho de que mi trabajo de varios años en el libro (¡qué patético suena esto!) en el mercado global de valores valía lo mismo que un bolso de aseo… (¿Cómo? No, no estaba adornado con rubíes… ¡Sí, un pequeño bolso de aseo común y corriente! No, creo que ni siquiera era de cuero… Sí, llevaba las letras LV y unas estrellitas y puntitos encima… ¡No, con toda seguridad no era una cartera de hombre! No, no era un bolso de noche. Sí, común y

corriente, para las cremas y eso… ¡Por Dios bendito, sabré lo que es un bolso de aseo! ¿Cómo? ¿Qué cuántas páginas tiene mi novela? Más de trescientas, pero ¿qué tiene que ver eso, por el amor de Dios?).

La misma clase de melancolía me invadió en una granja, o lo que fuera, en Oklahoma, donde mis amigos y yo nos extraviamos, desviándonos del camino correcto al coger una salida equivocada. Y allí, bajo la bóveda celeste, estaba sentado un hombre frente a su casa, en la mecedora del porche. Estaba solo, no había nadie más, ni siquiera un perro, no había ningún ruido, la cúpula del firmamento muy alta, de una limpidez cristalina y azul. El hombre estaba sentado en un paisaje surrealista, delante tenía un tenderete improvisado, era domingo y había sacado todas las cosas de las que quería librarse. Compré un cajón diminuto por cincuenta centavos. El cajoncito había formado parte de un armarito joyero, supongo. Después de ejecutar esta absurda transacción, me sentí como en una realidad paralela, porque en aquel lugar, al que no iba nadie, nadie pasaba ni entraba, en este mercadillo minúsculo orientado hacia los cielos, solo Dios podía aparecer por unos instantes, si es que existía, claro, y si se aburría sobremanera. Durante unos segundos me pregunté si el tenderete rodeado por un horizonte desierto y cubierto por la bóveda de un cielo vacío era el principio o el final, o ambos, del camino del bolso de aseo de Vuitton; en realidad da igual, porque la Tierra es redonda, y a nosotros, sus habitantes, nos molesta la corriente de aire metafísica, exactamente igual que a Aquel que nos ha creado, dicen, a su imagen y semejanza. Todo lo demás es rellenar huecos. También el bolso de aseo de Vuitton está aquí para llenar un agujero.

## 18

De todas las ciudades del mundo en las que he estado hasta

ahora, Nueva York es en la que menos sola me siento. Cuando me quedo unos pocos días, o más tiempo, en cualquier parte de Nueva York, lo primero que hago es clavar la bandera. Mi territorio prioritario es el peluquero y el pedicuro, lo mejor es que están en el mismo establecimiento. Luego vienen todo tipo de pequeños servicios, tintorerías y talleres de costura, que regentan chinos crónicamente taciturnos. Me vale cualquier excusa, a esto hay que subirle el dobladillo, a eso hay que bajárselo, porque lo importante no es la ropa, sino marcar territorio: esta es *mi* tintorería, este es *mi* taller de costura.

Las peluquerías y los salones de pedicura son lugares de importancia excepcional. Hay que encontrar los negocios que ofrezcan los servicios más baratos. ¿Por qué? Porque en ellos trabajan los emigrantes recién llegados. Estos salones son mejores que la Organización Internacional para Migraciones de la ONU u otras instituciones importantes por el estilo, porque las informaciones relevantes se obtienen de forma más rápida.

Y aquí estoy en *mi* peluquería de Brooklyn. No conozco a las chicas, son nuevas. Mi oído capta también un idioma que desconozco.

—¿Qué idioma es este? —pregunto.

—Ruso.

—Eso no puede ser ruso —digo en mi ruso fluido (¡estoy segura de ello!).

—Los judíos de Bujará hablamos ruso así —dicen.

Había estado unos días en esa asombrosa ciudad mucho tiempo atrás, en la época soviética. La hoz, el martillo y la estrella roja nunca entraron en aquella Bujará salida de un cuento de hadas y rodeada de murallas: fuera reinaba el comunismo y dentro de las murallas, las costumbres ancestrales. En la época comunista, según dicen, en el mercado de Bujará se podía comprar hachís, por lo general oculto en calabazas secas bellamente cinceladas. No lo compré, pero sí fumé durante una visita a la hoy inexistente URSS. En el poder estaba Leonid Brézhnev.

Las muchachas charlaban, pero ahora ya en otro idioma.

—¿Qué idioma es este?

—Hebreo…

—No me suena a hebreo, justo hace un mes estuve en Jerusalén… —digo. Dios mío, qué latosa soy, pienso.

—Los judíos de Bujará hablamos hebreo así —contestan amablemente las chicas.

Me enteré de que las muchachas eran emigrantes recientes, que habían abandonado Bujará porque ya no aguantaban la «agresiva islamización del país». Quizá tengan un doctorado en Ciencias Políticas, pensé por un momento. Me enteré también de que vivían en Queens, donde reside una pequeña colonia de judíos uzbekos.

—Pero aquí están, ahora también ellos vienen tras nosotros —dijo una.

—¿Quién viene tras vosotros?

—¡Pues los musulmanes!

—¿Por qué?

—Porque ellos tampoco pueden soportar ya la islamización agresiva de Uzbekistán —dicen, muertas de risa.

Aquí está también Candy, una brasileña de nombre azucarado, dueña del salón, que ofrece el servicio de *threading*. El *threading* es la depilación con ayuda de un hilo fino. Candy domina esta técnica milenaria, que es originaria, dicen, de la India. Sujeta un extremo del hilo entre los dientes y el otro entre los dedos, que maneja hábilmente extrayendo con rapidez el vello de raíz, justo como si arrancara un nabo diminuto. La zona más habitual del tratamiento de Candy son las cejas, aunque al vello hay que tenerlo a raya en diferentes partes del cuerpo. Entre los clientes hay hombres casi en igual medida que mujeres. Los observo sentados con cara seria, como si esperaran para una operación muy grave, y luego los veo salir del salón de Candy, armados con cejas cual pequeños machetes, preparados para enfrentarse al mundo. «¡Ah, eso es muy típico, a uno de Brooklyn lo reconoces por sus cejas!», dice un conocido mío, y de mí depende si me lo creo o no. Es muy posible que con estos hilos Candy realice su «vudú brasileño», utilizando las cejas como excusa. Porque a saber lo que ella enmaraña y desenmaraña en

realidad, a quién une y separa, y en qué destinos se inmiscuye.

La vida en Nueva York es una interminable e inagotable orgía comunicativa. La fiesta empieza ya en el taxi que me lleva desde el aeropuerto hasta la ciudad. Todos los habitantes de Nueva York, los nativos, los colonizadores y los que están de paso, quieran o no, participan en la comunicación; a menudo parece que la ciudad los ha embriagado, a menudo se lanzan al abrazo verbal de algún desconocido, como si en su horizonte no hubiera habido un ser humano vivo durante años. También yo me entrego contenta a la orgía comunicativa, siento que me cargo de electricidad como una pila gastada.

A veces necesito una pausa y me siento en una silla o en un banco de cualquier espacio público de descanso, de esos que fingen ser terrazas de restaurantes: unas cuantas sillas y mesas, árboles que crecen en macetas de hormigón llenas de tierra. La última vez pasé por el jardín del Museo de Arte Moderno, rodeado de rascacielos, con algún árbol y unos pocos arbustos, con una pequeña fuente, y siempre una exposición distinta de esculturas. Me senté en una silla de jardín hecha de alambre, junto a la escultura de una rosa gigante que se elevaba a las alturas con su roja cabeza de metal en flor. Allí sentada, pensaba en que en este jardín, teniendo en cuenta el gran flujo de visitantes, siempre reina el silencio. Y entonces empezaron a arrastrarse hacia mí los ruidos misteriosos de la selva, el gorjeo de los pájaros, que llegaba de unos altavoces escondidos en las copas de los árboles, en los arbustos y maceteros con flores. Los sonidos se acallaban durante un instante, arrancaban de nuevo y volvían a pararse, como un flujo y reflujo de mareas sonoras. Más adelante me enteré de que se trataba de la instalación sonora *Birdcalls*, de la artista neoyorquina Louise Lawler. Me quedé sentada un buen rato completamente hipnotizada por los ruidos, incapaz de moverme, cautivada en un bucle temporal y sonoro.

No sé por qué, pero desde hace unos años pongo la fecha en los textos que escribo, en los libros que compro, pongo fechas, justo como si soltara migas a mi paso con la esperanza de que, en caso de que me pierda, alguien me encuentre. Mi esfuerzo no tiene, al parecer, demasiado sentido, porque nada, ni siquiera la historia, se desarrolla en línea recta, todo «se mueve en bucles, tropos e inversiones del significado».

En mayo de 2017, en un banco de piedra en la Quinta Avenida, con el Plaza Hotel al fondo, más o menos en la diagonal «familiar» que enlaza el hotel de Ivana con la torre de Donald, estaba sentado un mendigo con traje pulcro y corbata y con la careta de Donald Trump. No descarto que se tratase de un actor, los mendigos neoyorkinos son a menudo animadores insuperables. A su lado, en el asfalto, había una cajita para la calderilla y un cartón en el que ponía: «¡Done! Recojo dinero para la construcción del muro mejicano». El bromista captó mi mirada y levantó con viveza el pulgar. Respondí con el mismo gesto, convencida de que, al hacerlo, habíamos intercambiado también un mensaje con el mismo significado. ¡Fuera Trump, abajo los muros!

Porque los conceptos, dicho sea de paso, cambian su significado. Nos encontramos en un atasco semántico del que difícilmente hay salida. Así, el prefijo *pos* no tiene fin, todo es de repente *pos: pos-national, pos-colonial, pos-independence, pos-totalitarían, pos-identity, pos-trauma, pos-Yugoslav, pos-industrial, pos-communism, pos-socialism, pos-capitalism, pos-history, pos-mortem, pos-modernism, pos-pos-modernism, pos-human, pos-apocalyptic, pos-truth, pos-fiction, pre-pos-fiction, pos-truth-fiction, pos-diccionary, pos-fictionary…*

## 20

Si escribiera de nuevo el Accionario americano, la primera entrada sería la palabra *isla*. No cualquiera, sino una isla concreta. Su

nombre es Roosevelt Island. Curioso que ninguno de mis conocidos neoyorquinos haya pisado jamás esta isla, aunque todos la tienen ante sus narices. Roosevelt Island es una delgada franja de tierra ubicada justo en medio del East River, entre Manhattan y Queens (es decir, Long Island). La franja mide 3,2 kilómetros, y en su parte más ancha alcanza 240 metros. Desde el aire, supongo, tendrá el aspecto de un barco remolcador anclado. La isla ha cambiado de nombre tanto como mi libro de título. Su primer nombre era indio: Minnehanonck o «isla bella». Los indios cazaban, pescaban y recogían bayas aquí, hasta que en 1623 llegaron los primeros colonos holandeses. El holandés Wouter Van Twiller se convirtió en 1633 en gobernador y persuadió a los indios para que le vendieran la isla. De ahí en adelante, la isla sirvió como criadero de cerdos para las mesas de los colonos holandeses, y por eso recibió el nombre de Varkens Eylandt, Isla de los Cerdos. Cuando los ingleses tomaron el poder, el capitán John Manning, *sheriff* de Nueva York, obtuvo la isla como premio por su lealtad a la corona inglesa. Y la isla recibió el nombre esperado: Manning's Island. Después de la muerte de Manning, heredó la isla su hijastra, casada con Robert Blackwell. La isla cambió el nombre a Blackwell's Island y lo mantuvo hasta 1921, cuando se convirtió, por su uso, en Welfare Island, «isla de asistencia social». El nombre de Roosevelt Island, por Franklin Roosevelt, lo recibió en 1971. Los actuales isleños rara vez pronuncian su nombre, prefieren llamarla «la isla» o «nuestra isla». Roosevelt Island casi está pegada a Manhattan y se extiende desde la Calle 46 hasta la Calle 85, por lo tanto, a lo largo de treinta y nueve bloques. En la isla hay una estación de metro de la línea F, allí está también el Puente de Queensboro, para los que tienen coche, pero el medio de transporte más rápido y divertido es el teleférico, *tramway*, que llega desde la isla a la Calle 59 en solo cuatro minutos de trayecto por el aire. El paso de Roosevelt Island a Manhattan es espectacular. Igual de espectacular es la vista de Manhattan desde Roosevelt Island, en cada estación del año, a cualquier hora del día y de la noche. Todo Roosevelt Island es una «habitación con vistas», es la distancia necesaria, el espacio en el que

todavía está el oxígeno que aspiraremos antes de lanzarnos al abrazo de Manhattan. Roosevelt Island es una toma a cámara lenta, es el momento de contemplación antes de la decisión. Roosevelt Island es un *teaser*, un anzuelo que no hace más que aumentar nuestro anhelo por Manhattan. Podemos sublevarnos, decidir que hoy no vamos al «otro lado», y pasar el tiempo en las escaleras de meditación, Meditation Steps, donde permitiremos que nos seduzca el resplandeciente espectro del otro lado, Emerald City. Allí, en las espaciosas escaleras de madera, que recuerdan un teatro al aire libre, nos tumbaremos con las manos bajo la cabeza a guisa de almohada. Manhattan jadeará y nos lamerá como un perro fiel. El día será cálido y nosotros caeremos embriagados en el sueño como Dorothy en el campo de amapolas en flor.

Hasta 1820 el número de habitantes en Nueva York fue ascendiendo hasta alcanzar la cifra increíble de 123 706 personas y, junto con el incremento de población, aumentaron también la delincuencia, las enfermedades y la pobreza. La familia Blackwell vendió la isla a las autoridades municipales neoyorquinas, y ellas decidieron que en el futuro trasladarían a la isla la parte «malsana» de la población. Los cimientos simbólicos de esta nueva organización social en la isla se establecieron con la construcción de la cárcel en 1832. Luego, en 1841, se construyó el manicomio, una joya arquitectónica en forma octogonal, The New York City Lunatic Asylum. Y a continuación se edificaron el hospital penitenciario para pacientes afectados por enfermedades venéreas, la casa de beneficencia, el asilo de pobres, el reformatorio, la *minimum security prison* para la delincuencia menor, mayoritariamente prostitutas y alcohólicos. El hospital de enfermedades infecciosas, Smallpox Hospital, se abrió en 1856. Era el primer hospital en Estados Unidos que acogía a enfermos de sarampión. Se cerró a finales del siglo XIX porque entretanto se habían descubierto vacunas eficaces contra las enfermedades infecciosas, y ya en 1902 se transformó en escuela de enfermería, la New York School of Nursing. Hasta 1872 surgieron en la isla once instituciones en total, de las cuales hoy ha quedado una ruina protegida, el célebre

Octagon.

A pesar de que la isla servía como cuarentena sanitaria, social y penitenciaria, como lugar para depositar la «basura humana», sus actividades y servicios no eran secretos. Al llegar a Estados Unidos en 1842, Charles Dickens visitó el manicomio de la isla y quedó maravillado por los preciosos detalles arquitectónicos, pero también perturbado por el trato a los enfermos. Nellie Bly, periodista estadounidense, pionera del periodismo de investigación, fingió locura para poder ser ingresada en el manicomio y, cuando lo consiguió, escribió una serie de artículos para el periódico, que se publicaron en 1887 como libro, *Ten Days in a Mad-House*. El libro levantó mucha polvareda y obligó a las autoridades a mejorar la vida de los pacientes en las instituciones psiquiátricas, y también influyó en que las competencias de los psiquiatras se sometieran a partir de entonces a supervisión y control.

Con el tiempo, la cárcel de la isla se hizo célebre por sus famosas presas. Allí residió Emma Goldman, condenada por anarquista y por defender la legalización del aborto, así como madame Restell, por practicar el aborto. Ida Craddock acabó en la prisión por sus manuales sexuales, en particular por el manual *Noche de boda ¡The Wedding Night!* Ida rechazó que la declarasen loca, cosa que la hubiera salvado de la prisión. Al salir de la cárcel se la imputó de nuevo, por el mismo libro, que, según la opinión de los jueces, era imperdonablemente «obsceno, indecente, lascivo y sucio» (*obscene, lewd, lascivious, dirty)*. Esta vez condenaron a Ida a cinco años de prisión, pero en vez del cautiverio ella prefirió el suicidio. En la prisión estuvo también Billie Holiday, por prostitución. Becky Edelsohn, una anarquista que fue encarcelada por participar en manifestaciones contra John D. Rockefeller —a quien consideraba un «asesino múltiple» (*multi-murderer)* que se había apropiado de la ciudad— y que animaba a la gente a derribar «de inmediato» el sistema capitalista. En la cárcel de esta isla pasó un breve tiempo también Mae West, por la obra dramática *Sex*, que se representó en 1927 en Broadway. Mae West era la coautora y productora del drama, por el que se la condenó a diez días de prisión, pero la

pusieron en libertad tres días antes del plazo, por buena conducta. El dinero que obtuvo por el artículo periodístico que escribió durante su estancia en la prisión de Roosevelt Island lo donó para crear la biblioteca penitenciaria, Memorial Prison Library.

## 21

Durante mi última visita a Nueva York, me senté en mi lugar preferido, en las escaleras de meditación, en Roosevelt Island. Era a última hora de la tarde, en la orilla opuesta anochecía en Manhattan. Saqué de la mochila el libro que el lector tiene en las manos. Quería hojearlo para idear un comienzo para el *post scriptum*. Pero no lo abrí, me quedé disfrutando de la vista de Manhattan, que se bañaba en el sol tardío, y los barcos que surcaban las aguas turbias del East River.

Al volver a casa, al piso donde era huésped de paso, a solo cinco minutos a pie de las escaleras de meditación, me di cuenta de que no tenía el libro. Regresé, pero no lo encontré, alguien ya se lo había llevado. Me imaginaba a la persona que lo encontró… ¿Un chino? ¿Una china? Me topo con muchos chinos jóvenes en el autobús gratuito que circula por la isla trasladando a los viajeros hasta la estación de metro y el teleférico. ¿Quizá lo encontró un antiguo compatriota mío? En la isla, supongo, vive una colonia más grande que la de los «pequeños Balcanes» en Astoria. ¿Quizá recogió el libro una japonesa, camarera en el Fuji East Bistro, o Alina, rusa, peluquera en el Fusion Salon de Main Street?

Mientras tanto cayó la noche cálida y yo me senté en las escaleras, observando maravillada cómo se encendían las luces de Manhattan. Pensaba en que cada vez que me encuentro en Nueva York siempre juego al mismo juego. Dejo cosas atrás, a veces las olvido a propósito, a veces por casualidad. La cantidad de amigos a los que he abastecido con inútiles secadores de pelo. Los

americanos, ya se sabe, no usan secadores, y yo los compro y los dejo atrás, quién se va a molestar en cargar con semejantes objetos de ida y vuelta desde Europa. Dejo zapatos, pantuflas, toallas, cepillos de dientes, camisetas, paraguas, libros, anoraks… Por lo general olvido los anoraks en los taxis. Dejo mis cosas como una prenda que garantice mi regreso, porque pienso que, si no dejo algo atrás, quién sabe si volveré.

Miraba absorta las luces de Manhattan y pensaba que el libro olvidado en las escaleras era casi el deseado final de ese día. En Nueva York todo está enlazado. También los mundos más lejanos están ligados por hilos secretos. Las personas que hacen rodar las bolitas veloces, ocultándolas con cubiletes, sospechosa especie humana que enrolla las miradas de los transeúntes, que hace magia y tima, ejecutando su arte barato, también ellas, sin saberlo, mueven mundos… Sujetando un extremo del hilo entre los dientes y el otro entre los dedos, Candy lo blande con habilidad como si fueran unas tijeritas y les da forma a las cejas de muchos habitantes de Brooklyn. La brasileña de nombre azucarado domina su arte, todas las cejas, mira por dónde, son parecidas a diminutos machetes que protegen a su dueño del mal de ojo y ahuyentan a los enemigos. En la suave noche neoyorquina, sombras de gatos recorren la ciudad, tejen y destejen, atan los hilos en pequeños nudos del destino. En la suave noche neoyorquina, las estrellas tintinean como las fichas del metro, se deslizan silenciosamente de bolsillo en bolsillo y brillan como las sonrisas de los transeúntes. Manhattan resplandece ante mí como un milagroso rompecabezas. En algún límite entre la vigilia y el sueño se establece el balance, en algún lugar se saldan todas las cuentas, lo negro es blanco, lo blanco es negro, la ganancia es pérdida, la pérdida es ganancia. Al dejar atrás objetos, también yo ejecuto mi infantil vudú, aseguro mi siguiente llegada, mi siguiente momento de hechizo mágico con la ciudad.

También pienso un poco en mi libro, en quién se lo llevó aquella tarde de mayo de 2017 de las escaleras de meditación en «nuestra isla». Y luego lo dejo al libre albedrío de mi fantasía e imagino que los remotos espíritus de mujeres-presas hacen elevarse el libro de las

escaleras de madera y que, llevado por el aliento de todas ellas, navega por el aire, tiembla como un diminuto planeador… Imagino que los fantasmas de las mujeres anarquistas, prostitutas, ladronas, cabareteras, alcohólicas, mendigas, perdedoras, locas, enfermas, renegadas y parias introducen de contrabando mi libro en otra época, en la biblioteca penitenciaria, en la Memorial Prison Library, esa que, con el dinero obtenido por el artículo sobre su breve estancia en la prisión de la isla, fundó Mae West. Imagino que mi libro viaja atrás, en dirección contraria en la línea del tiempo. Todos los libros de este mundo, incluso los que hablan del futuro, llegan a nuestras manos desde el pasado, ya sea el de ayer, uno más distante o uno remotísimo. Y el mío, llevado por el aliento de unas desdichadas mujeres muy lejanas, como un gorrión entumecido por el frío que volara desde el futuro, he aquí que va a posarse en el estante de la biblioteca carcelaria.

2017.

DUBRAVKA UGREŠIĆ: Nació en 1949 en Kutina, un pueblecito cercano a Zagreb. Se graduó en Literatura Comparada y Literatura Rusa y trabajó en la Universidad de Zagreb, trabajo compaginado con la escritura. Tras estallar la guerra de los Balcanes, se exilió en 1993. Desde entonces ha enseñado en numerosas universidades de Europa y América. Entre sus obras, traducidas a diversos idiomas, destacan «*El Museo de la Rendición Incondicional*» (1996) y «*Baba Yaga puso un huevo*» (2008). He recibido el Premio Europeo de Ensayo Charles Veillon y el Premio Austríaco a la Literatura Europea (1998). Murió en Ámsterdam en marzo de 2023.

# Notas

[1] «Quizá la historia nunca se haya desarrollado de manera lineal; quizá el lenguaje nunca se haya desarrollado de manera lineal. Todo se mueve en círculos, en ideas recurrentes, en inversiones del significado (…). Todo ocurre en un gran remolino, en efectos que cortocircuitan sus (metalépticas) causas, en el *Witz* de los acontecimientos, en sucesos perversos (excepto dentro de una historia rectificada que, precisamente por eso, ya no es historia)». Aunque la cita original está en francés, la autora ha decidido insertarla en inglés en la versión original. Traducción del inglés a cargo de Isabel Márquez Méndez. *(N. del E.)* <<

[2] *El unicornio*. Rainer Maria Rilke. Traducción de Jaime Ferreiro Alemparte. Publicado en *Nueva antología poética*, Madrid: Espasa Calpe, Colección Austral, 1999. (*A no ser que se Indique lo contrario, todas las notas son de los traductores.*) <<

[3] Siglas en inglés de United Nations Relief and Rehabilitation Administration (Administración de las Naciones Unidas para el Socorro y la Reconstrucción). <<

[4] *Nikolai Gógol*. Vladimir Nabókov. Traducción de Anna Renau. Barcelona: Editorial Anagrama, 2022. <<

[5] *Nikolai Gógol*. Ibidem. <<

[6] Todas las citas de Paul Fussell que aparecen en esta obra están tomadas de *BAD, or The Dumbing of America*, publicada por primera vez en Summit Books (1991). Traducción a cargo de Isabel Márquez Méndez a partir del inglés original. *(N. del E.)* <<

[7] Publicado por primera vez en *Theory & Experimentation*, ed. Andreas Papadakis, Academy Editions, Londres, 1993. Traducción del fragmento original en inglés a cargo de Isabel Márquez Méndez. *(N. del E.)* <<

[8] *Esto es Nueva York*. E. B. White. Traducción de Miguel Temprano. Barcelona: Ed. Minúscula, Barcelona, 2003. <<

[9] *Correspondencia con Isabel de Bohemia*. René Descartes. Traducción de María Teresa Gallego Urrutia. Alba Editorial, Barcelona, 1990. <<